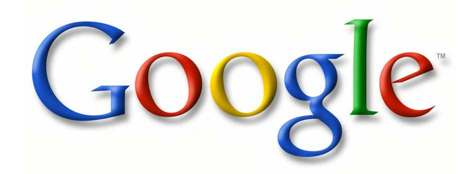
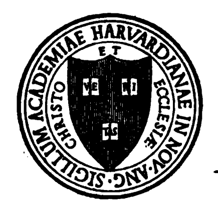




81



SIGILLUM ACADEMIAE HARVARDIANAE IN NOV·ANG·
CHRISTO ET ECCLESIAE
VE RI TAS



CUAUHTEMOC

EDUARDO DEL VALLE

CUAUHTEMOC

POEMA

EN

NUEVE CANTOS

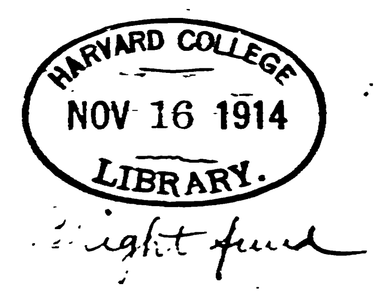


MÉXICO

OFICINA TIP. DE LA SECRETARÍA DE FOMENTO

Calle de San Andrés número 15.

1886



AL ESCLARECIDO PATRICIO

Y RENOMBRADO POETA

VICENTE RIVA PALACIO

E. DEL VALLE

México. 1886.

PRÓLOGO.

HACE poco, me atreví á decir que el *Romancero Nacional*, de Guillermo Prieto, habia cerrado el ciclo de la poesía puramente lírica en México. Entónces, no presumia yo que el ejemplo dado por el viejo poeta era seguido de muy cerca por un inspirado jóven mexicano, que con robusto aliento daba cima á otro trabajo épico, aunque en diversa forma y con diverso asunto que el *Romancero*.

Este jóven mexicano es Eduardo del Valle, ya ventajosamente conocido en el mundo de las letras, y su obra es "*Cuauhtemoc*," poema dividido en nueve cantos, con Introduccion é Invocacion, y escrita la primera en romance endecasílabo y lo demas en sonoras y correctas octavas reales,

que fueron muy aplaudidas en el "Liceo Hidalgo" cuando su autor, que es miembro de esa corporacion literaria, les dió lectura en varias sesiones.

Al hablar del *Romancero*, hice notar, porque esto era indispensable, que la forma de esa especie de Epopeya cultivada por Prieto, era la natural, colectiva y democrática, aunque hecha por un solo individuo, lo cual le daba un carácter excepcional.

"La Epopeya entera de los once años de lucha por la Independencia, decia yo, se niega, á causa de su mismo carácter, á ser encerrada en un solo poema de limitadas dimensiones. Muchos de sus episodios y muchos de sus héroes sí se prestan admirablemente al poema individual, sujeto á las unidades clásicas. Pero abrazar el conjunto era imposible, bajo el imperio de estas reglas."

"Guillermo Prieto las dejó aparte, y deseoso de reunir en su obra todos los recuerdos heróicos de la insurreccion, como se enlazan en un hilo centenares de perlas, ó como se engarzan en una diadema puñados de diamantes, de rubíes y de zafiros, se ha limitado á conservar como unidad la narracion histórica, y como resorte constante

el amor á la Patria, dividiendo su vasta coleccion en pequeños romances, como en el *Romancero del Cid* y el *Romancero de romances moriscos*, verdadera y legítima expresion de la poesía épica española."

"De manera que Prieto ha realizado, por la primera vez quizás, una cosa que siempre pareció árdua y difícil, esto es, ha creado la epopeya artificial con todos los caracteres de epopeya natural, colectiva y democrática."

"Hasta aquí, ésta habia sido como un panal formado por muchas abejas. Pues en el *Romancero Nacional*, el gran poeta mexicano ha sido la única abeja constructora y surtidora de miel. Es sin duda alguna el primer ejemplo que se presenta de una obra literaria de ese género."

Ahora bien: Eduardo del Valle, tomando otro asunto, que por su naturaleza se prestaba á llenar las condiciones de unidad que se requieren en el poema épico, ha hecho el suyo, dotando con él ricamente á la Literatura Nacional.

La Poesía mexicana está, pues, de plácemes. A la Epopeya colectiva y democrática ha seguido la Epopeya individual, en ménos de un año, y al gran asunto de la guerra de Independencia,

que es el objeto de aquella, ha sucedido el gran asunto de la Conquista de México, que es el objeto de ésta.

Los dos asuntos más altos y más grandiosos á que pueden dirigirse las miradas del poeta épico, dignos los dos de figurar al lado de la Iliada, de la Jerusalen y de los Edas, y capaces por sí solos de glorificar, tanto á la antigua como á la nueva nacionalidad mexicana.

Porque hablando con absoluta verdad, y juzgando con recto y sereno criterio, nada hay en nuestros recuerdos, nada existe en nuestros anales antiguos y modernos que constituya tanto un blason de legítimo orgullo y de indisputable honor, como la heróica defensa de la antigua metrópoli azteca contra los españoles y sus aliados, en el siglo XVI, y como la guerra de Independencia á principios del presente, merced á la cual se sacudió el yugo de la dominacion española, y se formó la nueva nacion libre y soberana, que por una justicia del Destino, y como por acatamiento á la única ciudad que comprendió á la Patria, y supo representarla dignamente en los antiguos tiempos, ha sido denominada por la opinion universal con el nombre de *México*, teniendo á

mucha honra los hijos de este país el llamarse *mexicanos* más bien que tlaxcaltecas, huexotzincas, tezcocanos ó neo-españoles.

He hablado largamente en el prólogo del *Romancero Nacional* del asunto de éste y de su forma; voy ahora á decir unas cuantas palabras acerca del poema *Cuauhtemoc*, de su grandioso objeto y de su feliz y acertada ejecucion.

Ciertamente nada se prestaba á la concepcion épica, ántes de nuestra Independencia, como la defensa de México por el último *tlacatecuhtli*, digno de parangonarse con los héroes más renombrados y más asombrosos de que haga mencion la Historia, tanto en los tiempos pasados, como en nuestros dias.

Por un fenómeno inconcebible, pero que se explica con el éxito de la Conquista, con la dominacion española, que fué su consecuencia, durante largo tiempo, y con el hecho de haber escrito la historia de aquellos sucesos ó bien los mismos conquistadores ó sus parciales y compatriotas, aquella guerra de invasion se presentó como gloriosa solamente para España y sus soldados. No hubo en ella por entónces más héroes que Cortés y sus compañeros, á quienes la cre-

dulidad de los pueblos engañados se complacia en figurarse con los atributos maravillosos que la imaginacion antigua concedia á los semidioses, ó que la ilusa fantasía de la Edad Média daba á los engendros caballerescos que abortaban la superstición y la ignorancia.

Desde los primeros dias de la conquista, lo vasto y rico del territorio poseido á tan poca costa, lo inesperado del éxito, la necesidad de mentir para cohonestar horrendos crímenes y ganar fama en el viejo mundo, lo remoto de este país, la predisposicion de los espíritus en Europa para creer fábulas, excitados, como estaban, con los descubrimientos en un mundo desconocido, y la insolente procacidad de los aventureros para abultar sus proezas y justificar su sed insensata de oro, único móvil de su conducta; todo esto, digo, fué parte para que se desnaturalizaran los hechos, y para que en el dominio de la tradicion vulgar, oscurecido adrede, se alzasen ídolos falsos que nadie se atrevió á derribar.

Los indios de la brava tribu mexica, únicos que hubieran podido protestar contra este tejido de exageraciones y de consejas, habian perecido heróicamente en la defensa de su ciudad, y sus

miserables restos, ó vagaban errantes en las serranías, ó estaban reducidos al silencio y á la desesperacion. Los indios de las numerosas tribus auxiliares del conquistador y que habian sido testigos de los sucesos, no se atrevian en presencia de su aliado, convertido en terrible dominador, á desmentirlo, y, ó contribuian con alabanzas serviles á robustecer la fábula con tal de obtener una migaja de la triste gloria que habian ambicionado, ó envolvian en obstinado mutismo el despecho de que se sintieron devorados, tan luego como comprendieron que no habian hecho más que cambiar de tiranía, empeorando en situacion.

De este modo, y por motivos tan diversos como eficaces, el conocimiento verdadero de los hechos fué perdiéndose poco á poco, la credulidad llegó á ser la clave del criterio, las narraciones de la conquista tuvieron mejor suerte que los libros de caballerías que infestaban la literatura europea, y la Leyenda acabó por suplantar á la Historia.

De aquí el que pasaran sin exámen de una edad á otra las ponderaciones más monstruosas, los incidentes más inverosímiles, las ficciones de com-

bates, como por ejemplo los que se supusieron ántes de entrar Cortés en Tlaxcala, desmentidos despues por informaciones auténticas, autorizadas por el Consejo de Indias y por Felipe II, la conspiracion de Cholula y la insensata exageracion de la insignificante escaramuza, conocida despues con el pomposo nombre de batalla de Otumba, tan fabulosa, que se tuvo necesidad de acudir á la intervencion del apóstol Santiago para hacerla pasable, aun en la misma leyenda.

De ahí tambien el que las glorias del sitio de México para los conquistadores tomaran proporciones colosales, lo que es verdaderamente pasmoso, pues del relato de los mismos actores interesados en realzar su mérito, se deduce claramente que no tuvieron ninguna, porque no ha sido glorioso jamas para ningun ejército fuerte de cerca de doscientos mil hombres, y armados muchos de ellos con armas de fuego, detenerse setenta y cinco dias delante de una plaza pequeña, desprovista de elementos y defendida por un puñado de hombres armados de palos y de piedras. Más claro, no pudo haber gloria para el conquistador europeo, cuando apoyado en un ejército tambien europeo, armado con espadas de

acero, escopetas y mosquetes, teniendo además cañones, pólvora y balas; contando con el auxilio espontáneo y entusiasta de todas las tribus guerreras del oriente y centro del antiguo Anáhuac, animadas por el odio de una rivalidad secular y en número de ciento ochenta mil hombres; dominando el lago, es decir, toda la parte oriental de la ciudad con una flotilla de trece bergantines; á pesar de todas estas ventajas, repito, se vió obligado á combatir durante setenta y cinco dias con un pueblo pequeño armado de macanas y de palos, diezmado por el hambre y por la peste, y á quien, por último, no venció sino arrasando su ciudad palmo á palmo, para poder ocupar despues un monton de escombros y de cadáveres.

Si alguna gloria hubo que recoger en ese sitio, y hubo mucha, no fué para los sitiadores, sino para los sitiados, y si algun héroe se eleva grandioso y sublime en los anales de esa guerra, no fué ciertamente Cortés, á quien protegian los mismos Númenes extranjeros é indígenas, es decir, el fanatismo religioso y la codicia por una parte, y todas las Furias del odio local por otra; no fué Cortés acaudillando á diez ó más nacionalidades sublevadas contra una ciudad ántes do-

minadora, y que no estaban unidas por la nocion de la Patria, sino por el rencor contra la tribu victoriosa; fué sí Cuauhtemoc, el jóven general que encontró un poder moribundo quebrantado en su prestigio por la cobardía y la imbecilidad de Mocteuzoma; que si recogió la macana victoriosa de Cuitláhuac, la recogió en el lecho de muerte de este gran jefe, herido por ese negro auxiliar de los españoles, la viruela, en medio del desaliento general; que tuvo que improvisarlo todo de nuevo, desde el patriotismo hasta la defensa; que llamó, en vano, á la puerta de todos los aliados y de todos los cohabitantes del territorio; que vió sin palidecer alzarse en su contra á mil pueblos enemigos, sedientos de venganza por agravios de que no era responsable; que midió la enorme superioridad de su enemigo y aun así lo esperó resuelto; que desafió todas las calamidades del hambre y de la peste; que no consultó á la esperanza, sino al valor y al honor; y que hasta el último instante, abandonado del cielo y de la tierra, permaneció inquebrantable, firme, altivo, desdeñoso, así para las ofertas del enemigo, asombrado de tamaña grandeza, como para las amenazas del odio humillado y vengativo.

Éste sí es el héroe de la Conquista de México, y no confesarlo, indicaria, ó una parcialidad injustificable, ó una falta completa de sentido comun.

Verdad es: que la Conquista se consumó, y debe advertirse para que la palabra no tenga mayor extension que la merecida, que se trata de la conquista de la *ciudad de México*, no del territorio que hoy se conoce con el nombre de tal, porque la gran parte de él, poseida por los españoles hasta el sitio de México, habia sido entregada por los mismos indios y no conquistada por los españoles, y la que se poseyó despues por éstos hasta formar lo que se llamó Nueva España, no fué conquista de Cortés exclusivamente, ni de su tiempo, ni tuvo glorias que ofrecer á los invasores.

Así es: que la *Conquista de México* debe entenderse "Ocupacion de la ciudad de México," y no conquista de todo el territorio, como se ha comprendido hasta hoy, en el concepto vulgar, lo que no ha contribuido poco á dar á los aventureros españoles del siglo XVI un tamaño fabuloso.

Verdad es tambien que Cortés triunfó al fin, de los defensores de México, y logró con ello el éxito de su empresa; pero inútil es decir, que no

todo éxito tiene gloria, ni todo triunfo es heróico. Y si se consintiera en este absurdo, los españoles deberian comenzar por borrar de su antigua historia como blasones de orgullo los nombres de Sagunto y de Numancia, y cuidado, que Anibal y Escipion no contaban con la ventajosa posicion de Cortés en el sitio de México.

En hora buena que los criados de Cortés y de su familia, como Gomara y Alaman, ensalcen hasta las nubes las proezas del célebre aventurero, poniéndolas muy por encima de las de Cuauhtemoc y de sus mexicanos; que Ixtlilxochitl, tan servil y adulador como su antepasado el auxiliar de Cortés, haya pretendido doblar con sus mentiras el precio de la traicion tetzcocana; que Solís haya querido convertir la fábula en Epopeya, revistiendo con la gracia de su estilo lo grosero de su urdimbre; que aun Prescott, el Solís yankee, contrariando su vocacion que lo arrastraba al camino más franco de su compatriota Cooper, haya querido novelar la Historia, aceptando las consejas sin tomarse el trabajo de analizarlas; que la leyenda, por último, haya dominado por más ó ménos tiempo sin otros obstáculos que tímidas contradicciones; la verdad se hace lugar, al fin,

y la justicia acaba por dar á cada uno lo que es suyo.

El mundo moderno sabe ya cómo han escrito la historia los antepasados del baron de Bazancourt, y conoce los resortes que hacen mover la pluma de los cronistas domésticos.

El criterio de nuestra época es más severo, y no acepta las afirmaciones de nadie sin someterlas á un procedimiento rigoroso de exámen y de comprobacion. Para ello, á veces no necesita ni de la aparicion de nuevos documentos ó de datos ántes desconocidos. Bástanle para reconstruir los sucesos, los que tiene á la vista, los consagrados por la tradicion, los mismos aceptados, como guía infalible por esos carneros de Panurgo, que son los que se encargan siempre de perpetuar en el dominio de la opinion comun los errores, las supersticiones y los disparates.

Ahora bien: para formarse una idea verdadera de los hechos de la Conquista, bástannos solamente los documentos primitivos, esas mismas narraciones interesadas é incompletas, entre cuya maraña de contradicciones y de falsedades, podemos encontrar los cabos del hilo que nos conduzca al terreno de la certidumbre.

Estos documentos son los que nos han dejado algunos testigos y actores en la Conquista, como Cortés, Bernal Diaz del Castillo, Andrés de Tapia y otros, ó los misioneros enviados á Nueva España en los primeros tiempos, como Toribio de Benavente (Motolinía) y Sahagun, ó á fines del siglo XVI y principios del XVII, como Acosta, Dávila, Mendieta y Torquemada, y algunos escritores indios como Duran, Tezozomoc é Ixtlilxochitl; y aunque es verdad que estos escritos se encuentran muchas veces en abierta contradiccion unos con otros, como lo hace notar con tanta justicia uno de los hombres más versados en nuestra historia, el Sr. Bandellier, y lo han advertido tambien varios historiadores mexicanos de nuestro tiempo, es muy cierto que ellos suministran los datos suficientes para rectificar las opiniones antiguas.

Así: á medida que se estudia con mayor detenimiento y con mejor instinto de justicia esta coleccion de testimonios, se comprende fácilmente lo absurdo del concepto vulgar respecto del gran suceso de la Conquista de México. Aquilatando los hechos y juzgando á los actores por sus propias afirmaciones, la opinion acerca de

Cortés cambia radicalmente. El héroe se desvanece en el proceso, y aparece en toda su desnudez, el bandido; un bandido astuto, audaz, mañero, á quien favoreció la fortuna y coronó el éxito, pero siempre un bandido. Y nada importa que obtuviese, merced á sus informes, y á la ofrenda de una colonia sometida por sorpresa, el título de marqués; porque eso no es raro; ni que se improvisara una riqueza colosal con el producto de sus rapiñas y con el despojo de los vencidos; porque era natural; ni que fuese ensalzado por plumas venales y adulado por la opinion engañada ó seducida; lo cual tampoco tiene nada de extraordinario.

La verdad es que la fortuna no es el heroismo. Si lo fuera, tendriamos que convenir en que si Raousset de Boulbon en México y Walker en Centro-América hubiesen triunfado, serian más héroes que Cortés, porque al ménos ellos peleaban con armas iguales y no contaban con auxiliares numerosos en los países que invadian. Y no; Raousset y Walker fueron bandidos, no porque fracasaron, sino porque fueron bandidos. Los españoles mismos, en tiempo de la dominacion colonial, no quisieron llamar héroe á Lorencillo,

y sin embargo, Lorencillo fué un pirata victorioso, y á fe, que más arriesgado y más valiente que Cortés.

Y no se diga que el hecho mismo de haber introducido en estas comarcas la civilizacion europea es bastante para engrandecer al aventurero español, porque este hecho, que se debe á causas muy complexas y numerosas, entre las que figura la toma de México como principal, pero no como única, nada tiene que ver con el heroismo. Cortés no fué tampoco el único conquistador. Prescott, el panegirista de Cortés, dice terminantemente: "*El Imperio indio, puede decirse, que fué conquistado por indios.*" Es la verdad. Tampoco puede alegarse que Cortés fué un libertador de los vasallos oprimidos de México, porque léjos de esto, los sujetó á nueva y más dura esclavitud, comenzando por herrarlos y acabando por convertirlos en ilotas. En todo caso, si algo se hizo para suavizar la triste suerte de los vencidos y de los subyugados, no fué hecho por los hombres de armas, sino por los frailes, por aquel Las Casas, por aquel Gante, por aquel Martin de Valencia, verdaderos padres de la civilizacion cristiana en aquellos tiempos oscuros. Así pues: Her-

nan Cortés, fué un protegido de la fortuna, pero no fué un héroe. Veamos si lo fué Cuauhtemoc.

—"¿Pero qué cosa es un héroe?" se pregunta á sí mismo el gran orador mexicano Ignacio Ramirez, en su inimitable discurso del 16 de Setiembre de 1867. Y se responde: —"Es el hombre que sabe que el derecho de morir se compra con grandes servicios á la humanidad, y que el suicidio de Caton fué sublime porque nada le quedaba que hacer por la República; es el hombre que sabe que las naciones nacen en una victoria, y si sucumbe, es el Satan que lucha todavía porque el Eden de las naciones es el progreso, y si la espada de un ángel defiende el paraíso, solo otra espada podrá abrirse paso burlando la tiranía del Destino. El hombre que así vive, cuando muere, perdiendo lo que tiene de finito, queda por sus obras como una manifestacion creciente de poder, de ciencia y de gloria, hasta recibir su apoteósis de la poesía y del agradecimiento de los pueblos."

Ramírez queria retratar á Hidalgo, el creador de la nueva patria; pero retrató tambien á Cuauhtemoc, el defensor de la patria antigua.

En efecto: ¿qué mayor servicio prestado á la

humanidad para comprar el derecho de morir, que el de defender á la patria tan valientemente, como lo hizo aquel sublime jóven general á quien Prescott califica de *feroz monarca*, pero á quien los griegos habrian consagrado un templo, así como los mexicanos le consagran una estátua.

Estúdiese su historia, conózcanse sus hechos en las cartas mismas de Cortés, en la narracion de Bernal Diaz, en el relato indio aunque mutilado de Sahagun, en el Proceso de Cortés, y se verá surgir de todo ese conjunto, sin esfuerzo ninguno, al héroe, al héroe por su valor y por su honor, al héroe sin mancilla, al que ántes que Bayardo y con más razon que éste, pudo ser llamado el *guerrero sin miedo y sin tacha.* Donde quiera que se ponen en parangon Cuauhtemoc y Cortés, el resplandor del héroe alumbra la bajeza del aventurero. En el sitio de México, en el tormento de Coyoacan, en el asesinato del caudillo mexicano, en todas partes Cuauhtemoc es el héroe, y Cortés el bandido. Diríase que el Destino habia querido adrede poner en contraste la grandeza del ánimo heróico con la pequeñez del miserable afortunado.

En el sitio de México, todo el heroismo está

de parte de Cuauhtemoc. Para convencerse de ello, no hay más que leer la tercera carta de Relacion de Cortés y la narracion de Bernal Diaz. Queriendo estos dos vencedores realzar sus propias hazañas, se vieron obligados á hacer el panegírico más completo de la grandeza del jefe vencido.

Nuestro Clavigero resume así la situacion de los sitiados: "Ya no tenian, dice, los españoles qué temer por la parte de tierra firme, y Cortés se hallaba con tan excesivo número de tropas, que hubiera podido emplear en el asedio de México más gente que la que Jerjes envió contra Grecia, si por causa de la situacion de aquella capital, no hubiese servido de embarazo más bien que de provecho tan gran muchedumbre de sitiadores. Los mexicanos, por el contrario, se hallaban abandonados por sus confederados y por sus súbditos, rodeados de enemigos y afligidos por el hambre. Tenia aquella desventurada corte contra sí, los españoles y el reino de Acolhuacan; las repúblicas de Tlaxcala, de Huexotzinco y de Cholula; casi todas las ciudades del valle de México; las numerosas naciones de Totonacas, Mixtecas, Otomites, Tlahuicas, Cohuixcos, Ma-

tlatzincas y otras, de modo que, además de los enemigos extranjeros, más de la mitad del imperio conspiraba contra su ruina, y la otra mitad la miraba con indiferencia."

Así fué cómo Cuauhtemoc se resolvió á defender su ciudad desamparada de todos. Él, se habia encargado del poder cuando éste se hallaba casi aniquilado, primero por la estupidez de Motecuhzoma á quien el mismo Cuauhtemoc habia caracterizado muy bien llamándole, segun el relato de Sahagun, "*bardaxa de los españoles;*" despues, por la muerte inesperada del valiente Cuitláhuac, y luego, por los manejos de una faccion intestina que trabajaba por la sumision; que era el partido de los Motecuhzomas, de los miedosos, de los que sólo defienden las buenas causas cuando éstas son fuertes.

Otro caudillo de ménos temple, y aun en situacion ménos angustiada, habria vacilado, á no ser que no hubiese medido el peligro que pesaba sobre él, ó que estuviera alentado por alguna esperanza, siquiera remota. Pero Cuauhtemoc no vaciló un instante, y con sus ojos de águila y su espíritu de patriota, habia contado á sus enemigos, habia interrogado el horizonte, y habia compren-

dido que no tenia esperanza. Hasta los oráculos sagrados estaban siendo desfavorables á México desde el tiempo del supersticioso Motecuhzoma.

Pero el jóven tlacatecuhtli no consultó más que á su valor, y más noble que Ayax, quiso salvar la dignidad de su pueblo solamente, aunque no su propia persona, *á pesar de los dioses.*

Todavía más: otros héroes han sido alentados por las miradas del mundo, por los aplausos de la historia. No pocos guerreros, al aceptar una grave situacion, han entrevisto la sonrisa de la gloria al través del infortunio pasajero. Cuauhtemotzin no contó con *galería* ninguna. Él apénas adivinaba la existencia del mundo europeo, y los aventureros españoles lo habian convencido de que este mundo le era hostil. No esperaba ya ni un jeroglífico glorioso en los anales de piedra de su nacion, porque estos anales, como la nacion misma, iban á reducirse á polvo en la desaparicion de la ciudad, y las tribus enemigas eran bastante rencorosas y bárbaras para eternizar su recuerdo. Ignoraba que los aventureros europeos tuviesen historia; pero si lo llegó á suponer, esta historia iba á ser injusta con él, como lo fué en efecto.

Nada, ni esperanzas de auxilio, ni móviles de vanidad, ni el respeto de los vencedores; ni una estrella en el cielo, ni una señal en los altares; nada podia alentarlo. En torno de él y de su ciudad, todo era odio, todo abandono; todo se veia oscuro, todo estaba callado; era la catástrofe extendiendo anticipadamente su negra tela de sombras.

No habia salvacion posible. Sí, una sola, como dice el poeta.... ¡no esperar ninguna!

"*Una salus sola, nullam sperare salutem.*"

Ese es el momento en que surgen los héroes, y Cuauhtemoc se alzó entónces, tan grandioso, tan único, que eclipsó á todos los héroes antiguos, y dominó con su figura aquel cuadro aterrador. "*Morir por la Patria:*" ese fué su lema desde entónces, y sintiéndose fuerte con tal resolucion, se decidió á no dar, ni á pedir cuartel á sus enemigos, como en efecto no lo dió, ni lo pidió, ni en el sitio, ni despues, ni prisionero delante de Cortés, ni más tarde en la hoguera, ni al pié del árbol en que fué ahorcado.... ¡jamás!

El héroe fué completo. Aquiles el de la Iliada,

hijo de la Fábula, tenia el talon vulnerable física y moralmente. Cuauhtemoc, más glorioso que el héroe homérico, porque como hijo de la realidad humana, tenia el cuerpo todo vulnerable, no presentó, sin embargo, en su carácter moral ni un ápice que pudiese ser herido por la burla ó por el desprecio.

En el sitio de México, toda la gloria de los combates pertenece de derecho á Cuahtemoc y á su valiente tribu. Haberse defendido con ese puñado de guerreros, de mujeres y de ancianos, durante setenta y cinco dias sin flaquear un solo instante, y al contrario, llegando hasta á producir desaliento en el jefe de aquel ejército sitiador numerosísimo, es de por sí un hecho admirable. Pero si se tiene en cuenta la situacion de los sitiados, la admiracion se convierte en asombro.

Cortés dice, hablando de los últimos dias del asedio: "Y como en estos conciertos se pasaron más de cinco horas, y los de la Ciudad estaban todos encima de los muertos, y otros en el Agua, y otros andaban nadando, y otros ahogándose en aquel Lago, donde estaban las Canoas, que era grande: era tanta la pena que tenian, que no bastaba juicio á pensar, como lo podrian sufrir," etc.,

y más adelante, "y así por aquellas Calles en que estaban, hallábamos los montones de los muertos, que no habia Persona, que en otra cosa pudiese poner los pies."

Y Bernal Diaz: "y es verdad y juro amén, que toda la laguna y casas, y barbacoas estaban llenas de cuerpos y cabezas de hombres muertos, que yo no sé de que manera lo escriba. Pues en las calles, y en los mismos patios del Tatelulco, no avia otras cosas, y no podiamos andar sino entre cuerpos y cabezas de indios muertos. Yo he leido la destruicion de Jerusalem; mas si en ella hubo tanta mortandad como esta, yo no lo sé."

Y Sahagun: "Estaban los tristes mexicanos hombres y mujeres, niños y niñas, viejos y viejas, heridos y enfermos en un lugar bien estrecho y bien apretados los unos con los otros, y con grandísima falta de bastimentos, y al calor del sol, y al frio de la noche, y cada hora esperando la muerte. No tenian agua dulce para beber, ni pan de ninguna manera para comer, bebian de la agua salada y hedionda, comian ratones y lagartijas, y cortezas de árboles, y otras cosas no comestibles, y desta causa enfermaron muchos y murieron muchos, y de los niños no

quedó nadie, que los mismos madres y padres los comian (que era gran lástima de ver y mayormente de sufrir) peleando el dia y la noche donde hubo muchos reencuentros y celadas, y murieron muchos de ambas partes, así indios como españoles."

Pero Cuauhtemoc, que habia dicho desde el principio del sitio, segun refiere Bernal Diaz: "*Pues así quereis que sea, guardad mucho el maíz y bastimentos que tenemos, y muramos todos peleando; y desde aquí adelante ninguno sea osado á me demandar paces, si no yo le mataré,*" llevó á cabo su propósito, aun más allá de lo que podia exigirse de él. En la situacion espantosa á que habia llegado la ciudad, rodeado de escombros y de muertos, con una guarnicion devorada por el hambre, por la sed y por la peste, estrechado por todas partes, combatiendo dia y noche, no cedia un palmo, si no era convertido en ruinas; y reducido al último extremo, aun contestaba á las constantes ofertas de paz que le hacia Cortés, con su constante y fiera respuesta "*que ántes queria morir.*"

En efecto, buscó la muerte por todas partes, al frente de sus guerreros desfallecidos, y cuando no tuvo ya compañeros, y procurando salir de la

ciudad para organizar la resistencia, como pudiera, tal vez en las montañas, tal vez en los desiertos, adonde quiera que hubiese un refugio y un grupo de hombres de honor, fué cogido prisionero por Holguin, y presentado á Cortés, no pidió favor, no se mostró abatido, ni suplicante, presentóse sí con una altivez, con un valor y con una dignidad que no tienen modelo.

"Y díjome en su lengua, refiere Cortés,—*Que ya él habia hecho todo, lo que de su parte era obligado para defenderse á sí, y á los suyos, hasta venir en aquel estado: que ahora ficiese de él lo que yo quisiese;* y puso la mano en un puñal que yo tenia, diciéndome, *que le diese de puñaladas y le matase;*" palabras de sublime heroismo, que solo el mentecato cardenal Lorenzana ha podido calificar de otro modo, aunque á renglon seguido dice que probaban el *grande valor* del caudillo.

Por lo demas, este *grande valor* ya habia sido reconocido y confesado por Cortés, ante el mismo Cuauhtemoc. Dice Bernal Diaz, despues de haber repetido las mismas palabras que acaban de trascribirse:—"y Cortés le respondió con Doña Marina y Aguilar nuestras lenguas: y dixo muy amorosamente, que *por haber sido tan valiente* y

aver vuelto y defendido su ciudad, se lo tenia en mucho, y tenia en más á su persona, y que no es digno de culpa ninguna, e que antes se lo ha de tener á bien, que á mal;" palabras que habrian ennoblecido algo el carácter del vencedor, si éste, á pocos dias, no hubiese dado tormento á su heróico prisionero, quemándole los piés para arrancarle oro. Si lo hubiera matado, habria sido simplemente cruel, como otros muchos vencedores; torturándolo para robarlo, reveló, que sus alardes de guerrero y de político, no eran más que una máscara con que se cubria el foragido.

¿Qué más que él habrian podido hacer en nuestro tiempo sus compatriotas Cobos, Villa y los plagiarios de Cervantes que expiaron sus crímenes en un patíbulo?

Cuando se considera esta conducta de una vileza repugnante, se comprende la justicia con que el gran poeta Enrique Heine califica á Hernan Cortés, cuando dice:

"En su cabeza llevaba el laurel, y en sus botas brillaban espuelas de oro. Y sin embargo, no era un héroe, ni era tampoco un caballero.

"No era más que un capitan de bandoleros,

que con su insolente mano inscribió en el libro de la fama su nombre insolente: ¡Cortés!"

Tal fué, pues, la defensa de la antigua México en el siglo XVI, y tal fué el héroe que asumió la responsabilidad de ella. Calificándola una gran autoridad contemporánea, el historiador Bandellier, en un libro reciente, dice: "*Los Mexicanos, durante esta memorable defensa*, llevaron á cabo lo más que ninguna tribu india pudo hacer hasta la centuria décimasexta. Su resistencia, bajo este respecto *no tiene igual* (*stands unparalleled*).

Lo singular es, debemos repetirlo todavía, que siendo así, todas las alabanzas hayan sido por mucho tiempo tributadas á Hernan Cortés, dejando en la oscuridad y en el olvido al héroe verdadero de aquella guerra: á Cuauhtemoc.

Pero ha llegado ya la hora de la justicia histórica, y la Poesía misma, inspirándose en ella, comienza á iluminar con los esplendores del arte, aquella noble figura de la antigua Patria, que nos envidiarian las naciones más orgullosas del mundo moderno.

El poeta Eduardo del Valle ha sido uno de los primeros mexicanos que han consagrado su ta-

lento y su inspiracion á revindicar la verdad, en los sucesos de la Conquista, y el primero que ha templado su lira para cantar exclusivamente las hazañas del jóven caudillo, que alumbró con su gloria, como un sol moribundo, la ruina de la México india.

Otro poeta, tambien mexicano y cuyo nombre es muy estimado en nuestra Literatura, José María Rodriguez y Cos, habia precedido á Valle en la tarea poética de cantar los hechos de la Conquista; pero su poema "*El Andáhuac*" abrazaba mayor extension, y por consiguiente, obedecia á unidades de plan diversas. Además, á semejanza del "*Moro Expósito*" del duque de Rivas, "*El Andáhuac*" está escrito en romance endecasílabo asonantado, en el que se notan, por cierto, muchos trozos bellísimos.

Esto, en cuanto á la forma; en cuanto al fondo, tambien á semejanza del "*Moro Expósito*, "*El Andáhuac*" tiene una trama romanesca que le sirve precisamente de unidad de accion. De modo, que no es rigorosamente un poema heróico, ó mejor dicho, el heroismo no es su objeto exclusivo.

El poema de Valle sí es una verdadera Epopeya, y tiene de particular que está apegado

exactamente á la Historia, lo que no impide que tenga todas las galas y encantos de la poesía; la robustez de entonacion, la belleza y novedad de los cuadros, los retratos acabados de los personajes, el interes del relato que se aviva con la gravedad de las transiciones y lo importante de las peripecias. En fin, la narracion épica palpita, como en el Canto antiguo, y suspende y embarga el ánimo de los oyentes y de los lectores, pendientes del sentido de la octava real, siempre fácil, clara, castiza, sonora, sin construcciones abstrusas, sin consonantes desagradables, sin esos escollos de lenguaje ó de prosodia que distraen la atencion del menos crítico. Hemos dicho que el poema está apegado á la Historia, y esta es una singularidad que parecerá á algunos extraña, cuando no la tengan por defecto.

Pues bien: sí, aquí se realiza un fenómeno literario digno de notarse. Lo general ha sido que la Historia se funde en los hechos, y la Epopeya en la leyenda.

Y en lo relativo á la Conquista de México, ha sucedido que la Historia se ha fundado en la Leyenda por las razones que hemos expuesto al principio, y el poema de Valle es el que se funda

en los hechos mejor comprobados. Así lo ha querido el poeta, y ha hecho bien. Su obra es una revindicacion, al mismo tiempo que un monumento de arte. Para ensalzar á su héroe, buscaba y queria la verdad, ya que los cantores de Cortés: Saavedra, Guzman, Ruiz de Leon y aun D. Nicolás Moratin, buscaron para sus pobres poemas el turbio manantial de las falsedades y de los cuentos. El "*Cuauhtemoc*" es, pues, un poema apoyado en la verdad. ¿Esto le quita su carácter heróico? De ninguna manera.

Los que creen que la éra de los poemas épicos ha concluido desde que acabaron la Leyenda y la Fábula, y que no son posibles, en lo futuro, más que los poemas históricos, son más doctrinarios que críticos. Ciertamente no pueden invocar como razon más que los preceptos aristotélicos fundados en la Iliada, y que desde el tiempo del filósofo de Estagira, convertido en legislador literario, están sirviendo de norma infalible. Pero Voltaire, otro legislador del buen gusto, ha probado hasta la saciedad en su famoso *Ensayo sobre la Poesía Épica*, que esos preceptos han sido violados en los más célebres poemas épicos modernos, y esto nos excusa de probar que seme-

jante doctrina no es un credo infalible en literatura, fuera del cual no haya salvacion.

En efecto, para convencerse de la fragilidad de aquel cánon, no hay más que preguntarse:—¿Pues, acaso el heroismo, el verdadero, el incontestable, el que es útil, por su enseñanza á la humanidad, el que sirve por su verdad á la poesía, no existe en la Historia, y hay que buscarlo sólo en la Fábula? ¡Qué afrenta seria esa para la virtud humana, y qué absurdo en Historia y en Filosofía que están desmintiendo los anales de los pueblos antiguos y modernos, que bastaria para contradecir la historia comprobada del sitio de México! Cuauhtemoc existió sin necesidad de la Mitología, y sin necesidad de la Leyenda. Fué un tipo esencialmente humano, y por fortuna nuestra, esencialmente mexicano. Parece inverosímil despues de tres siglos, y comparado, por ejemplo, con nuestros hombres de 1847; pero se presenta más real cuando se le ve reproducido en el gran Morelos, nuestro contemporáneo, más afortunado que él, y cuya gloriosa salida del sitio de Cuautla no ha sido imitada todavía ni en Europa ni en América.

Sobre todo, su existencia y sus hechos no son

ficciones legendarias; están apoyados en los forzados testimonios de sus enemigos y en los hechos cuya sombra llega hasta nosotros. No es un héroe del Ariosto, hijo del sueño, ni un héroe de Milton, hijo de la Fe; *es un hombre*, en toda la extension que Shakespeare quiso dar á esta palabra designando al héroe romano.

Así es: que el poema de Valle es heróico sin ser legendario, y precisamente porque no se apoya más que en la verdad.

Puede imputársele tal vez el que no necesite de *la intervencion de lo maravilloso.* Este es otro cánon aristotélico, que ha sido derrumbado desde la antigüedad.

Y Valle, ¿cómo pudo usarlo? Las divinidades no se prestan ya en la imaginacion moderna para embellecer la accion épica, so pena de convertirse en caricaturas. Sólo Parny ha podido ponerlas en juego para burlarse de ellas, como lo hizo Luciano con las paganas; pero el Santiago de Solís causa risa, y los dioses aztecas intimidando á Motecuhzoma no producen más que la repulsion de la cobardía; la vision del Inca en la Victoria de Junin, es una transaccion feliz, pero pálida é innecesaria, con el precepto clásico. ¡Los

dioses se han ido tambien de la Epopeya en los tiempos modernos!

Como consecuencia de la gran evolucion que se ha verificado en el espíritu humano, las ideas antiguas sobre Estética en Literatura han debido modificarse, como se han modificado de hecho. Hoy no convence sino lo cierto; y como no es bello sino lo verdadero, la belleza no nace sino de la verdad. La alegoría misma no vive ya, sino arraigada en la ciencia, y el símbolo no es popular, sino cuando refleja la conciencia humana. La intervencion de lo maravilloso es inútil en la Epopeya moderna; puesto que ni el patriotismo ni el valor arraigan ya en los fantasmas del espacio, ni en los ensueños de la imaginacion, sino en las realidades de la vida; en la tierra natal, en el amor de la familia, en los intereses del comercio, en el orgullo de la patria, en el amor á la libertad.

Una palabra para concluir:

¿La aparicion de este poema *Cuauhtemoc*, significaria acaso la resurreccion de esos odios exaltados é intencionados que estallaron en 1810 contra los horrores de la Conquista y que dieron por resultado la Independencia de México?

De ninguna manera: Este poema no significa más que el amor al arte y el deseo de realzar las glorias de la Patria antigua. Hay en aquellos anales un asunto heróico, y se aprovecha, con orgullo de poeta y de patriota, pero sin proyecto hostil á la nacion que por tres siglos dominó á México. Bastante tiempo tuvieron en sus manos la lira los partidarios del antiguo régimen; que toleren el plectro manejado por la mano de los hombres libres.

Por lo demas, esto no contradice nuestro afecto fraternal á España. Amamos á España, no por Hernan Cortés y su cuadrilla de aventureros audaces y afortunados, que conquistaron á México, pero que esclavizaron á su pueblo; sino por el recuerdo de Bartolomé de Las Casas, de Pedro de Gante, de Martin de Valencia, de Vasco de Quiroga, de los benefactores, de los misioneros, de los protectores del vencido, de los buenos, en la antigüedad; y de Javier Mina, que vino á redimir con su bendita sangre los crímenes de la Conquista y que murió por nuestras libertades; de Rafael del Riego, que con su glorioso movimiento contribuyó de un modo indirecto á darnos patria, y de Juan Prim, que desdeñando con

su carácter altivo, desempeñar el papel de Barradas, no quiso prestar ayuda á la infamia de la intervencion. Esos son los hombres que nos hacen amar al pueblo moderno; esos son los legítimos lazos de parentesco que nos unen á España. Sobre todo, el lema de los mexicanos es el que dejó el gran Morelos, cuando dijo en Acapulco, al recibir el castillo rendido por el gobernador español: *"¡Viva España hermana; no dominadora de América!"*

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

INTRODUCCION.*

A mi estimado amigo el popular poeta

JUAN DE D. PEZA.

Es en la noche: á la apacible calma
De una tarde de Abril grata y serena,
Sucedióse el bramido de los vientos,
Precursora señal de la tormenta.

Los árboles añosos, sacudidos
Por el recio huracan, se balancean;
Y de sus ramas las medrosas aves
Huyen, buscando abrigadoras peñas.

* La favorable acogida que obtuvo este romance cuando se dió á la estampa, decidió al autor á acometer la tarea de escribir un poema al primer héroe mexicano de la antigüedad. Sin que crea haber dado cima á la obra, presenta hoy su trabajo como un testimonio de admiracion á aquel invicto caudillo de Anáhuac, y nada más; y si le pone al poema como introduccion este romance, es como un justo tributo de cariño al elegante y sentido poeta á quien está dedicado.

No es ya el murmurio del arroyo manso
El que turba el silencio en la floresta
Al correr por su lecho que tapizan
Silvestres y olorosas madreselvas;

Las aguas, inquietándose, parecen
Querer salir de su prision estrecha,
Y el ruido de su empuje proceloso
En el espacio con furor resuena.

Los argentados rayos de la luna
Y el brillante fulgor de las estrellas,
Se van perdiendo tras espesa nube
Que el Bóreas trae en su veloz carrera.

Yace la gran Tenochtitlan dormida
En medio de los lagos que la cercan,
Donde flotantes huertos y jardines
Perfumando la atmósfera navegan.

En el suntuoso alcázar que á cien reinos
Muestra de Moctezuma la grandeza,
El sabio emperador, señor de reyes,
A igual descanso, sin temor, se entrega.

Se halla en su faz tranquila retratado
El bienestar del alma satisfecha,
Sin que una sombra de pesar anuble
Las pátrias esperanzas que le alientan.

Dulce sonrisa agítase en sus labios.....
Sueña quizás que tras de cruda guerra
Nuevos Estados agregó al imperio
Que con cabal aceptacion gobierna.

Tal vez la bendicion de sus vasallos,
Halagando su orgullo, grata llega
Hasta él, y creyéndose despierto,
Afable con los súbditos se muestra.

Veloz avanza el temporal. Las nubes
Cubrieron ya la soledad inmensa
Del firmamento, y sus vapores leves
Mil visiones fantásticas semejan.

Truena, de pronto, el rayo resonante,
Rasgando el seno de las nubes densas,
Y de las formidables cataratas
El agua se desprende con violencia.

La luz de los relámpagos alumbra
Con su vivo fulgor llanura y selvas,
Dejando comprender cuán horrorosas
Son de esas soledades las tinieblas.

Sigue en el regio lecho Moctezuma
Entregado al descanso; pero aquella
Dulce expresion que en su semblante habia,
Reemplazada se ve por la tristeza.

¿Qué extraña agitacion, qué sufrimiento
Vino á turbar la paz tan lisonjera
Del venturoso rey á quien no iguala
Ninguno en poderío ni en nobleza?

¿Por qué huyó de sus labios la sonrisa,
Reflejo fiel de halagadora idea,
Y contraidos por dolor oculto
Indicio dan de punzadora pena?

Un copioso sudor cubre su frente;
Erízase su negra cabellera;
Fatigoso es su aliento, que interrumpe
Para dar paso á doloridas quejas;

Entreabre los párpados, y en torno
De sí la vista con terror pasea.
Luego con voz medrosa, balbuciente,
Así sus labios trémulos se expresan:

"¡Ahuizotl! ¡Ahuizotl! Piedad te pido.....
No inhumano y cruel conmigo seas......
Basta ya de rigor..... déjame solo,
Que es horrorosa muerte tu presencia....."

Luego, en el lecho se incorpora, y vuelve
Otra vez á caer, y se revuelca,
Presa de indescriptibles convulsiones
Que su cansado cuerpo al fin maceran;

Mas no recobra el sueño. A cada instante
Con voz confusa su clamor empieza,
Y "ten piedad de mí..... véte..... tu vista,
Inhumano Ahuizotl, me desespera."

Así clama transido de quebranto;
Despues su aliento recobrar intenta,
Y cual si fuera á entrar en la batalla,
Con un supremo esfuerzo se endereza.

Tiende en redor la vista rebuscando
La imágen que á su espíritu atormenta,
Y para ver mejor, ase convulso
La que arde en el salon rojiza tea.

Recorre apresurado el aposento,
Toca los muebles, las paredes tienta,
Y no hallando el espectro que le aturde,
Yergue valiente la viril cabeza.

De pronto, el estampido pavoroso
Del fiero rayo en los espacios truena,
Y á su fragor, como delgado junco
El alcázar magnífico retiembla.

Una ráfaga audaz del torbellino
Por el balcon cercano allí penetra,
Envuelve á Moctezuma, y apagando
La luz, en honda oscuridad lo deja.

En tal sazon, se escucha el estridente
Canto de un buho que la estancia llena
Con su voz, que es más triste que el lamento
De los cautivos en extraña tierra.

Era fama en Anáhuac (y aun hoy dia
Hay quien abriga tan fatal creencia)
Que el canto melancólico del buho
Era de pronta muerte señal cierta.

Harto supersticioso Moctezuma,
Al escuchar el canto, se doblega,
Y cual hoja del árbol sacudida
Por el impulso de los vientos, tiembla;

Siéntese de terror sobrecogido;
Torna el espectro á ver que le amedrenta,
Y doblando en el suelo ambas rodillas,
Habla con ronca voz de esta manera:

"¡No hay piedad para mí! Los elementos
El cielo en mi redor desencadena:
Es en vano luchar contra el destino
Que nos arrastra con gigante fuerza.

¿Por qué, por qué con implacable saña
Me persigues, oh sombra? En mi conciencia
Nada hay que me avergüence. Como bueno
A los dioses adoro; y satisfecha

"Dejo su voluntad, sacrificando
En sus aras las víctimas cruentas.
¿Por qué si doy esplendoroso brillo
A las deidades que en el orbe imperan,

"Con impiedad cruel se me castiga
Haciéndome apurar hiel tan acerba?
Yo hago que cumpla con las leyes pátrias
El pueblo que me teme y me respeta;

"Doy impulso á las artes, y á la sombra
De mi gobierno, la nacion progresa.
He vuelto tributarios á los reyes,
Cuyo poder en armas y en riquezas

"Con respeto miró la Monarquía
En época anterior. He dado pruebas
De valor en la guerra, y de civismo
Cuando de paz el estandarte ondea.

"¿Por qué, pues, el destino despiadado
Contra mí se conjura y me presenta
De lúgubres visiones un conjunto
Que sangre y exterminio manifiestan?

"Si no hay clemencia para mí, si airados
Los dioses me abandonan, y en mi adversa
Suerte ninguno mis clamores oye,
Mejor la muerte á libertarme venga

"Del tormento cruel que debilita
Sin compasion mis varoniles fuerzas."
Dice, y enderezándose, recorre
Con tardo andar la silenciosa pieza.

¿Qué espíritu, llenando su cerebro,
Le presta inspiracion? ¿Qué nueva idea
Le acomete de pronto, y le reanima
Desvaneciendo la vision funesta?

Cuando furioso el vendaval sacude
Los gigantescos pinos de la selva,
Parecen vacilar los gruesos troncos
Y como esbeltas cañas se doblegan.

Pasa la tempestad, y hasta las nubes
Sus empinadas cimas enderezan,
Y cual otros gigantes desafian
Del poderoso Olimpo la grandeza.

Así pasó con Moctezuma. Al verse
Juguete vil de los espectros, tiembla,
Clama piedad, y aun á la muerte invoca
En la alucinacion que le atormenta.

Pero deja de ver al fiero espectro;
Del buho el triste canto por fin cesa;
De los vientos no escucha el rebramido,
Y orgulloso recobra su soberbia.

Mas ¡ay! las olas de la mar bravía,
Despues que se apacigua la tormenta,
Aunque en pequeños rizos aparecen,
Muerte traidora en sus abismos llevan.

Tranquila surca la valiente nave
El sosegado mar, noche serena,
Cuando de pronto en ignorado escollo
La dura quilla con fragor tropieza.

Entónces se abre el casco de la nave,
Con poderoso empuje el agua entra,
Y en corto espacio destruccion y ruina
Del flotante edificio sólo queda.

¡Moctezuma infeliz! Preñada nube
Oscureció tu reluciente estrella......
¡No hay piedad para tí! Tú lo dijiste......
¡La maldicion de Dios sobre tí pesa!

El ave melancólica que canta
Para anunciar al desdichado azteca
De muerte la señal, alza de nuevo
Su acento aterrador en las tinieblas.

Allá, en el fondo de la estancia, pende
Colgado en la pared, que centellea
Por sus ricos dorados, el escudo
Del reino mexicano. Altiva, fiera

Una águila caudal despedazando
A un tigre, el bello escudo representa.
Siempre los mexicanos, de valientes,
De temerarios, dieron grande muestra.

De pronto se estremece el edificio,
Cual si poder ciclópeo lo moviera,
Y á impulso del audaz sacudimiento
Cae el escudo soberano en tierra.

Extraño ruido asorda los espacios;
Se envuelve en humo la morada régia,
Y el olor que despide la resina
Cuando se inflama, el aposento llena.

Una luz ténue, cual fulgor de luna
Que entre las hojas de enramada espesa
Suele pasar y alumbra suavemente,
Las sombras de la cámara despeja.

Ábrese el fuerte muro dando paso
A una espantosa aparicion, que lenta
Se dirige al lugar do Moctezuma
Lleno de horror y enmudecido tiembla.

Es ¡ay! la sombra de Ahuizotl terrible:
Muestra en su faz del alma la dureza:
Sus ojos son carbones encendidos
Que más que miran, despiadados queman.

Su diestra mano empuña tosca espada
Hecha de dura y de pesada piedra,
Y de oro reluciente un rico escudo
Asegurado tiene en la siniestra.

El manto de los reyes, de sus hombros
Hasta cerca del pié, garboso cuelga,
Y la corona que llevara en vida
Ciñe su negra y larga cabellera.

El moreno color de su semblante
No existe ya: de piel amarillenta
Y rugosa se encuentra revestida
Su animada, espantable calavera.

Así que enfrente está de Moctezuma,
Que inmoble y aterrado lo contempla,
Le toca el hombro con la ruda espada
Y fija en él sus inflamadas cuencas.

Luego con ronca voz, cual si su acento
Del silbante aquilon el eco fuera
O el graznido monótono del buitre
Que sobre los cadáveres revuela,

Estas palabras le dirige, haciendo
Que el alma del monarca se estremezca:
"Necio mortal, el trono que ocupaste
Cuando dejé la vida pasajera,

"Va muy en breve á verse sacudido
Por una audaz, desconocida fuerza.
¡Guay de los hijos del Anáhuac; sólo
Esclavitud ó muerte les espera!"

Dice, y quitando la grosera espada
Del hombro del mortal, la pone en tierra.
Despues, dando á su acento el apacible
Suave rumor que esparce en la arboleda

Blando Favonio al agitar las hojas
En noche de agradable primavera,
Así agrega, piadoso reanimando
Del noble Moctezuma la entereza:

"Yo venturoso tu poder miraba
Desde el punto que tengo en la suprema
Mansion adonde van los que dejaron
Este lugar de duelo y de miserias.

"Yo ví que á nuestros dioses inmortales
Alzaste templos de eternal grandeza,
Sacrificando en sus augustas aras
Las víctimas que aplacan su inclemencia.

"Yo ví que tu gobierno ha dado impulso
A la industria, á las artes y á las ciencias,
Marchando la nacion, por su cultura,
De todas las demas á la cabeza.

"Yo ví que valeroso combatiste
A las huestes rebeldes y altaneras
Que su pendon en contra levantaron
De la suprema ley que representas.

"Yo ví que en el Consejo decidiste,
Al influjo feliz de tu elocuencia,
Las cuestiones difíciles que dieron
Orígen á odiosísimas querellas.

"Yo ví tambien..... Mas ¡ah! ¿por qué decirlo,
Si con sólo saberlo, mi soberbia,
Que no reconoció jamas medida,
Está de tus hazañas satisfecha?

"Tú eres mi digno sucesor: tus hechos
Dicen á grandes voces la excelencia
De tu reinado, que será en la historia
Asombro de la gente venidera.

"Tu pecho, empero, abriga los horrores
De honda supersticion, que no te deja
Desplegar el valor que necesitas
En esta santa y colosal empresa.

"Mas ¡ay! por eso hiere el sufrimiento
A mi inmortal espíritu que acierta
A comprender el porvenir luctuoso
Que á nuestra amada patria se le espera.

"Por eso abandonando las regiones
Donde la grata paz es sempiterna,
Vengo hasta aquí para alentar tu pecho
Y que el escudo de la patria seas.

"Óyeme, pues, ¡oh grande Moctezuma!
De la supersticion tu mente aleja,
Y fuerte y decidido, á la batalla
Tus valientes ejércitos apresta."

Cesa Ahuizotl de hablar un breve espacio,
Y pensativo y sosegado queda.
En tanto Moctezuma, reanimarse
Siente la sangre que se heló en sus venas

Cuando el fantasma le tocara el hombro
Con el extremo de la dura piedra.
Despues aquel prosigue su discurso,
Hablando así con indecible pena:

"Allá, muy léjos, tras los anchos mares
Que son de nuestro suelo la defensa,
Hay otros séres de la raza humana
Que ignoraron hasta hoy nuestra existencia.

"En donde nace el sol tienen su imperio;
Es vasta su instruccion, y la grandeza
De su poder no cede á cuanto existe
Debajo de las nítidas estrellas.

"Tienen blanca la faz como la nieve;
De dorado color la cabellera,
Y en sus ojos, azules como el cielo,
El valor temerario centellea.

"Al mando de esforzados capitanes,
Que aparecen cual genios de la guerra,
Alcanzan en la lid fácil victoria
Que da de su poder cumplida muestra.

"Tienen otras costumbres y otros usos
Distintos de los nuestros. Su creencia
Religiosa los hace intolerantes
Con los que siguen religion diversa.

"Son valientes tambien..... ¿Cómo no serlo
Si son hijos del sol, y donde quiera
Un poder invisible los ampara
Y muerte y riesgos de su lado aleja?

"Es fama que nacieron invencibles;
¿Y cómo no, si su potente diestra
Arroja el rayo que exterminio y muerte
Por donde pasa inexorable siembra?

"Es de un metal extraño su vestido
Y en él resbalan las agudas flechas
Que al duro corazon de las encinas
De nuestros bosques vírgenes penetran.

"Al rumor de sonoros instrumentos,
Que los espacios infinitos llena,
Se aprestan al combate, y con bravura
Sostienen la batalla carnicera.

"Existen entre ellos unos séres
A los cuales dotó naturaleza
De diferente forma que á nosotros:
Son de más elevada corpulencia,

"Mas tienen la mitad de sér humano,
Siendo la otra mitad de rara bestia:
Su cuerpo se sostiene en cuatro remos
Que les da extraordinaria ligereza;

"Tienen dos brazos más, muy en lo alto,
Con los que armas mortíferas manejan.
Lo más fenomenal es que cada uno
De esos séres contiene dos cabezas:

"De hombre la superior, y la más baja
Es de animal, aunque garbosa y bella.
Estos informes séres en la lucha
Son más temibles que las mismas fieras,

"Pues donde quiera que el peligro asoma
Corren, vienen y van, se apartan, llegan,
Y sin cesar su destructora mano
Lastima, hiere y sin piedad degüella."

Suspende el habla la vision, y en torno
De sí dirige la mirada inquieta,
Como buscando de enemigo oculto
La traidora y fatídica presencia.

Luego, con voz que muestra los distintos
Sentimientos de su alma, que se altera
A medida que va desarrollando
De su claro cerebro las ideas,

De la misma manera que se irrita
El arroyo que va por la pradera
Corriendo manso y que despues las aguas
Del cercano peñon su fuerza aumentan

Hasta el momento en que salvando el cauce
El campo extenso con fragor anega,
De esa suerte el espectro, modulando
La inflexion de su voz, así se expresa:

"Pero ¡ay! sobre el valor y la pujanza
De esos séres, maléfica descuella
La ambicion desmedida de tesoros,
La sed inagotable de riquezas.

"¿Por qué, por qué benignos nuestros dioses
Pródigos fueron con la vírgen tierra
Donde nacimos? ¡Nadie nos buscara
Si nuestra condicion humilde fuera!

"El soberano rey de aquellos hombres
Es fuerte y poderoso, y su grandeza
En todos los lugares conocidos
De aquel mundo se teme y se respeta.

"Pues bien: aquellos séres superiores
A quienes de ambicion el ansia ciega,
Del encrespado mar las bravas ondas
Hácia acá en grandes barcas atraviesan.

"En nuestras playas hallaránse presto;
Te ofrecerán que su amistad sincera
Llegarás á obtener, si reconoces
De su señor la condicion excelsa.

"Guárdate, sin embargo, de escucharles;
No aceptes su amistad, que sólo encierra
El dulcísimo són de la lisonja
Que embriaga para herir con más firmeza.

"No amedrentes tu espíritu tampoco;
A la lucha prepárate, y desecha
Esa preocupacion que va á esparcirse
De que invencibles son en la pelea.

"Convoca tus ejércitos al punto;
Sin pérdida de tiempo armas apresta,
Y con todos los pueblos forma alianza
Para acudir á la comun defensa.

"No hay que desesperar de la victoria;
El triunfo te dará segura prenda
De libertad, y la derrota sólo
Traerá á la patria esclavitud eterna.

"¡Ah! no lo dudes, no. Cuando vencidos
Por la invasion nuestros guerreros sean;
Cuando en nuestros palacios portentosos
Ondule al viento la triunfal bandera

"Del extranjero audaz; cuando humillados
Sin fuerzas, sin valor, los pueblos tengan
Que abandonar sus plácidos hogares
Y ocultar en los montes su vergüenza;

"Entónces ¡ay! nuestras ciudades todas
Arrasadas serán; nuestras creencias
Escarnecidas; nuestros grandes templos
Derribados, y luego con soberbia

"Inconcebible, elevarán los suyos
Sobre sus mismas destrozadas piedras.
Y nuestros hijos andarán errantes
Por la espesura como viles bestias,

"Despues de haber perdido en la batalla
Su religion, sus leyes y su lengua.
Tal es ¡oh rey! el porvenir horrible
Que á nuestra cara patria se le espera.

"Ten, pues, valor y aparta de tu mente
La ofuscacion; á prepararte vuela
Para vencer en la gigante lucha
A que te llama la fortuna adversa.

"No temas, no: mi aliento poderoso
Contigo irá cuando en la lid te veas.
Guárdate sólo de traidores pechos
Que al temible invasor la patria vendan.

"¡Guay de tí si cobarde huyes la lucha!
¡El trono perderás y la cabeza!
¡Guay de los hijos del Anáhuac! ¡Sólo
Esclavitud ó muerte les espera!"

Cesa la voz, y de Ahuizotl la sombra
Desaparece al punto entre la densa
Atmósfera que envuelve el aposento.
Ensimismado Moctezuma queda,

Sin comprender si la vision fué parto
De su imaginacion calenturienta,
O existe en realidad ese peligro
Que su temible arrojo desconcierta.

En vano trata de encontrar alguna
Señal que indique la reciente huella
Del terrible Ahuizotl, cuyas palabras
Duras en sus oídos aun resuenan.

Mas nada ve que lo persuada: Todo
Cual siempre se halla en la morada régia.
Pasó la tempestad; el horizonte
De las cargadas nubes se despeja;

El céfiro las hojas acaricia
De las húmedas plantas; las estrellas
Con blanca luz alumbran del palacio
Del noble rey la construccion extensa.

Todo vuelve á la calma y al reposo;
Paz, silencio y quietud tan sólo reinan,
Y triste y pesaroso Moctezuma
De la cercana aurora el brillo espera.

INVOCACION.

En el nombre del Sér cuya existencia
No conoció principio ni fin tiene,
Y cuya soberana omnipotencia
El movimiento universal sostiene;
En el nombre de Aquel cuya influencia
Cuanto existe, benéfica mantiene,
Voy á elevar mi voz entusiasmado
Para cantar de Anáhuac el pasado.

¡Anáhuac! el recinto de las flores;
El emporio feliz de la riqueza;
El país de los pájaros cantores;
El paraíso de sin par belleza.
Anáhuac, que ostentando los primores
Que pródiga le dió Naturaleza,
Como una vírgen cándida brindaba
Los inmensos tesoros que guardaba.

Voy á cantar los hechos valerosos
De los de Anáhuac ínclitos guerreros
Que midieron sus armas animosos
Con destructora hueste de extranjeros.
Voy á cantar los lances prodigiosos
De los caudillos que lograron fieros
Hacer morder al invasor la tierra
En tan sagrada como infausta guerra.

De mi voz al conjuro poderoso
De nuevo se alzarán los edificios
Cuyo aspecto severo y majestuoso
Del azteca saber nos dejó indicios.
De sus dioses terribles el odioso
Anhelo de sangrientos sacrificios
Presentaré tambien como evidencia
Segura de la idólatra creencia.

Cantaré la belleza de su cielo;
De sus brisas la plácida frescura;
La exuberancia de su fértil suelo,
Y de sus flores la fragancia pura.
Así veloz recorrerá mi vuelo
Ya el monte colosal, ya la llanura,
Ora el arroyo manso, ora el torrente
Que arrasa lo que encuentra en su corriente.

¡Ah! si tener lograra el dulce encanto
Del gran Netzahualcoyotl la voz mia,
Fuera el murmullo de mi débil canto
Inagotable fuente de armonía.
¡Cuánta dulzura sin igual, y cuánto
Esplendor mi palabra expresaria
Si yo lograra que á mi mente inquieta
Diera su inspiracion el rey poeta.

Entónces de mis labios, con presura,
No frases brotarian, sino flores
De blando aroma y sin igual frescura
Que ostentaran bellísimos colores.
El manso murmurar del aura pura
Que acaricia los mirtos tembladores,
A veces mi voz rústica seria,
Y otras rumor de tempestad bravía.

¡Con qué vigor mi varonil acento
Las acciones heróicas relatara
Del bravo Cuitlahuác, cuyo ardimiento
Hasta el propio enemigo respetara!
Lleno de inspiracion, mi pensamiento
A la region celeste se acercara,
Y en imágenes ricas en belleza
De Anáhuac cantaria la grandeza.

Sin más sostén, empero, que el ardiente
Y profundo entusiasmo que atesora
Mi pecho por la raza, que valiente
Lidió con la legion conquistadora;
Sin más inspiracion que la que siente
Quien admira esa lid conmovedora,
Voy á elevar mis férvidos cantares
De la querida patria en los altares.

¿Y qué pecho no late entusiasmado
Al recordar de **Cuauhtemoc** la gloria
Que como claro sol han conservado
Las páginas eternas de la historia?
¿Quién no siente su espíritu inspirado
Cuando los hechos trae á la memoria
Del valeroso intrépido caudillo
Que á México cubrió de inmortal brillo?

Débil mi canto, su rumor apénas
Se escuchará cual se oye la corriente,
En las noches calladas y serenas,
De la apacible y apartada fuente.
¡Ah! si el ardor que corre por mis venas
Diera á mi voz su fuerza prepotente,
Un himno al héroe de Anahuác alzara
Que el universo, al resonar, llenara.

Tosca es mi voz. Desnuda del ropaje
De la divina, bella poesía,
No podrá tributar un homenaje
Digno á la patria la palabra mia.
Pero no temo que el mordaz ultraje
Se desate en mi contra con porfía;
Porque tiene mi acento pobre y rudo,
De **Cuauhtemoc** el nombre por escudo.

CANTO PRIMERO.

Actitud del pueblo mexicano por estar alojadas en la capital las tropas castellanas.—Se determina alzar el canto de guerra.—Sale Cortés para Zempoala, quedando á cargo de Alvarado la custodia de la ciudad.—Gran fiesta en el teocalli.—Horrorosa matanza ejecutada por Alvarado.—Es rechazado éste, que se refugia en el cuartel.—El pueblo asalta la residencia de los españoles.—Alvarado hace que Moctezuma contenga al pueblo.—Continúan los preparativos de guerra.—Destruccion de la flotilla española anclada en el lago de Texcoco.

La gran Tenochtitlan en su recinto
De Hernan Cortés las huestes albergaba; [1]
Pero obediente á su guerrero instinto
El pueblo mexicano recelaba.
Del monarca austro-ibero Cárlos Quinto
El audaz capitan enumeraba
Las altas condiciones á porfía
De poder, de grandeza y de hidalguía.

"De Emperador y Rey su noble frente
Ciñe las dos coronas (tal exclama);
Y su poder, que nace en el Oriente,
Hasta este suelo su fulgor derrama.
En cien batallas que ganó valiente
De invencible adalid cobró la fama,
Fama que acompañando á sus legiones,
Es el terror de las demas naciones.

"Magnánimo es tambien y generoso
Con los imperios que amistad le ofrecen,
Y á su influjo feliz y poderoso
Los pueblos adelantan y florecen.
Es para amigos sol esplendoroso;
Sus enemigos, sin piedad perecen.....
Elegid guerra ó paz, ¡oh mexicanos!
Teneis el porvenir en vuestras manos."

El pueblo ni vacila ni se aterra:
Tiene fe en los caudillos esforzados
Que desde la ciudad hasta la sierra
Aprestan á la lid á los soldados.
Por todas partes el clamor de guerra
Repercuten los ecos dilatados,
Y el afan de luchar cunde infinito
Al resonante y belicoso grito.

En *Tlatelolco*[2] se convocan luego
Los reyes y caciques y señores
Notables de Anahuác; y sin sosiego
La situacion estudian previsores.
Quién, ardiendo su pecho en patrio fuego,
Presenta á los audaces invasores
Como impotente y débil enemigo
Al cual es fácil dar pronto castigo.

Quién, oyendo la voz supersticiosa
Que entre muchos domina, se figura
Que la lucha cruel y desastrosa
Consigo llevará la desventura.
Quién, poseyendo el ánima medrosa,
De los demas ofende la bravura,
E inclinado á la paz se manifiesta,
¡A la paz que Cortés tiene propuesta!

Al oir las contrarias opiniones
Que tienen al Consejo dividido,
Palpitan con afan los corazones
De aquellos que la guerra han decidido;
Y el jóven **Cuauhtemoc,** cuyas acciones
De héroe la admiracion han merecido,
Se yergue con viril atrevimiento
Para expresar su bélico ardimiento.

Es **Cuauhtemoc** el jefe denodado
Que se distingue más por la braveza
De un corazon que late acelerado
Y con afan aspira á la grandeza.
En las primeras filas colocado
Por su invicto valor y la nobleza
De su estirpe elevada, está anheloso
De combatir al invasor odioso.

De marcial y severo continente,
La majestad á la fiereza aduna:
Es espaciosa su morena frente
Que no viene á manchar sombra ninguna.
Su mirada de Ayax, limpia y luciente
Muestra que le acompaña la fortuna,
Y en la grandeza de su sér entero
Se adivina al intrépido guerrero.

Obediente á la voz de la bravura
El jóven adalid, quiere esforzado
Reanimar con su voz firme y segura
El patriótico fuego amortiguado.
Irguiéndose, al efecto, se apresura,
De su ardor juvenil arrebatado,
A desbordar su altivo sentimiento,
Y así se expresa con terrible acento:

"No es tiempo ya de discutir, la hora
Pasó de escudriñar nuestro destino;
Tócanos sólo resistir ahora
Al invasor que á nuestra patria vino.
La paz que nos propone es red traidora;
Es mentida promesa de asesino
Que desarma á la víctima inocente
Para sacrificarla fácilmente.

"¡No haya piedad! Convóquese á la guerra
A todo el que en Anáhuac ha nacido;
El pueblo que sus dioses y su tierra
Defiende, es respetado aunque vencido.
¿A quién la muerte en el combate aterra
Si sabe que es la paz el bien perdido?
¡No haya piedad! Gritemos de esta suerte:
"¡Tregua á la paz! ¡O salvacion ó muerte!"

Dijo, y con la mirada recorriendo
El extenso concurso, más se alienta
Al ver que su entusiasmo va encendiendo
En los demas la fe que experimenta.
Despues, su propia inspiracion siguiendo,
Que á la vez que domina se acrecienta,
Así prosigue el jóven esforzado,
Que es de nobles y reyes respetado:

"El momento llegó de la venganza:
Otros hijos del sol han invadido
Nuestras playas, y abrigan la esperanza
De quitar al *Malinche*[3] aborrecido
El poder que sus triunfos afianza:
Si en lucha con su igual queda vencido,
Se verá desde luego abandonado
De los traidores pueblos que ha domado.

"Si el Malinche obtuviere la victoria,
Arrollados serán sus escuadrones,
Y aunque cubierto de brillante gloria,
Tendrá que abandonar estas regiones.
Mas si de nuevo emprende una ilusoria
Campaña en contra nuestra, las naciones
De Anáhuac se unirán para esperarle,
Y muerte justiciera sabrán darle.

"Yo soy de parecer que miéntras tanto
Combaten entre sí los extranjeros,
Se alce á *Huitzilopochtli*[4] nuevo canto
Que convoque á la lid á los guerreros.
Resuene por doquier el grito santo
Que llame á defender los patrios fueros,
Y, listas las legiones mexicanas,
Vengan despues las huestes castellanas."

Cesó de hablar el adalid valiente,
La esperanza sembrando en el concurso,
Que conmovido acepta diligente
El plan desarrollado en tal discurso.
Resuélvese aprestar rápidamente,
Para obtener el salvador recurso,
El ejército bravo y numeroso
Que á raya ponga al invasor odioso.

Hernan Cortés, en tanto, se dispone
A partir á Zempoala[5] con su gente,
Y batir á Narvaez se propone,
Pues de otro modo fracasar presiente.
A Pedro de Alvarado al frente pone
De la legion que juzga suficiente
Para tener la capital segura,
Y á partir á la guerra se apresura.

De instintos sanguinarios Alvarado,
Trata á los mexicanos con dureza,
Y el prisionero Rey[6] es injuriado
Por sus custodios, faltos de nobleza.
Al circular la voz de que ha quedado
De la guardia española á la cabeza
El bravo *Hijo del Sol,*[7] el pueblo entero
Teme las iras del feroz guerrero.

A la sazon el pueblo se prepara
A entregarse á la fiesta religiosa
Que cada cuatro años celebrara
Obediente á la fe supersticiosa.[8]
Alvarado, creyendo que encerrara
Tal fiesta una intencion tumultuosa,
Manda que todos vayan desarmados
Al templo, que circunda de soldados.

En el *teocalli*[9] principal, vestidos
Con pompa elegantísima y fastosa,
Los sacerdotes hállanse reunidos
Para la ceremonia religiosa.
Numerosos hachones, repartidos
En el templo, su luz esplendorosa
Esparcen alumbrando con porfía
La elevada y soberbia gradería.

Puestos con majestad en andas de oro
Los ídolos de piedra relabrada,
Custodiados están como un tesoro
Por la clase más noble y elevada.
Del *huéhuetl*[10] el estrépito insonoro
Puebla del templo la extension sagrada,
Y del copal la perfumada nube
En espirales á la altura sube.

Da principio la fiesta con la danza
Al són del *teponaxtli,*[11] y de repente
Contra los mexicanos se abalanza
Del *Tonatiuh*[12] la desalmada gente.
Feroz, aniquilando cuanto alcanza,
La soldadesca arrójase impaciente
Sobre el inerme pueblo que gozoso
Acataba el precepto religioso.

Cual tigres los guerreros despiadados
Sobre la muchedumbre sorprendida
Se lanzan con furor, acompañados
De tlaxcalteca gente envilecida.
Mujeres y guerreros desarmados
Yacen en confusion faltos de vida,
Y se oye entre el chocar de los aceros
De los niños los gritos lastimeros.

En medio de la mísera matanza
Y pisando los miembros palpitantes,
El sanguinario Tonatiuh se lanza
A despojar del oro á los danzantes.
Tal como el buitre hambriento se abalanza
Al cuerpo que devora por instantes,
Así el Hijo del Sol con furia ciega
A despojo tan vil tambien se entrega.

El que quiere escapar, presto se arroja
A la puerta que guardan los guerreros;
Pero al instante con su sangre moja
De las picas los bárbaros aceros.
Unos resbalan en la charca roja,
Otros exhalan ayes postrimeros,
Y los más, resignados con la suerte,
Anhelan encontrar violenta muerte.

El olor de la sangre, confundido
Con el aroma del copal, despierta
El rencor que se hallaba reprimido
En el pueblo, que en breve se concierta.
De pronto, en medio del mortal ruido,
Da el *teohuêhuetl*[13] el toque del alerta,
Y á esa señal, de todos conocida,
Da principio la lucha contenida.

En tanto los caudillos mexicanos
De la ciudad las calles recorriendo,
Hacen saber los hechos inhumanos
Que están en el teocalli sucediendo.
Listas para atacar á los tiranos
Van de todos los rumbos acudiendo
Innúmeras legiones, que esforzadas
Se dirigen del templo á las entradas.

Sufren primero el choque formidable
Las tlaxcaltecas chusmas, que con brío
Oponen resistencia á la espantable
Y brava acometida del gentío.
Como suele en su seno inexplorable
Rugir por la tormenta el mar bravío,
Así tambien la multitud rugia
Por la venganza que en su sangre ardia.

Los grupos tlaxcaltecas, arrollados
Quedan en breve, y juntos y revueltos
Tratan los asaltantes y asaltados
De no cejar, á perecer resueltos.
De enemigos al fin se ven cercados
Los españoles, y en la red envueltos,
No pueden traspasar la espesa valla
De hombres armados que en su torno se halla.

Tiende la vista el Tonatiuh valiente
En derredor, buscando la salida,
Y, secundado por su brava gente,
Rompe la valla y de salvarse cuida.
La sangre que resbala por su frente
Mana de la cabeza, que está herida;
Pero fuerte, soberbio y animoso,
Blande su diestra el sable poderoso.

Por las masas del pueblo perseguidos,
De las que en vano por librarse bregan,
Huyen los españoles, siempre unidos,
Hasta que al fin á sus cuarteles llegan.
Cuando en ellos se ven fortalecidos,
A la defensa con afan se entregan,
Logrando rechazar su fiero brío
El asalto del bélico gentío.

Despues, en el Oriente el nuevo dia
Dejó asomár su luz; pero velado
El sol por densas nubes, parecia
Protestar contra el mísero atentado.
Lenta y menuda lluvia se extendia
Sobre el vasto teocalli ensangrentado,
En derredor del cual los moribundos
Lanzaban de dolor ayes profundos.

¡Ah! ¡cuán horrible cuadro presentaba
El interior del templo suntuoso!
Aquí, un monton de miembros sustentaba
De algun ídolo el busto pavoroso.
Más allá, de un cadáver se abrazaba
Un inocente niño, que medroso,
Harto ya de llorar y sin aliento,
Buscaba en vano el maternal sustento.

Del teocalli la vasta gradería
Llenaban los cadáveres lanzados
Desde la altura, con audacia impía,
Por el plomo mortal de los soldados.
En todas partes destruccion habia;
Por donde quiera cuerpos mutilados,
Y en un charco de sangre nauseabunda
Se revolcaba gente moribunda.

¡Horrible mortandad! ¡Cuadro sombrío!
Que de vergüenza cubre la memoria
Del alevoso capitan que impío
Manchó de España la brillante gloria!
De la nacion ibera el poderío
Opacará en el libro de la historia
El proceder infame de un soldado
Agente suyo: Pedro de Alvarado.

Ni la heróica conquista consumada,
Hecho digno de griegos ó romanos;
Ni la luz á torrentes derramada
Volviendo á los idólatras cristianos;
Ni la industria, hasta entónces ignorada
De los sencillos pueblos mexicanos,
Podrán, al sucederse las edades,
Desvanecer jamas esas crueldades.

Podrán los elevados monumentos
Significar de España la grandeza,
Mas siempre guardarán en sus cimientos
La sangre derramada con vileza.
El recuerdo de bárbaros tormentos
Ejecutados con feroz torpeza
Tendrán los edificios colosales,
Que de enorme crueldad serán señales.

El general que obtiene la victoria
Despues de sostener ruda pelea,
Cubre su nombre de fulgente gloria
Aunque el autor del exterminio sea.
Pero aquel que acomete con notoria
Impunidad la bárbara tarea
De asesinar á gente desarmada,
Llena de oprobio la guerrera espada.
....

No bien hubo brillado el nuevo dia,
Se hacen de llamamiento las señales,
Y el pueblo, en numerosa compañía,
Asiste á los solemnes funerales.
La ceremonia fúnebre encendia
En los pechos adictos y leales
De los hijos de Anáhuac, los rencores
Hácia los sanguinarios opresores.

Al terminar ese deber sagrado,
Sale de entre las masas un guerrero,
Por las más altas clases saludado
Con muestras de respeto verdadero.
Es **Cuauhtemoc**, el jóven denodado
Que para combatir es el primero,
Y en cuya acreditada bizarría
Lograr victoria la nacion confia.

Al presentarse el adalid resuena
Un murmullo en las filas agitadas,
Y el grito de ¡victoria! el templo llena,
Repitiéndose en calles y calzadas.
Cuauhtemoc, con el ánima serena
Recibe la ovacion; luego, calmadas
Las voces, se desborda su ardimiento
Y dice así con resonante acento:

"El dios Huitzilopochtli ha presenciado
El más ignominioso sacrificio.
¿La sangre que en su templo han derramado
No es de nuestra victoria fiel indicio?
Las víctimas que aquí se han inmolado
Harán que nuestro dios sea propicio
A la causa comun que defendemos
Y en la que batallando vencerémos.

"Nunca opté por la paz. La voz de guerra
Del corazon saltándome á los labios,
Todo el programa de mi credo encierra,
Aunque cause de muchos los agravios.
En el Consejo mi palabra aterra,
Que no es la lid el campo de los sabios;
Pero el grito de alarma me provoca,
Y hablar en esta vez sólo á mí toca.

"Al arma se ha tocado, y he venido
A disparar las flechas con denuedo:
Si como general soy recibido,
Entónces ordenar la lucha puedo.
Mi corazon, que nunca ha conocido
Lo que es vacilacion, duda ni miedo,
Me anuncia que á las tropas castellanas
Han de vencer las huestes mexicanas.

"¡Ea, pueblos de Anáhuac! ¡Al combate!
¡Sin temor ni piedad al enemigo!
Si un corazon en vuestros pechos late,
Entónces á la lid marchad conmigo.
Arrollarémos al primer embate
Al fiero Tonatiuh, con fe lo digo;
Y cuando el grito de victoria vibre
En el espacio, Anáhuac será libre."

Dijo, y su acento varonil llenando
Del templo las extensas dimensiones,
Fué de espíritu bélico inundando
Los de raza valientes corazones.
No de otra suerte el viento, desplegando
El lino en favorables ocasiones,
Impulso da en el líquido desierto
A las naves, llevándolas al puerto.

Despues, el sacerdote más anciano
Se acerca á **Cuauhtemoc** con reverencia,
E inclinando su rostro hasta la mano
Del valiente, le dice con vehemencia:
"La salvacion del reino mexicano
Reside en tu valor y tu experiencia;
Ordena las legiones, y la gloria
Marcha presto á alcanzar con la victoria."

El bravo **Cuauhtemoc**, rápidamente
Alista las secciones de guerreros,
Y el asalto dispone diligente
Al temible cuartel de los iberos.
De la gruesa columna pone al frente
Escogida cohorte de flecheros;
Y marchando con fiera bizarría,
A las legiones al ataque guía.

Como golpe de mar, que irresistible
Contra la nave rápido camina,
Sembrando con presteza indescribible
En su marcha el espanto y la ruina;
Así sobre el cuartel, rauda y terrible,
La hueste mexicana se encamina,
Ensordeciendo el cóncavo vacío
Con su marcial y ronco vocerío.

Y millares de flechas silbadoras
Arrojadas con bélico ardimiento,
Como nube de plumas voladoras
Oscurecen el sol poblando el viento.
Las armas del cuartel, atronadoras,
Lanzan la muerte con ardor violento,
Destrozando al ejército enemigo
Que libre está de protector abrigo.

Pero unidas las filas van marchando
Hácia el cuartel, que multiplica el fuego,
Y los claros que muchos van dejando
Al perecer, se cubren desde luego.
Las masas populares avanzando
Van al asalto con arrojo ciego,
Siguiendo á Cuauhtemoc, cuya osadía
Al castellano odioso desafia.

Las guerreras legiones, ya diezmadas,
Logran llegar al rededor del fuerte,
Cuyas alturas, de hombres coronadas,
Vomitan sin cesar terrible muerte.
Las flechas, con acierto disparadas,
Al castellano ofenden de tal suerte,
Que aquel que á descubrirse se aventura
Halla en su imprevision muerte segura.

Cuauhtemoc, que recorre sin sosiego
Las filas de su gente embravecida,
Con la serenidad de un héroe griego,
De alcanzar la victoria sólo cuida.
Su corazon, ardiendo en patrio fuego,
Alienta esa esperanza tan querida,
Y su mente, revuelta y agitada,
Se siente por los dioses inspirada.

Manda que sus intrépidos soldados
Destruyan la artillada fortaleza,
Y desde luego por distintos lados
Se propaga el incendio con presteza.
Los muros á la vez son atacados
Con increible, sin igual destreza,
Y en corto espacio quedarán vencidos
Aquellos invasores tan temidos.

Mira el riesgo Alvarado, y diestramente
A Moctezuma manda que en seguida
Ataje con su voz el resistente
Empuje de la turba enfurecida.
Moctezuma, sumiso y obediente,
Su sagrada mision cobarde olvida,
Y dirigiendo al pueblo breve arenga,
Logra que en su entusiasmo se contenga.

A la voz de su Rey, no sólo amado
Sino tambien temido, se contiene
En su furor el pueblo, que esforzado
Asegurada la victoria tiene.
El bravo **Cuauhtemoc,** entusiasmado,
Con algunos adictos se sostiene,
Creyendo con su esfuerzo valeroso
Vencer al enemigo poderoso.

Pero ¡ay! en vano su gigante anhelo
A lucha desigual lo precipita.
¿Quién atrevido escala el alto cielo
Si á empresa tal su sinrazon lo excita?
Podrá el águila audaz tender su vuelo
En la region del éter infinita;
Pero jamas estampará sus huellas
Donde tienen su asiento las estrellas.

Es **Cuauhtemoc** modelo de heroismo,
Brilla en su noble frente la esperanza,
Arde en su corazon el patriotismo
Y obedece á la voz de la venganza.
Puede arrojarse ciego en el abismo,
Como el suicida incrédulo se lanza
Al más allá; pero á su mente viene
La patria amenazada, y se detiene.

Libre ya del asalto formidable
Que sembrara en los pechos la pavura,
El Tonatiuh, sereno, imperturbable
A restaurar el órden se apresura.
Queda otra vez en breve inexpugnable
El cuartel que á las tropas asegura,
Dispuesto á resistir osadamente
La hostilidad de **Cuauhtemoc** valiente.

En tanto, en la ciudad los mexicanos,
En numerosos grupos divididos,
Llenan los sitios al cuartel cercanos
Y sin cesar discuten conmovidos.
Los jefes principales, los ancianos
Y los caciques, hállanse reunidos
Para la nueva junta convocada
De Tlatelolco en la real morada.

Los ancianos, que están en mayoría,
Optan por respetar el mandamiento
Del prisionero Rey, y con porfía
Recuerdan el prestado juramento.
Los guerreros, cediendo á la osadía
Natural de su bélico ardimiento,
Votan por que se imponga al enemigo
En la batalla vengador castigo.

Por una y otra parte, con vehemencia
Luchan los oradores distinguidos,
Sin que de los primeros la elocuencia
A los segundos deje convencidos.
Es tal de los guerreros la insistencia
En vengar los ultrajes recibidos,
Que por fin el Consejo se domina
Y seguir la campaña determina.

Se aprestan al momento las secciones
Guerreras, que el cuartel circunvalando,
Cubren las diferentes posiciones
Que están al enemigo dominando.
Así como en la caza á los leones
Van en su madriguera acorralando
Los diestros cazadores, de tal suerte
Cerca la hueste mexicana el fuerte.

Surta en el lago de Texcoco estaba
Una pequeña flota, construida
Por Cortés, y que al viento desplegaba
La española bandera aborrecida.
El pueblo mexicano la miraba
Con el rencor inmenso que se anida
En todos los amantes corazones
Que sangran de la patria á los baldones.

Arrebatado del rencor que siente
Por la hueste enemiga y extranjera,
No puede el pueblo ver indiferente
Que tremole en el lago la bandera.
Con impulso terrible, omnipotente,
Creciendo más y más su audacia fiera,
La multitud, á quien el odio excita,
Sobre el lago veloz se precipita.

Y como el huracan desenfrenado,
Que todo lo atropella y lo maltrata,
El pueblo inexorable, entusiasmado
La flotilla española desbarata.
Quién desgarra el velámen desplegado,
Quién el timon con frenesí arrebata,
Quién, destrozando la empalmada quilla,
Navega sobre un resto hasta la orilla.

Unos, con ansia propagando el fuego,
Hacen que pronto cruja la madera;
Otros con loco afan quebrantan luego
La arboladura fuerte y altanera.
Álguien, llevado de entusiasmo ciego,
Quita febril del asta la bandera,
Y haciéndola girones con los dientes,
Se forma de ella lazos diferentes.

En breve tiempo el popular estrago
Deja los bergantines destruidos,
Y en el espejo límpido del lago
Sobrenadan los restos esparcidos.
Expresa el pueblo su profundo halago
Con vítores por nobles presididos,
Y en los que al són del teponaxtli elevan
Cantos que el triunfo en sus estrofas llevan.

FIN DEL CANTO PRIMERO.

CANTO SEGUNDO.

Regresa Hernan Cortés de Zempoala.—Es recibido friamente por los mexicanos.—Entra al cuartel español, y el pueblo se dispone á combatirlo.—Exige Cortés á Moctezuma que calme la ira popular, y éste envia á Cuitláhuac para que contenga á las masas.—Se pone Cuitláhuac á la cabeza del pueblo y ataca á los españoles.—Moctezuma intenta calmar con su presencia la ira de los mexicanos, y es herido con una piedra.—Combates en las calles.—Asaltan los españoles el gran teocalli y son rechazados hasta su cuartel.

Cuando benigna la voluble diosa
Que se llama Fortuna, con sus alas
Protege á un sér amiga y cariñosa,
En él derrama sus celestes galas.
El héroe que con planta valerosa
Logra pisar de las empíreas salas
El recinto magnífico y sagrado,
Su camino prosigue acelerado.

Si la brillante luz de la victoria
Ilumina la senda del guerrero,
El esplendor de la adquirida gloria
El porvenir le muestra lisonjero.
No guarda del peligro la memoria,
Ni si le amenazó terrible y fiero:
Ve que el astro del triunfo resplandece
Y el riesgo á su fulgor desaparece.

En Zempoala vence el castellano
De Narvaéz á la legion temible,
Y con sus huestes se prepara ufano
La campaña á seguir irresistible.
De la victoria el genio soberano
Le presta su poder, y así, terrible,
Recobrando la audacia que le guia,
Completo triunfo conquistar ansía.

Hernan Cortés, volviendo victorioso
De Narvaéz tras rápida campaña,
A la ciudad regresa receloso,
Que de los suyos teme la zizaña.
Un ejército bravo y numeroso
Al capitan intrépido acompaña;
Y con tan grande ostentacion de guerra,
Los pueblos todos á su paso aterra.

Entra en Tenochtitlan; pero ninguno
El parabien le da de la victoria;
No hay en las calles habitante alguno
A quien ofusque su fulgente gloria.
Él, que los homenajes uno á uno
Recibidos ayer, en su memoria
Frescos conserva, con temor vacila
Al penetrar en la ciudad tranquila.

¿Qué se hicieron los reyes y señores
Que con afan le daban sus presentes?
¿Por qué en solicitud de sus favores
No acuden los caciques reverentes?
Las enramadas de vistosas flores
Y los adornos de oro relucientes
Con que ántes celebraba su llegada,
¿Por qué no ostenta la ciudad callada?

Todo es desolacion, todo aspereza:
La ciudad, semejante á un cementerio,
Guarda en su seno sólo la tristeza
Envuelta entre las sombras del misterio.
El capitan inclina la cabeza;
Pero recobra su viril imperio,
Y obediente á la voz de la bravura,
En las desiertas calles se aventura.

Cesa despues el bélico ruido;
El pesado rodar de los cañones,
De las trompetas el marcial sonido
Y el garboso trotar de los bridones.
Al cuartel español, fortalecido,
Penetraron Cortés y sus legiones,
A quienes por el triunfo conquistado
Rinde sus ovaciones Alvarado.

Despierta luego la ciudad. Airadas
Las masas populares, con presteza
Abren zanjas en calles y calzadas
Para aislar la enemiga fortaleza.
De **Cuauhtemoc** las tropas denodadas
A la lid se disponen con braveza,
Queriendo, en sus legítimos rencores,
Vencer á los odiados opresores.

Contempla Hernan Cortés aquel osado
Cerco de brava y numerosa gente,
Y, cediendo á su instinto de soldado,
Un nuevo ataque á su cuartel presiente.
No teme la refriega su esforzado
Pecho, que guarda un corazon valiente;
Mas la falta de víveres podria
Amenguar de su tropa la osadía.

A Moctezuma llama á su presencia
Y le dice que al pueblo mexicano
Tratando están los nobles con violencia,
Que debe corregir el soberano.
Que sus órdenes mande, en consecuencia,
Para que cese el proceder villano,
Y vuelva la ciudad alborotada
A tomar su quietud acostumbrada.

El débil Moctezuma quizás cede
En tal momento á inspiracion divina;
Acaso á sus temores se sucede
El odio al invasor que le domina.
Sabe que Cuitlahuác[14] es quien más puede
Lograr de los contrarios la ruina,
Y pide con sumisas expresiones
Que lleve Cuitlahuác sus instrucciones.

Es Cuitlahuác el principal guerrero
Del indomable pueblo mexicano,
Y que Cortés conserva prisionero
Por temor á su influjo soberano.
Por el peligro amedrentado, empero,
Cede sin vacilar el castellano,
Que irreflexivo ordena diligente
La libertad del general valiente.

Parte á poco el intrépido soldado,
Alentando en su pecho la esperanza
De aniquilar al extranjero odiado
Para cobrar legítima venganza.
Contempla Cuitlahuác entusiasmado
El cerco militar que á ver alcanza,
Y apresurando el paso se encamina
A la valla que encuentra más vecina.

Como el que ciego ha estado, y de repente,
Recobrando la vista, en torno mira,
Y el panorama rico y esplendente
De la natura con afan admira:
Como el que de la patria estuvo ausente
Y con ansia al volver su aire respira,
Así es de Cuitlahuác el albedrío
Al contemplar el bélico gentío.

El bravo Cuitlahuác es saludado
Por el pueblo, que al verle clamorea,
Y entusiasta, febril y arrebatado
En triunfo por las calles lo pasea.
El general valiente y esforzado,
Que al enemigo combatir desea,
Ordena las legiones sin tardanza
Y contra el fuerte con ardor avanza.

Cuando del mar el escondido seno
Se estremece al poder de la tormenta,
De sus abismos nace el ronco trueno
Que el terror en las almas acrecienta.
Las playas con amor baña serenb
Cuando en la calma la quietud presenta;
Mas si la tempestad su ira provoca,
Sus aguas salvan la empinada roca.

El pueblo mexicano se parece
Al inconstante mar en tal momento:
Tras la calma, de pronto se enfurece,
Y en esa agitacion ruge violento.
Su poder semejando, se estremece
Haciendo ondulaciones turbulento,
Y en masa asoladora así adelanta
Hácia el cuartel con atrevida planta.

Dispara al pueblo el formidable fuerte
Con sus cañones sostenido fuego,
Que aunque le lleva destruccion y muerte,
No logra contener su arrojo ciego.
Hernan Cortés á la contraria suerte
No quiere resignarse, y sin sosiego
Por todas partes va, se multiplica
Y los débiles puntos fortifica.

Tambien el fiero Cuitlahuác pelea
Con heróico valor; su diestra mano
Por abrir un portillo forcejea
Sin cesar, con aliento sobrehumano.
El pueblo á su caudillo victorea,
É imitando su esfuerzo soberano,
Contra los muros del cuartel se lanza
Queriendo derribarlo en su venganza.

¡Espectáculo hermoso é imponente
En que la destruccion es la belleza!
Sólo de un pueblo la ira omnipotente
Es capaz de adquirir tanta grandeza.
De pronto un grito atronador, rugiente
Lanza la multitud, y su fiereza
Conteniendo de súbito aterrada,
Eleva hácia la altura la mirada.

Cubierto con la régia vestidura
Y ciñendo su frente la corona,
El prisionero Rey desde la altura
A las revueltas masas impresiona.
En su semblante el bienestar fulgura,
Pues la tranquilidad no le abandona:
Del pueblo airado la atencion reclama
Y con voz conmovida luego exclama:

"Cesad de combatir, ¡oh campeones
Que á los pueblos estais sacrificando!
Aquietad á las bélicas legiones
Que alborotais sin fruto; yo os lo mando.
Pronto los extranjeros escuadrones,
La gran Tenochtitlan abandonando,
Dejarán de imponernos su presencia
Que enciende en vuestros pechos la violencia.

"Huésped he sido aquí, no prisionero;
Jamas se me trató como enemigo;
Debo ser, como noble, justiciero
Para el que es franco y liberal conmigo.
Si al numeroso ejército extranjero
No quereis dar en la ciudad abrigo,
Partirá sin tardanza; os lo aseguro;
Con la fe de monarca yo os lo juro."

Cesó la voz de Moctezuma, y presto
De entre la muchedumbre se adelanta
Un gallardo adalid, jóven y apuesto
Que al fuerte llega con segura planta.
Es **Cuauhtemoc,** que á protestar dispuesto,
La altiva frente hácia su rey levanta,
Y con la vista hiriéndole el semblante,
Le dice así su acento resonante:

"Ni guerrero, ni Rey, ni mexicano
Eres cuando bendices tus cadenas;
De esclavo, de cobarde y de villano
Es la sangre que guardas en tus venas.
La manceba serás del castellano
Que se goza al mirar tus duras penas;
Y pues la majestad diste al olvido,
Digno eres de morir envilecido."

Dijo, y lanzando con viril fiereza
Una piedra al monarca degradado,
La corona imperial de la cabeza
Le arranca y le derriba ensangrentado.
El asalto repite con presteza
El pueblo, á tal ejemplo arrebatado,
Y en espantosa lucha con la muerte,
De nuevo empieza á demoler el fuerte.

Pronto el soberbio pueblo mexicano,
De su jefe á la voz firme y guerrera,
Hace temblar el fuerte castellano,
A cuya guarnicion el riesgo altera.
Del bravo Cuitlahuác la diestra mano
Agita de la patria la bandera,
Causando en esa multitud airada
Más aliento la enseña venerada.

Dispone Hernan Cortés sus escuadrones,
A los que cubre resistente acero,
Y con ímpetu ataca las secciones
De Cuitlahuác, que le rechaza fiero.
En confusa reunion ambas legiones
Sostienen un combate carnicero,
En el que los distintos combatientes
Llevan á cabo hazañas sorprendentes.

Un mexicano aquí, de la montura
Arroja á un español, y con presteza
En el suelto caballo se asegura
Y del contrario imita la entereza.
Más allá un castellano, con bravura,
Arranca de un mandoble la cabeza
De un mexicano fuerte y corpulento,
Que ejemplo es de valor y atrevimiento.

Las mexicanas flechas silbadoras
Llevan la destruccion al enemigo,
Y las mazas de guerra aterradoras
Sin descanso le dan mortal castigo.
Las chusmas tlaxcaltecas y traidoras,
A las que no defiende el férreo abrigo,
Van pereciendo al choque poderoso
Del pueblo, que combate valeroso.

Los fogosos corceles triturando
En su marcha veloz los cuerpos yertos,
Van las compactas filas separando,
De blanca espuma y de sudor cubiertos.
Los cañones, el hierro vomitando,
La tierra siembran de adalides muertos;
Y del clarin el eco formidable
Es señal de exterminio inexorable.

Logran al fin las tropas castellanas,
Con el empuje de su fiero brío,
Domeñar de las huestes mexicanas
El ataque titánico y bravío.
Empero, las alturas más cercanas
Al cuartel, cubre el bélico gentío,
Conteniendo, ya en ellas resguardado,
Del enemigo el avanzar osado.

En vano Hernan Cortés con sus guerreros
Quiere desalojar al enemigo;
Su denuedo rechazan los flecheros,
A quienes cubre protector abrigo.
Los mexicanos, bravos y altaneros,
Que el patriótico amor tienen consigo,
Con heróica fiereza se defienden
Y con sus tiros al contrario ofenden.

Vano es tambien que el capitan osado
Haga salir baluartes de madera,
Que rodando en el suelo ensangrentado,
Llevan la destruccion por donde quiera.
El pueblo, más y más entusiasmado,
Arroja sobre ellos tan certera
Granizada de piedras, que rechaza
Descompuesta del todo esa amenaza.

Impotentes los bárbaros aceros
De los hijos del Sol aborrecidos,
No alcanzan á domar á los guerreros
Que sostienen la lucha embravecidos.
Con tal certeza el escuadron de honderos
Lanza los proyectiles tan temidos
Contra la fuerza odiada y enemiga,
Que á retirarse á su cuartel la obliga.

Comprende Hernan Cortés que es imposible
La defensa, si está posesionado
Del teocalli el contrario irresistible
Que sin cesar le acosa denodado.
Piensa que de sus fuerzas el terrible
Empuje, que cien triunfos ha logrado,
Puede quitar la formidable altura
Al enemigo, y á ello se aventura.

Tal como á veces el volcan rugiente,
Por sus ígneas entrañas sacudido,
De su profundo cráter lanza hirviente
La lava que en su seno ha contenido;
Así de su cuartel sale imponente,
Para asaltar el templo defendido,
La numerosa hueste señalada
Para llevar á cabo tal jornada.

Y como el fuego del volcan devora
Lo que encuentra á su paso, de esa suerte
De Hernan Cortés la fuerza asoladora
Lleva consigo destruccion y muerte.
La guarnicion del templo, aterradora,
Resiste aquel empuje bravo y fuerte.
Logrando defender con valentía
Del teocalli la vasta gradería.

Mira Cortés la heróica resistencia
Que el enemigo á su legion opone,
Y al frente de otro grupo, con violencia
A marchar al asalto se dispone.
Del capitan valiente la presencia
Arrojo tal en sus soldados pone,
Que al fin logra domar de los contrarios
Guerreros, los esfuerzos temerarios.

Las filas tlaxcaltecas, dirigiendo
Sus tiros á las tropas mexicanas,
Van el rápido avance protegiendo
De las audaces fuerzas castellanas.
Cortés, la espada con vigor blandiendo
Y ejecutando acciones sobrehumanas,
Abre paso en la tosca gradería
A sus guerreros que valiente guia.

A su terrible ejemplo, los soldados
Libran en el teocalli la batalla,
Y de bélico ardor arrebatados
Logran romper la resistente valla.
Entre los asaltantes denodados,
El grito de ¡victoria! al fin estalla:
Tomaron ya la formidable altura,
Y con ello su triunfo se asegura.

Cortés ordena se destruya luego
Del dios Huitzilopochtli el santuario,
Y al punto brota por doquier el fuego
Que enardece el rencor del adversario.
Presto los sacerdotes, sin sosiego,
En vista del incendio temerario,
De nuevo al pueblo á combatir excitan
Y en contra de Cortés se precipitan.

Cual suele, oscureciendo el firmamento,
La tromba que aparece aterradora,
Arrastrar, en su raudo movimiento,
De destruccion la fuerza asoladora;
Así impelida por su ardor violento
La mexicana grey, á quien devora
El sacrílego ultraje, se abalanza
Al español, sedienta de venganza.

Y así como la tromba, suspendida
En el espacio, avanza y amedrenta,
Y de pronto, tras ruda sacudida,
Con terrible fragor truena y revienta;
De la misma manera, embravecida
La multitud, acosa turbulenta
A la temible hueste castellana
Que vanamente en resistir se afana.

Arrollados de pronto los guerreros,
No pueden resistir el choque rudo;
Inútilmente esgrimen los aceros
Y es vano que aperciban el escudo.
No es sólo la falange de flecheros
Que les arroja el pedernal agudo
La que les acomete embravecida;
Es una muchedumbre enfurecida.

Los principales jefes manejando
La *macana*[15] con fuerza formidable,
Van en tierra los cuerpos derribando
Del enemigo, que era invulnerable.
Otros, con grandes mazas, van diezmando
La hueste del contrario abominable;
Y todos, con intrépida osadía,
Le acometen y cercan á porfía.

En medio del combate, los soldados
Cuerpo á cuerpo batallan confundidos,
Y estrechamente juntos y abrazados
Prosiguen en la lucha enardecidos.
Algunos españoles, acosados
Por enormes maderos encendidos,
Buscan en su terror fuga ligera,
Y ruedan del teocalli la escalera.

La armadura quién deja destrozada
Al rodar en la extensa gradería;
Quién, con un resto de la férrea espada,
Va dando golpes en la losa fria;
Quién, la robusta lanza abandonada
Deja, intentando asirse con porfía:
Así bajan los hombres, produciendo
En su espantosa fuga horrible estruendo.

Del gran teocalli en la gigante altura
La voz de triunfo se alza formidable,
Encendiendo en las masas la bravura
Que aumenta su poder incontrastable.
La legion castellana se apresura
A escapar del peligro inexorable,
Y en confusion terrible y espantosa
Esquiva la contienda desastrosa.

No se aterra Cortés: su pecho osado
Guarda en el riesgo un corazon valiente:
A su ejército mira destrozado,
Y la marcha dispone indiferente.
Ordena sus legiones esforzado,
Y de las filas ocupando el frente,
Dirige hácia el cuartel la retirada
En formacion perfecta y ordenada.

En tanto, Cuitlahuác, con sus guerreros
Atacando la odiada fortaleza,
Valiente alcanza triunfos verdaderos
Que de su hueste avivan la entereza.
Ya un escuadron de tlatelolcas fieros
El recio muro á demoler empieza,
Y al interior en breve penetrando,
Irá á los de Cortés aniquilando.

Pero vuelve Cortés, y su presencia
Temor infunde al pueblo mexicano,
Que de su ardor contiene la violencia
Creyendo que su intento será vano.
Dispone Cuitlahuác la resistencia
En un grupo de casas no lejano,
Y posesion tomando de la altura,
Tener á raya al español procura.

FIN DEL CANTO SEGUNDO.

CANTO TERCERO.

Se determina continuar la guerra.—Recíbese la noticia de haber muerto Moctezuma.—Es proclamado Cuitláhuac Emperador de México.—Resuelve Cortés abandonar la ciudad.—Preparativos con escaramuzas en las calles.—Cubren los españoles parte de la calzada de Tlacopan.—Los mexicanos piden la libertad del sumo sacerdote.—Emprenden la retirada las tropas españolas. —Jornada de la *Noche Triste*.

Los dioses del Anáhuac protectores
Derraman en el pueblo mexicano
El aliento y la fe, que bienhechores
Reaniman su denuedo soberano.
Al ver que á los temibles invasores
Da muerte el pueblo con segura mano,
En la victoria la nacion confia
Y por doquiera cunde la osadía.

Están en el cuartel los extranjeros
Cercados por las huestes mexicanas;
Para el combate aprestan los aceros
Las tropas invasoras y tiranas.
De los pueblos de Anáhuac los guerreros
Cubren las chozas al cuartel cercanas:
Sordo rumor en la ciudad se escucha,
Que es señal precursora de la lucha.

Hállanse en Tlatelolco convocados
Los caudillos de Anáhuac, que examinan
La situacion, y en breve entusiasmados,
Combatir sin descanso determinan.
Innúmeras secciones de soldados
Al decisivo ataque se destinan,
Que estar al mando esperan impacientes
De Cuitlahuác y **Cuauhtemoc** valientes.

Pero ¡ay! cuando dispuestos á la lucha
Se encuentran ya los fuertes escuadrones,
Triste clamor de súbito se escucha
Que estremece á los bravos corazones.
Con extremada rapidez, con mucha
Agitacion, que aterra á las legiones,
Del gran teocalli acelerada llega
Reunion de gente que al dolor se entrega.

Y á medida que el grupo se adelanta,
Las secciones armadas recorriendo,
Un grito atronador cada garganta
Con uniformidad va repitiendo.
¿Qué cosa al pueblo lidiador espanta?
¿Qué causa reconoce aquel estruendo?
Es que una voz anuncia, airada y fuerte,
De Moctezuma la horrorosa muerte.

Presto la voz circula formidable
De que el feroz ejército extranjero
Inhumano le dió muerte execrable
Al abyecto monarca prisionero.
Niégale la nobleza inexorable
El funeral de rey y de guerrero,
Y se convoca al pueblo mexicano
Para nombrar el nuevo soberano.

Corresponde ceñirse la corona
Al bravo Cuitlahuác, cuyo ardimiento
Patrio por donde quiera se pregona,
Y en las masas propágase el contento.
A la nacion amenazada abona
Del nuevo Rey el fiero atrevimiento;
Y el pueblo espera recobrar su brillo
Teniendo por monarca tal caudillo.

Con la solemne pompa acostumbrada
El nuevo Emperador es proclamado;
Pero su altiva frente coronada
No pierde la rudeza del soldado.
Jura no abandonar la pétrea espada
Y combatir sin tregua denodado
Hasta dar al ejército enemigo
En la batalla vengador castigo.

Entretanto, el caudillo castellano
Salir de la ciudad tiene dispuesto,
Que al encono del pueblo mexicano
En el débil cuartel se encuentra expuesto.
Le aconseja su instinto soberano
Que debe ejecutar sus planes presto,
Pues puede la más mínima tardanza
Arrebatarle la última esperanza.

Manda que sus ligeros escuadrones
Reconozcan las varias avenidas
Que, rumbo á diferentes direcciones,
Están por los contrarios defendidas.
Estudia las diversas opiniones
En consejo de guerra discutidas,
Y la marcha es al fin determinada
Siguiendo de *Tlacopan*[16] la calzada.

Pero cegar para ello es necesario
Las zanjas que dividen el camino,
Y ahuyentar á la fuerza del contrario
Que con arrojo á defenderlas vino.
Cortés, más que atrevido, temerario,
Y haciendo disparar fuego asesino,
Se arroja á la calzada con su gente
Para cegar los fosos audazmente.

Y como el huracan desenfrenado
Que todo lo arrebata en su carrera,
Así la hueste del caudillo osado
Lleva la destruccion con ansia fiera.
Siéntese el enémigo amedrentado
Y emprende en su terror fuga ligera:
El español entónces se apresura
Y ciega la primera cortadura.

En su furor la marcha apresurando
La soldadesca turba arrebatada,
Va las débiles casas derrumbando
Que encuentra á trechos de la gran calzada.
Despues con los escombros va llenando
Los fosos, y dejando resguardada
La salida el intrépido guerrero,
A su cuartel dirígese ligero.

Cercan en tal sazon la fortaleza
Del español algunos mexicanos,
Que sin mostrar su bélica entereza
Van á ofrecer la paz á los tiranos.
Dando tregua al orgullo y la fiereza,
Piden á los soberbios castellanos
Que el sumo sacerdote prisionero
De santa libertad recobre el fuero.

Al nuevo Emperador, ya proclamado,
Se debe consagrar solemnemente,
Y el sumo sacerdote es esperado
Para la ceremonia consiguiente.
Cortés, con la esperanza deslumbrado
De que sin riesgo salvará á su gente
Mientras el pueblo se halla entretenido,
Entrega el sacerdote requerido.

Pero despues invaden la calzada
De Tlacopan innúmeras legiones,
Y la guardia española es arrollada
Por los embravecidos escuadrones.
La guarnicion del fuerte, apresurada
Sale al raudo correr de los bridones,
Y aunque se afana en despejar la via,
No vence del contrario la osadía.

Adelanta Cortés resueltamente
Para rehacer á la dispersa guardia;
Mas Cuitlahuác se arroja de repente
Sobre la numerosa retaguardia.
El jefe mexicano, diligente,
Nuevos fosos practica, y la vanguardia
Al regresar se encuentra detenida
Y con ímpetu ciego combatida.

No se inmuta Cortés: apresurado
Alienta á batallar á sus guerreros,
Y sobre el enemigo, denodado,
Hace esgrimir los rápidos aceros.
Atraviesa valiente y esforzado
Las numerosas filas de flecheros,
Y logra, al terminar la retirada,
Una parte cubrir de la calzada.

Llega la noche: el vasto firmamento
Le niega á la ciudad su trasparencia;
Brama y rebrama poderoso el viento
Y descarga la lluvia con violencia.
Dispone Hernan Cortés el movimiento
De la salida, dando con prudencia
A los jefes prolijas instrucciones
Para salvar del riesgo á las legiones.

Abre la marcha el capitan valiente
Gonzalo Sandoval, acompañado
De una seccion de castellana gente
Y un cuerpo del ejército aliado.
Llevan los tlaxcaltecas un gran puente
Para las cortaduras preparado:
De esa suerte en la noche tenebrosa
Avanza la vanguardia silenciosa.

Despues de Sandoval, Cortés seguia
Mandando el fuerte centro, que cuidaba
El tesoro del Rey, la artillería
Y todo lo que en sí valor guardaba.
La familia imperial, que residia
Al lado de Cortés, tambien marchaba
En la seccion del centro, y cien soldados
De su defensa estaban encargados.

Alvarado y Velázquez, con el resto
De gente tlaxcalteca y castellana,
Cierran la marcha; el Tonatiuh dispuesto
A derramar la sangre mexicana.
No abriga Hernan Cortés temor funesto
De que su tentativa salga vana:
Está la noche oscura y silenciosa
Y la ciudad al parecer reposa.

En ordenada formacion avanza
De esa suerte el ejército sitiado,
Y el canal de Occidente pronto alcanza
Marchando por las sombras resguardado.
Gonzalo Sandoval el puente lanza
Sobre el foso, que encuentra abandonado;
Y al ver que el centro el movimiento sigue,
Su lenta marcha con valor prosigue.

Óyese en tal sazon, como el lamento
Del sér que en su dolor piedad implora,
Del agorero buho el triste acento
Que interrumpe la calma bienhechora.
En toda la extension del campamento
Se repite, fatídica y sonora,
La misma voz, que es la señal de alerta
Con que se llama á la ciudad despierta.

Es la señal que Cuitlahuác osado
Diera á los mexicanos escuadrones
Para atacar, valiente y esforzado,
A las contrarias bélicas legiones.
A esa señal, del pueblo entusiasmado
Palpitan con ardor los corazones,
Y por doquier la mexicana gente
A la calzada acude diligente.

Cual fantásticas sombras que se agitan
En las tinieblas de la noche oscura
Y cuidadosas acercarse evitan
A quien persiguen con tenaz pavura;
Como endrïagos fieros que se citan
Para aterrorizar con su figura,
Así acuden las masas populares
A defender su patria y sus altares.

En tal momento, los espacios llena
Formidable rumor, que semejando
La ronca tempestad que ruge y truena,
Va el infinito cóncavo asordando.
Tal como el golpe mugidor resuena
Del agua que se va precipitando
Y forma la tremenda catarata,
Así el rumor furioso se desata.

En el teocalli resonado habia
Del sagrado teohuéhuetl el guerrero
Toque, y á esa señal, con osadía,
El pueblo á combatir acude fiero.[17]
Cada jefe la alarma repetia
Al són marcial del caracol severo;
Y miéntras más de guerra el grito crece,
Más y más los espacios ensordece.

Y aquella multitud entusiasmada
Que defiende sus dioses y su tierra,
Al combate se siente arrebatada
Cuando oye resonar la voz de ¡guerra!
No es ya la muchedumbre reposada
Que la presencia del monarca aterra,
Y que sumisa al escuchar su acento
Contiene de su arrojo el ardimiento.

El pueblo mexicano en tal instante,
Por las roncas bocinas conmovido,
Dispuesto á batallar corre anhelante
Haciendo oir su bélico alarido.
Por donde quiera el grito resonante
De guerra sin cuartel es repetido;
Y los hombres, en marcha acelerada,
Acuden en tropel á la calzada.

Todos en confusion, desordenados,
Pero sintiendo arder el patrio fuego,
Cercan al enemigo entusiasmados
Y le acometen con arrojo ciego.
Para la lucha apresta á sus soldados
El audaz castellano sin sosiego,
Mas es vana su intrépida osadía
Contra la mexicana bizarría.

A la indecisa luz de los disparos
Vénse volar las flechas silbadoras
Que abren entre las filas grandes claros
De las chusmas aliadas y traidoras.
Lidiando en nombre de sus dioses caros
Del Anáhuac las huestes guardadoras,
Más que de hombres sus fieros corazones,
En el riesgo parecen de leones.

Quiénes los dardos lanzan con presura,
Quiénes la maza de armas balancean,
Quiénes ¡ay! con el hacha tosca y dura
En el acero con furor golpean;
Quiénes, arrebatados de bravura,
Con los inermes brazos forcejean,
Presentando al contrario por escudo
Un pecho de adalid, fuerte y desnudo.

Unos en palos llevan enastadas,
A manera de lanzas de gigantes,
Las agudas mortíferas espadas
Que al español quitaron arrogantes.
Con ellas, diestramente manejadas,
Dan la muerte furiosos y anhelantes
A los caballos fuertes y ligeros,
Y acosan á los bravos caballeros.

Altivo **Cuauhtemoc,** con sus legiones
Sobre el puente veloz se precipita;
Arrolla á los contrarios escuadrones
Y de la retaguardia el paso evita.
Velázquez de Leon á las secciones
De los aliados al combate excita;
Quiere alcanzar á los que van al frente,
Y en lucha desigual entra valiente.

Pero el altivo jóven, con presteza
Al capitan temido se abalanza;
Hiere con la macana la cabeza
Del corcel, que vacila á su pujanza.
El español conserva la entereza
Y al suelo en pié con rapidez se lanza;
Su diestra esgrime el matador acero
Y á su enemigo se dirige fiero.

El bravo **Cuauhtemoc** no se acobarda:
A Velázquez observa, y el empuje,
Tranquilo no, con ansiedad aguarda,
Y cual toro salvaje fiero muge.
Pasa un instante, y al mirar que tarda
La esperada agresion, con ira ruge,
Y obediente á su impulso denodado
Contra Velázquez marcha apresurado.

Esquiva el golpe cuando está á su frente,
Y, estrechándole el cuerpo con los brazos,
Le oprime con su fuerza prepotente,
La armadura rompiéndole en pedazos.
Así que moribundo el cuerpo siente
Del enemigo, cesa en sus abrazos
El Alcides azteca, y presuroso
Arroja aquel cadáver en el foso.

En tanto, los guerreros mexicanos
Que al lado de tal héroe batallaban,
Ejecutando lances sobrehumanos
Al temible enemigo destrozaban.
A unos al ancho foso, á los pantanos
A otros, enfurecidos arrojaban,
Causando en todos, más que su osadía,
El pánico su ronca gritería.

Al ver que atravesar es imposible
La defendida zanja, los soldados
De Cortés, con empuje irresistible
Rompen la valla de que están cercados.
Creyendo que el cuartel inaccesible,
Del enemigo los tendrá abrigados,
Se rehacen y toman con presteza
La direccion de aquella fortaleza.

En tanto Cuitlahuác, que con su gente
El grueso acometiera del contrario,
Logra atajar, intrépido y valiente,
De Cortés el avance temerario.
Sabe el soldado rey que el Occidente
Con firmeza cubrir es necesario,
Y la zanja que cruza la calzada
Deja con sus guerreros resguardada.

En ese punto el trasparente lago
En las lindes se extiende del camino,
Y para secundar el fiero amago
Por él la gente en las piraguas vino.
Aumentan los flecheros el estrago
Léjos del hierro agudo y asesino
De la atrevida hueste castellana
Que inútilmente por vencer se afana.

De las casas tambien en la techumbre,
Del fuego colocándose al abrigo,
Se agolpa la guerrera muchedumbre
Y con piedras ofende al enemigo.
En esa confusion, la incertidumbre
Tiene la hueste de Cortés consigo,
Y como el triunfo un imposible sea,
Es forzoso morir en la pelea.

Hallándose en la lucha colocados
Los contendientes de las dos legiones
En un mismo terreno, abandonados
Son por los castellanos los cañones.
A personal combate precisados
Se ven los aguerridos campeones,
Y aunque el riesgo sus pechos no amedrenta,
Vacilan viendo que el contrario aumenta.

Y prosigue el combate rudo y fiero:
Aquí una dura espada centellea;
Allí cruje, abollándose, el acero
Que el hacha tosca con furor golpea.
Más allá un desmontado caballero
El bruto muerto en su defensa emplea;
Y todos, por las masas acosados,
Sostienen esa lid desesperados.

De pronto el fiero Cuitlahuác divisa
Al caudillo español aborrecido,
Y asomando en sus labios la sonrisa
Del triunfo, le acomete decidido.
A la luz momentánea é indecisa
De un relámpago, vése acometido
Cortés por el guerrero mexicano,
Y el personal combate esquiva en vano.

Blande la clava con vigor la diestra
Del incansable regio combatiente,
Y su ademan titánico demuestra
Que aniquila su golpe prepotente.
El acerado escudo en la siniestra
Afirma el español, y osadamente
A su caballo con la espuela excita
Y sobre Cuitlahuác lo precipita.

Pero el Rey mexicano, con la maza
Al noble bruto acosa sin sosiego:
La férrea vestidura despedaza
Del animal, que se encabrita luego.
Pronto de su enemigo la coraza
Quebrantará con entusiasmo ciego,
Y entónces, con la fuerza de sus brazos,
El corazon le arrancará á pedazos.

A Cuitlahuác de súbito rodean
Algunos españoles esforzados,
Que por salvar al capitan pelean
Contra aquel enemigo denodados.
Todos con el valiente forcejean
Y luchan en su ardor desesperados,
Librando así su protectora ayuda
A Hernan Cortés en la batalla ruda.

En medio de la bárbara refriega
Que contra muchos Cuitlahuác sostiene,
A los oídos del valiente llega
Una voz que en la lucha lo detiene.
Se abre paso despues con ira ciega,
Y aunque en el pecho su furor mantiene,
Busca por todas partes presuroso
Y pregunta á los suyos anheloso.

Una atrevida jóven mexicana
Que el campo de la lucha recorria,
A los soldados se acercaba ufana
Y así con ronco acento les decia:
"No hay que gastar en la contienda vana
La que os impulsa bélica osadía:
Marchad á la ciudad, que á los cuarteles
Volvió el Malinche con sus hombres fieles."

La traidora *Malíntzin* [18] así obraba
Para salvar á su acosado amante;
Y el bravo Cuitlahuác crédito daba
A la traicion en tan supremo instante.
Sintiendo que su pecho palpitaba
Con precipitacion, corre anhelante,
Y á la ciudad su marcha encaminando,
"¡Al Malinche! ¡Venganza!" va gritando.

Pero en el campo quedan las secciones
A la española hueste combatiendo,
Y en la lid los valientes campeones
De Cortés, sin cesar van sucumbiendo.
Tomando diferentes direcciones
Las chusmas tlaxcaltecas van huyendo:
La confusion por donde quiera brota
Y segura es en breve la derrota.

Alcanzar la victoria es imposible
Al capitan de corazon valiente:
¿Quién se opone al empuje irresistible
Del desbordado, mugidor torrente?......
Considera Cortés que aún es posible
Seguir la retirada, y á su gente
Manda sin vacilar que con presura
Ciegue la infranqueable cortadura.

Entónces ¡oh terror! se lanza al foso
Cuanto se tiene á mano; cuerpos yertos,
Bestias vivas aún, el valioso
Quinto del Rey, los castellanos muertos.
En medio del desórden espantoso
Se cometen horribles desaciertos;
Así, esa gente, que á salvarse aspira,
Desesperada los cañones tira.

Queda cegado el foso, y al instante
La hueste de Cortés se precipita
Para seguir la marcha hácia adelante
Con la violencia que el terror excita.
Revuelta, en confusion, corre anhelante
Sin oponerse más á la inaudita
Hostilidad del enemigo osado
Que en su derrota le persigue airado.

Alcanzan la postrera cortadura
Que salvan con esfuerzos prodigiosos,
Y algunos, recobrando la bravura,
A los demas defienden valerosos.
Quién, denodado, contener procura
Cien enemigos fuertes y animosos;
Quién, batallando con audaz violencia,
Por otros sacrifica la existencia.

De pronto, perseguido y acosado,
Manando sangre de la altiva frente,
Llega á la zanja Pedro de Alvarado
Manejando su lanza prepotente.
En la refriega su bridon osado
Pereció; pero intrépido y valiente
El adalid mantiene su entereza
Para escapar del pueblo á la fiereza.

Rápido en el peligro se prepara
A salvar el obstáculo temido;
Y, sin volver un punto atrás la cara,
A la zanja dirígese atrevido.
De las tinieblas á pesar, repara
En un débil madero allí tendido;
Clava en tierra la lanza temerario,
El foso salva y huye del contrario.

Entretanto, Cortés, á las legiones
Derrotadas alcanza, y con presteza
Ordena los diezmados escuadrones
Reanimando de todos la entereza.
Da á los jefes severas instrucciones,
Y poniéndose luego á la cabeza
Del reducido ejército, camina
En direccion de la ciudad vecina.

En Tlacopan penetra, y fatigado
Se sienta á descansar. Así, oprimido,
Es fama que al mirar el destrozado
Ejército valiente y aguerrido,
Su pecho, por las penas agobiado,
Dejó escapar tristísimo gemido,
Y que á la ruda voz de los enojos
Llanto vertieron sus airados ojos.

¿Fué encono? ¿fué dolor? ¿fué desaliento?......
La tradicion no guarda esa memoria;
Pero del mexicano atrevimiento
Deslumbra á nuestra edad la excelsa gloria.
Si, obedeciendo á extraño pensamiento,
La *Noche Triste* se llamó en la historia
A esa noche, de Luz resplandeciente
Será para la patria eternamente.

FIN DEL CANTO TERCERO.

CANTO CUARTO.

Caen en poder de los mexicanos los españoles que regresaron á la ciudad durante la jornada de la Noche Triste.—Cuitláhuac determina que sean sacrificados á los dioses.—Descripcion del sacrificio en el gran teocalli.—Regocijo del pueblo.—Salen las tropas mexicanas á atacar á los invasores, siendo rechazadas por éstos.—Aspecto que presenta la ciudad por la peste de la viruela.—Muerte de Cuitláhuac.—Sus funerales.—Es proclamado Cuauhtemoc Emperador de México.

¡Salve Tenochtitlan! Ciudad hermosa,
Emporio del valor y la osadía;
¡Salve á tí que indomable y orgullosa
Venciste la extranjera tiranía!
De la victoria á la divina diosa
Plugo premiar tu heróica bizarría,
Haciendo que tu ejército invencible
Castigara al contrario tan temible.

Ya las corazas de bruñido acero,
Que fueran talismanes poderosos,
No protegen, como ántes, al guerrero
En los rudos ataques belicosos.
Ya el de ginetes escuadron ligero
No amedrenta los pechos animosos
De la aguerrida gente mexicana
Que sin descanso en combatir se afana.

De las trompetas al marcial sonido,
Que el terror en los pechos infundia,
Hoy sustituye el bélico alarido
Con que Anáhuac pregona su osadía.
Del audaz invasor aborrecido
Aun se conserva la memoria impía;
Pero despues de la derrota horrible
No tiene ya la fama de invencible.

Hállanse en el cuartel, asegurados,
Más de cien españoles prisioneros,
Que de su capitan abandonados,
A la ciudad volviéronse ligeros.
Sin poder en el riesgo apresurados
Incorporarse á los demas guerreros,
Entraron al cuartel con la esperanza
De escapar á la mísera matanza.

Pero allí **Cuauhtemoc,** osadamente,
Del pueblo caminando á la cabeza,
Ataca á los guerreros diligente
Y ocupa la española fortaleza.
Ríndense pronto al general valiente
Los castellanos, faltos de entereza,
Y **Cuauhtemoc,** á quien lo grande guia,
De la vida les da la garantía.

Llega luego el monarca mexicano
Al Malinche siguiendo con presura,
Y al ver que á su enemigo busca en vano,
Sangra su corazon la desventura.
Cuauhtemoc participa al soberano
Que de los prisioneros asegura
La vida su palabra; pero ansioso
Responde así el caudillo valeroso:

"Ni tu poder de general, ni el mio
De rey de estos dominios, es bastante
Para oponerse con valor impío
A la inmutable suerte en este instante.
De los dioses teniendo el poderío
Estos séres, que sigan adelante;
Vayan, pues, á gozar de la ventura
Los dioses con los dioses en la altura."

De estas breves palabras el sentido
Encerraba de muerte la sentencia,
Y el pueblo, de rencor estremecido,
Ejecutarla quiere con violencia.
El mexicano Rey es impelido
Por el odio que aviva su impaciencia,
Y así dispone que solemnemente
Se sacrifique la española gente.

Con rosas y festones adornado,
Que de contento son cabal indicio,
Encuéntrase el teocalli preparado
Para el cruento y terrible sacrificio.
Del dios Huitzilopochtli venerado
Un jardin representa el edificio,
Donde juntas están en abundancia
Del sol la luz, del campo la fragancia.

Numeroso tropel de espectadores
Aguarda á los vencidos extranjeros;
Los semblantes pintados de colores
Aparecer los hace más severos.
De los vistosos trajes las labores
Raras que indican los instintos fieros
De los hijos de Anáhuac, resplandecen
Y en la brillante luz monstruos parecen.

Hay en el vasto templo colocados
Lujosos pebeteros que á porfía,
Con distintos aromas delicados,
La atmósfera saturan noche y dia.
Jarrones ricamente trabajados
Adornan la estucada gradería,
Conteniendo tambien ramos de flores
De blando olor y vívidos colores.

El *tecziztle*[19] resuena de repente,
Los ámbitos del templo ensordeciendo,
Y su ruido ronco y estridente
En todos el temor va produciendo.
Se oye despues, severo é imponente,
Del *tlapanhuêhuetl*[20] el feroz estruendo,
Y resuenan tambien los *ayacaztli*[21]
Junto con los agudos *chicahuaztli.*[22]

En medio del ruido se presentan
El Rey y los caciques elevados:
Con trajes que á los dioses representan
Están lujosamente ataviados.
De la dorada veste el brillo aumentan
Las piedras con que van aderezados;
Y todas sus extrañas cualidades
Los hacen parecerse á las deidades.

Régia corona el soberano tiene
De riquísimas piedras salpicada;
En uno de los hombros se sostiene
La banda de los reyes esmaltada.
Del precioso metal su pié contiene
Una ajorca con gusto trabajada;
Y en su brillante y mágico atavío
Se adivina su grande poderío.

Detrás de Cuitlahuác van los señores,
Los próceres del reino, engalanados
Con magníficas telas de colores
Y plumas de valor empenachados.
Llevan tambien vistosos ceñidores
De pita con bellísimos bordados;
Y todos ellos tienen abundantes
Colecciones de piedras relumbrantes.

Llegan los prisioneros, conducidos
Por varios sacerdotes, cuyas manos
Y brazos con almagre están teñidos,
Señal de sus instintos inhumanos.
Con el humo de *ocótl*[23] ennegrecidos
Están los sacerdotes mexicanos;
Al sacrificio así conducen fieros
A los aborrecidos prisioneros.

Llevando las cabezas emplumadas
Y pintadas de blanco, al edificio
Entran en cuatro hileras ordenadas
Las víctimas que van al sacrificio.
Elevan á su vista entusiasmadas
Las masas populares, gran bullicio,
De inefable placer signo elocuente
Al castigar á la extranjera gente.

Despues, con lento paso, van subiendo
Del teocalli sagrado la escalera,
Y á medida que ascienden, el estruendo
Crece en la multitud airada y fiera.
Tormentos horrorosos presintiendo,
El pecho de las víctimas se altera;
Porque esos hombres, en su aciaga suerte,
Temen más el martirio que la muerte.

Llega la comitiva al santuario
Del dios Huitzílopochtli, y en el suelo
Y cerca del monarca, el victimario
A un castellano tiende con anhelo.
El pecho descubrirle es necesario,
Y á ese fin va con religioso celo
Un sacerdote, cuya mano roja
Del vestido á la víctima despoja.

Inclínase el monarca lentamente;
Pone en tierra la mano; se endereza,
Y humillando despues la altiva frente,
Vuelve á los cuatro vientos la cabeza.
Su diestra empuña con ardor vehemente
El cuchillo de piedra, y con presteza,
Que más que odio fanatismo oculta,
En el desnudo pecho lo sepulta.

Mueve y remueve el pedernal agudo
Obediente al anhelo religioso,
Hasta que rasga el deleznable escudo
De la carne su afan impetuoso.
En breve queda el corazon desnudo,
Y de un golpe arrancándolo furioso,
Palpitante en sus manos agitadas
Lo presenta del pueblo á las miradas.

El corazon, caliente todavía,
Recibe un sacerdote, que lo arroja
Al *cuauhxicalli*[24] que en el templo habia,
Despues que el suelo con su sangre moja.
El soberano, que seguir ansía
El sacrificio, rápido despoja
De la vida al segundo castellano
Que ponen al alcance de su mano.

Y sin tregua prosigue la matanza
De los abandonados prisioneros,
Satisfaciendo apénas la venganza
De los que la ejecutan altaneros.
De la ira popular perdon no alcanza
Ninguno de los míseros guerreros:
Como divinos dioses aparecen,
Y por eso á los dioses los ofrecen.

Termina el horroroso sacrificio:
No queda por morir ningun soldado;
Tinto en sangre se encuentra el edificio
Al gran Huitzilopochtli consagrado.
Satisfecho este dios, será propicio
Al pueblo que en su altar ha derramado
Sangre de los que en bárbaros combates
Profanaron altar, templo y penates.

El pueblo, enardecido, victorea
Al contemplar sin vida al enemigo,
Y sus miradas ávidas pasea
En derredor, sediento de castigo.
Surge en álguien de súbito una idea
Que sangre y destruccion tiene consigo,
Y grita, presa de entusiasmo ciego:
"¡Sacrificad á los caballos luego!"

Allí, cerca del templo, relinchando
Los corceles están, y en su impaciencia
Por romper el ronzal están bregando
Constantemente y con audaz violencia.
Ora el garboso cuello doblegando,
Ora, tambien del miedo á la influencia,
Abren los cuatro remos, y rendidos
Al riesgo se resignan abatidos.

Al resonar el formidable acento
Que pide de los brutos la matanza,
Alza la multitud, fuerte y violento,
Por tres veces el grito de ¡venganza!
El soberano da su asentimiento
Que el regocijo público afianza,
Y conduciendo al templo á los bridones,
Les arrancan tambien los corazones.

Despues, poniendo en astas la cabeza
De los corceles, sale entusiasmada
La multitud, y con audaz fiereza
Recorre la ciudad alborotada.
El pueblo mexicano su grandeza
Tiene, por el valor, asegurada,
Y en su entusiasmo varonil y santo
Alza de libertad sublime canto.

Cuitlahuác afanoso se apresura
A restaurar el órden, y prudente
Nuevos refuerzos adquirir procura
Para la patria defender valiente.
El triunfo conquistado le asegura
De un héroe la grandeza omnipotente,
Y, aprovechando su prestigio, ansía
Sacudir la extranjera tiranía.

A los pueblos de allende la montaña
Dirige el soberano sus legiones,
Que emprenderán rudísima campaña
Contra los extranjeros escuadrones.
A los hijos de México acompaña
La fe que alienta ya sus corazones:
Son mortales tambien los adversarios,
Y sobre ellos se lanzan temerarios.

Pero los invasores con firmeza
Resisten el ataque, y atrevidos
Logran vencer la bélica entereza
De los que á batallar van decididos.
¿Qué pueden ¡ay! el odio y la braveza
Contra los hombres fuertes y aguerridos
Que, del poder celeste á semejanza,
Su poderosa diestra el rayo lanza?

En vano los intrépidos guerreros
Del reino mexicano, con porfia
Alcanzar la victoria intentan fieros
Dando ejemplo de heróica bizarría.
De la hueste española los aceros
Y el resonar de la metralla impía
Desbaratan doquiera las secciones
Llenando de terror los corazones.

Quedan los mexicanos destruidos
Cuando vencer al castellano intentan,
En tanto que en los pueblos sometidos
Los españoles su prestigio aumentan.
En breve á la ciudad llegan vencidos
Y mostrando el terror que experimentan
Los escuadrones que á lidiar partieron
Y en lucha desigual diezmados fueron.

Hállase en tal sazon estremecida
La gran Tenochtitlan por el quebranto:
De la muerte la diosa empedernida
Sobre ella extiende pavoroso manto.
Por todas partes del dolor la herida
Hace en los ojos asomar el llanto;
Por donde quiera el ¡ay! del moribundo
Enciende en los demas pesar profundo.

Una plaga terrible y espantosa
Asedia á la ciudad infortunada,
Sin que pueda la ciencia poderosa
Luchar contra la muerte despiadada.
La enfermedad, horrible y asquerosa,
Hasta entónces de todos ignorada,
Su furor en el valle va extendiendo,
Víctimas por doquiera produciendo.

Teozahuatl[25] á la peste denomina
La gente del país, porque presenta,
Tan luego como el mal se determina,
En la piel una capa granujienta.
Inútil es la proteccion divina
De los dioses: aquel que experimenta
La enfermedad, resígnase á la suerte,
Que sólo encuentra término en la muerte.

Ni el que de noble goza los honores;
Ni el infeliz que está desheredado;
Por igual á plebeyos y á señores,
A ninguno la peste ha respetado.
Del dolor las angustias, los rigores
A todos tenazmente han alcanzado;
Lo mismo en el palacio que en la choza
El sufrimiento el corazon destroza.

En medio de tan míseros tormentos
Se oye un rumor que á todos estremece;
Al rebramar lejano de los vientos
Que arrastran la tormenta, se parece.
Olvida sus horribles sufrimientos
El afligido pueblo, que obedece
A un presagio que fiero le domina,
Y del rey al palacio se encamina.

Llega la multitud precipitada
Al sitio en que reside el soberano,
Semejando en su marcha arrebatada
La agitacion del férvido Oceano.
De pronto, entre la turba alborotada,
Que detener se pretendiera en vano,
Se oye el rumor, que aumenta el desconcierto,
De que el monarca Cuitlahuác ha muerto.

No es más veloz el rayo formidable
En derribar á la robusta encina,
Cuando con su poder incontrastable
Su grandeza titánica extermina;
Como el rumor terrible y espantable
Anonada con fuerza repentina
Al valeroso pueblo mexicano
Que respeto y amor dió al soberano.

Y todos con afan impetuoso
Hasta las puertas del palacio llegan,
Y ciertos del suceso doloroso,
Desesperados á llorar se entregan.
Sin contener su empuje poderoso
Por penetrar en el recinto bregan,
Y no basta la guardia reforzada
A defender de la mansion la entrada.

Ante el pueblo, de súbito aparece
Fúnebre procesion que se adelanta
Hácia la multitud que se estremece
Retrocediendo con medrosa planta.
La agitacion febril desaparece
En la atrevida turba, que se espanta,
Trocando su dolor en reverencia,
Del augusto cadáver en presencia.

En ricas andas de oro relumbrante
El cadáver está del rey amado;
Con su veste valiosa y elegante
Se halla lujosamente ataviado.
La enfermedad su varonil semblante
Sin compasion dejó desfigurado:
Expresa el pueblo su profunda pena,
Y con sus ayes el espacio atruena.

La clase más ilustre y elevada
Conduce á Tlatelolco los mortales
Restos, en comitiva dilatada
Para hacer los solemnes funerales.
La multitud del pueblo, emocionada
Invocando á los dioses inmortales,
Deja pasar la procesion, y ansiosa
La sigue, caminando silenciosa.

Así que en Ttatelolco es recibido
El augusto cadáver, con fiereza
Alza de nuevo el pueblo un alarido,
Expresiva señal de su tristeza.
No de otra suerte ruge embravecido
Cuando ansioso descubre en la maleza
Impenetrable, á su cachorro muerto
El leon indomable del desierto.

En un vasto edificio preparado
Para hacer los fastosos funerales
Al rey, que fué por todos venerado,
Se encuentran los señores principales.
El pueblo, en los extremos retirado,
Como es costumbre en ocasiones tales,
Va á presenciar la ceremonia augusta
Que á sus leyes idólatras se ajusta.

En el centro del patio colocada
Está una inmensa pira que formaron
De madera exquisita y perfumada
Los nobles que á su rey la fe juraron.
A un lado de la pira, y custodiada
Por guerreros que al mando batallaron
Del monarca, segun uso y costumbre,
De Cuitlahuác está la servidumbre.

Debajo de un dosel, que la nobleza
Circunda en actitud respetuosa,
Lujoso catafalco se endereza
Donde el cuerpo del rey, yerto reposa.
Cubierta se halla la imperial cabeza
Por medio de una máscara espantosa,
Que tiene en sí á la vez horrible y fiera
Una mezcla de pájaro y pantera.

El funeral entonan los cantores,
Arden varios perfumes delicados,
Y en jícaras le sirven los señores
Diferentes manjares preparados.
En riquísimos vasos los licores
Son por las gentes nobles apurados;
Y en tanto, los humildes concurrentes
Elevan sin cesar ayes dolientes.

Los sacerdotes, trasladando luego
Del dios Huitzilopochtli á la presencia
El cadáver, lo ponen en el fuego,
Que lo consume con voraz violencia.
En las cenizas, con respeto ciego,
Vierten en actitud de reverencia,
Las más preciadas y fragantes rosas
Y esencia pura de aguas olorosas.

Despues, la servidumbre, engalanada
Con vestidos de tela reluciente,
Ante el dios de la muerte es inmolada
En honra y prez de Cuitlahuác valiente.
Da fin la ceremonia consagrada
A la memoria excelsa y reverente
Del monarca, y el pueblo mexicano
Aclama á **Cuauhtemoc** por soberano.

FIN DEL CANTO CUARTO.

CANTO QUINTO.

Aspecto de Tenochtitlan por la muerte de Cuitláhuac.—Coronacion del Emperador Cuauhtemoc.—Primeras disposiciones de este monarca para rechazar á los invasores.—Se dirigen éstos sobre Texcoco.—Ocupacion y saqueo de ese lugar.—Ataca Cortés á Itztapalápan.—Los defensores de esta ciudad dejan entrar á los españoles, y la inundan.—Violenta salida de Cortés.—Establece su campo en la llanura.—Derrota de los invasores.—Preparativos de Cuauhtemoc para defender la gran Tenochtitlan.—Exhortacion del Emperador á los jefes militares.—Entusiasmo de los mexicanos.—Sorprenden y baten á las avanzadas enemigas.—Regocijo del pueblo.

Llora, Tenochtitlan; justo es tu duelo:
Honrar debe tu llanto la memoria
Del bizarro caudillo á cuyo anhelo
La amada patria se cubrió de gloria.
Llora, Tenochtitlan: el raudo vuelo
De Cuitlahuác, tu genio de victoria,
Fiera atajó la inexorable muerte,
De faz cambiando tu futura suerte.

Llora, imperial ciudad de Moctezuma;
Corra á raudales por doquier el llanto:
El dolor infinito que te abruma
Es tan sincero como justo y santo.
¿Quién de hoy en más, con diligencia suma,
Al enemigo llevará el espanto?
¿Quién la victoria de la Noche Triste
Adquirirá si Cuitlahuác no existe?

Está de luto la ciudad vestida;
Los hombres abandonan su tarea;
Por todas partes el pesar anida
Y en todos nace del temor la idea.
La nacion, por las penas abatida,
Para lidiar de nuevo, titubea;
Y es que, perdida ya su confianza,
De vencer abandona la esperanza.

Mas no, pueblos de Anáhuac aguerridos,
Dad tregua al llanto, abandonad el duelo;
En vuestros pechos nobles y atrevidos
La esperanza ha cifrado el patrio suelo.
A la comun defensa apercibidos
Estad, obedeciendo á vuestro anhelo;
Del bravo Cuitlahuác la fortaleza,
Cuauhtemoc logrará con su entereza.

De **Cuauhtemoc** el genio poderoso
Os sabrá dirigir en la batalla:
¿Quién como él arrostra valeroso
La lluvia de mortífera metralla?
¿Quién como él acude presuroso
Al peligro, que rápido avasalla?
¿Quién al poder de su atrevido acento
En los demas enciende el ardimiento?

El renombre de intrépido soldado
Que tiene **Cuauhtemoc**; su patriotismo;
Su genio militar acreditado
Con múltiples acciones de heroismo:
Todas sus altas dotes le han ganado
El trono en que con ciego fanatismo
La guerrera nacion lo colocara
Cuando por soberano lo aclamara.

Ya la consagracion está dispuesta:
Del dios Huitzilopochtli el santuario
Llena la multitud en són de fiesta
Mostrando regocijo extraordinario.
Llega la comitiva, que compuesta
Está, conforme al regio formulario,
Del clero y la milicia, que presiden
Los reyes de Anahuác que allí residen.

Observando silencio y compostura
La procesion dirígese ordenada
Al augusto teocalli, en cuya altura
Se encuentra la deidad idolatrada.
La nacion no demuestra su ventura
Haciendo resonar en la sagrada
Mansion los desacordes instrumentos
En tan gratos y plácidos momentos.

De Texcoco y Tlacopan van delante
Los reyes, ostentando la grandeza
De su rango elevado é importante
Con la régia corona en la cabeza.
Siguen despues, con pompa deslumbrante,
Los hombres que componen la nobleza,
Sumisos escoltando á sus señores
Como de sus personas guardadores.

Cuauhtemoc va en seguida, acompañado
De dos hombres de armas distinguidos,
Sin tener del carácter elevado
De Rey los atributos conocidos.
Es su sencillo traje el del soldado,
Sin arreos de guerra prevenidos:
Así, dando á la ley acatamiento,
Va el monarca á prestar el juramento.[26]

Del teocalli la extensa gradería
Suben, y el Rey, hallándose en presencia
Del dios guerrero, que sus actos guia,
Inclínase en señal de reverencia.
Pone en tierra despues con ufanía
La diestra mano, y luego, sin violencia,
Yergue el cuerpo gentil, y humildemente
Lleva la mano á la morena frente.

El sumo sacerdote se presenta
Para ungir con el *ulli*[27] al soberano:
Ramas de cedro y de saúz sustenta
Con airoso ademan su diestra mano.
De ellas se sirve en actitud atenta
Para dar al monarca mexicano,
Despues de ungido, el plácido rocío
Que le devuelva su gastado brío.

Cubren los sacerdotes en seguida
Con fino *ayátl*[28] el cuerpo del monarca:
En la extension del lienzo, repetida
Como adorno se ve fúnebre marca.
En el cuello le ponen, como egida
Cuyo poder aun lo imposible abarca,
Piedras finas y objetos delicados
En oro ricamente trabajados.

Entrega al rey un sacerdote luego
El copal aromático y sagrado,
Que el jóven **Cuauhtemoc** echa en el fuego
Ya en pebetero rico preparado.
Con él á la deidad le rinde, ciego
Por la fe, el homenaje señalado
Para tal ceremonia, y reverente
De nuevo humilla la altanera frente.

El sumo sacerdote se adelanta
Al nuevo Rey, que cobra su grandeza
En tal instante y rápido levanta
Con ademan solemne la cabeza.
Luego, con voz que llena aquella santa
Mansion, el sacerdote á hablar empieza
Al bravo **Cuauhtemoc** que le oye atento,
Y así le dice su sonoro acento:

"El pueblo te aclamó su soberano:
Vas á regir de México el destino:
¿Juras reinar con justiciera mano
Y ser apoyo del poder divino?
¿Juras mostrar al pueblo mexicano
De la victoria el inmortal camino
En la lucha cruel y asoladora
A que lo reta la invasion traidora?"

"¡Sí juro," dice el héroe colocando
En el pecho la diestra. "Sí, lo juro:
Sin descanso ni tregua trabajando
Estaré por la patria; lo aseguro.
En tanto del poder tenga yo el mando,
Mi labio no será infiel ni perjuro:
A los dioses honrar será mi anhelo
Y defender el mexicano suelo."

Dijo, y entónces á su lado llegan
Con respeto los nobles principales,
Y á los dos hombres de armas les entregan
Las lujosas insignias imperiales.
El suelo en torno del monarca riegan
Con esencias y flores naturales,
Cuyo aroma la atmósfera satura
De un bien que desparrama la ventura.

El Rey es en seguida ataviado:
El manto de sus hombros cuelga airoso;
De un águila tres plumas su tocado
Contiene como signo poderoso.
Rojas tiras de cuero de venado
Sus *catlis*[29] aseguran, y ostentoso
Su ceñidor de pita resplandece,
Y á un tejido de plata se parece.

Armado del *chimalli*[30] y la macana,
Del elevado templo el rey desciende,
Y al mirar su apostura soberana,
El entusiasmo popular se enciende.
Cobra vigor la raza mexicana;
De júbilo un clamor los aires hiende,
Y acatando del pueblo los intentos,
Resuenan los sagrados instrumentos.

Ceñida tiene la imperial corona
El jóven **Cuauhtemoc,** cuya bravura
En el combate á la nacion abona
Y la victoria espléndida le augura.
El nuevo Emperador no se abandona
Al bienestar que el mando le procura;
Quiere vencer á la española enseña,
Y en aumentar su ejército se empeña.

Envia á Michoacan, sabio y prudente,
Brillante comision que la alianza
Procure de aquel reino floreciente,
Y aliento da su pecho á la esperanza.
Pero ¡ay! vano es su intento: indiferente,
Cediendo acaso á vil desconfianza,
Niega su fuerte ayuda el soberano
De Michoacan al pueblo mexicano.

"Si vuestro territorio han invadido,
Responde el Rey, las huestes extranjeras,
O no os habeis valientes defendido,
O más que vuestro pueblo son guerreras.
Cuando llegue el momento, no temido,
De que esas huestes pisen las fronteras
De mi reino, sabrémos rechazarlas
Y tal como merecen castigarlas.

"Que los hijos del reino mexicano
De su patria defiendan los derechos,
Rechazando al ejército tirano
Que le amenaza con crueles hechos:
De Michoacan el fuero soberano
Defenderán los valerosos pechos
De mis soldados, sin que extraña ayuda
A rechazar al invasor acuda."

Esta contestacion no desalienta
A **Cuauhtemoc** que en la victoria fia:
Las legiones guerreras acrecienta
Y en los pechos infunde la osadía.
La táctica enemiga le presenta
Ejemplos que imitar su fantasía
Quiere en la nueva lid, y con su gente
La defensa prepara diligente.

Entretanto, Cortés, sus escuadrones
Apresta para abrir nueva campaña
Que someta á las bélicas naciones
Del fiero Anáhuac al poder de España.
A su ejército agrega las legiones
De los traidores pueblos, cuya saña
Contra el Rey mexicano los excita,
Y á ignominia y baldon los precipita.

Atravesando sierras y cañadas
Se dirige á Texcoco, y hábilmente,
De súbito forzando las entradas,
En la ciudad penetra con su gente.
Ya Ixtlilxochitl[31] tenia preparadas
La infamia y la traicion, que de repente
Estallando en el reino texcocano
Debilitan al pueblo mexicano.

Con atrevida planta los guerreros
Del invasor, profanan el recinto
De la ciudad que vulneró sus fueros
Dando al olvido su guerrero instinto.
Pronto el golpe mortal de los aceros
Pone por donde quiera en sangre tinto
Aquel suelo tan falto de ventura
Que centro fué de espléndida cultura.

Y comienza el saqueo, y presurosos
Los soldados, cubiertos de mancilla,
Incendian los palacios suntuosos
Que de las artes fueran maravilla.
Los tlaxcaltecas lánzanse furiosos
A los grandes archivos, donde brilla
El genio de la ciencia, y con desdoro
De su nombre, destruyen tal tesoro.[32]

Levántase en el reino sometido
Un numeroso ejército que aumenta
Las filas de Cortés, quien entendido,
Con promesas á todos los alienta.
Emprender la campaña ha decidido
Sin pérdida de tiempo; y con violenta
Temeridad á sus guerreros guia
Marchando en direccion del Mediodía.

De Texcoco en el límite del lago
Se alza una rica poblacion, llamada
Itztapalápan, y hácia allí su amago
Dirige la invasion, acelerada.
A contener el poderoso estrago
Del extranjero, se presenta airada
Numerosa cohorte de guerreros
Mexicanos, que lidian altaneros.

La calzada, de súbito se llena
Con una multitud de armada gente
Que dispuesta á la lid, alza serena
Ante el contrario la atrevida frente.
El dilatado espacio en breve atruena
De guerra el alarido prepotente,
Y las bocinas bélicas sonando,
Van los lejanos ecos despertando. .

A la sazon la superficie tersa
Del lago de Texcoco es recorrida
Por dilatada flota, que dispersa,
A la márgen dirígese atrevida.
En las piraguas multitud diversa
De guerreros camina confundida,
Llevando aquellos hombres esforzados
Los dardos y las piedras preparados.

Por la tierra y el agua, con bravura
La hueste mexicana el paso cierra
Al español, que domeñar procura
Al contrario en el lago y en la tierra.
La seccion de ginetes se aventura
Sobre la muchedumbre, que se encierra
En la ciudad, dejando abandonada
De Cortés al ejército la entrada.

"¡Por Santiago y España!" los soldados
Gritan, las calles recorriendo ansiosos,
Y al adquirido triunfo abandonados
Se entregan al saqueo presurosos.
Aquí inician el fuego; allí, malvados,
A los inermes matan alevosos;
Que por doquier que van los invasores
Se extiende el mal con todos sus horrores.

Mugiendo atronadora, de repente
El agua en la ciudad se precipita,
Y sin freno camina su corriente,
Que miéntras más avanza más se irrita.
El riesgo inesperado é inminente
A los soldados de Cortés excita
A abandonar el punto, y con presura
Establecen su campo en la llanura.

Itztapalápan construida estaba
En las aguas del lago, y el intento
Mexicano, que el dique reventaba,
Digno era del patriótico ardimiento.
Cuando á las fuerzas de Cortés llevaba
Tras de sí á la ciudad, el pensamiento
Del jefe mexicano, fué atraerlas
Para inundar el sitio y sorprenderlas.

Muestra de abnegacion y patriotismo
De un pueblo entusiasmado y valeroso
Que lanza sus hogares al abismo
Para arrollar al invasor odioso.
Ese rasgo sublime de heroismo
En la historia aparece luminoso,
Para alumbrar con celestial pureza
Del pueblo mexicano la grandeza.

Serena está la noche: el firmamento
A la luz de los astros resplandece;
Blando circula el apacible viento
Que del árbol las hojas estremece.
Todo en silencio yace; el campamento
De Cortés á lo léjos aparece;
En tanto en la ciudad los mexicanos
Prepáranse á la lid fuertes y ufanos.

No brilla aún del inmediato dia
La esplendorosa luz, cuando cercados
Se ven los españoles con porfía
De enemigos temibles y esforzados.
En confuso tropel, con bizarría,
Oponen resistencia los soldados
De Cortés, sin domar el espantable
Empuje del contrario inexorable.

Envueltos en las sombras, confundidos,
Sin poder distinguirse los guerreros,
Cuerpo á cuerpo batallan decididos
Las macanas blandiendo y los aceros.
Tal como en lucha igual, embravecidos,
Se acometen los lobos carniceros
Para entre sí acabarse; de tal suerte
Sostienen esos hombres lid de muerte.

Los múltiples ruidos dominando
De la refriega, elévanse horrorosos
Los roncos alaridos, que llenando
Van de pavor los pechos animosos.
Los cuerpos de traidores, desertando,
Huyen á las montañas presurosos:
La retirada entónces determina
Cortés, y hácia Texcoco se encamina.

Pero la muchedumbre mexicana
Al resplandor de triunfo tan brillante,
En perseguir al español se afana
Y en su fuga le acosa amenazante.
Aparece el albor de la mañana,
Surge del sol el carro de diamante
Para alumbrar la espléndida victoria,
Que á Anáhuac cubre de fulgente gloria.

Tenochtitlan en tanto se estremece
De patriótico fuego conmovida;
El entusiasmo en las legiones crece
Y renace doquier la fe perdida.
De **Cuauhtemoc** egregio resplandece
El genio que derrama aliento y vida
En los pueblos de Anáhuac, que altaneros
Retan á los audaces extranjeros.

Dispuesta la ciudad á la defensa
Está por **Cuauhtemoc:** escalonadas,
Para cortar la poblacion extensa,
Hay zanjas en las calles y calzadas.
Al enemigo mandarán su ofensa
Sin peligro las tropas resguardadas
Por trincheras que alzaron animosos
Los hombres á la orilla de los fosos.

Están de los teocallis las alturas
Cubiertas con secciones de guerreros,
Que rápidos podrán á las llanuras
Mandar sus tiros fuertes y certeros.
Adornando las toscas esculturas
De los dioses terribles y severos,
Las blancas osamentas aparecen,
Que á los sacrificados pertenecen.

Atraviesan con rauda ligereza
Millares de piraguas los canales,
Perdiéndose despues en la maleza
De los enmarañados carrizales.
Funda Tenochtitlan su fortaleza
En que puede lanzar de los breñales
Su ejército de barcas, que consigo
Llevan la destruccion al enemigo.

Del Rey la voluntad inquebrantable
Es sostener sin tregua la pelea:
Vencer quiere en la lid, é infatigable
Todo recurso en la defensa emplea.
Su corazon guerrero é indomable,
Que de la patria el bienestar desea,
Acelerado y sin temor palpita
Y á luchar sin descanso al Rey excita.

Convoca **Cuauhtemoc** en su morada
A los jefes que mandan las legiones
Guerreras, y luciente la mirada,
Les hace conocer sus decisiones.
Luego, con voz solemne y alterada,
Que conmueve á los bravos campeones,
Así se expresa el adalid valiente,
Irguiendo altiva la morena frente:

"El audaz invasor viene á cercarnos:
Los puntos militares que rodean
La ciudad, presto van á disputarnos
Los que á su tropa vil capitanean.
Si llegan en la lid á arrebatarnos
Esos puntos y allí se enseñorean,
Nuestras fuerzas aliadas perderémos,
Y solos en la lucha quedarémos.

"Forzoso es batallar, doquier resuene
La ronca voz del caracol guerrero:
Que los espacios sin cesar atruene
De ¡guerra! el grito fuerte y altanero.
Tregua al temor; benigno nos sostiene
De la sagrada patria el alto fuero,
Y nuestros dioses, de fulgente gloria
Nos cubrirán al darnos la victoria.

"¡Tregua al temor! Unidos y esforzados
Sabrémos defendernos, y al abrigo
De los augustos templos, rechazados
Los guerreros serán del enemigo.
Sin piedad morirán sacrificados
A los divinos dioses, en castigo
De sus desmanes míseros y fieros,
Los que en la lucha queden prisioneros.

"Cuidad en medio la batalla ruda
Con vida asegurar á los vencidos;
No deis en el combate muerte cruda
A los hijos del sol aborrecidos.
El dios de la victoria en nuestra ayuda
Vendrá más complaciente, si rendidos
Los iberos, al ara los llevamos
Y por ellos allí los inmolamos.

"De Itztapalápan el heróico ejemplo
Tenemos que imitar. Allí lograron
A la querida patria alzar un templo
Los que con fe y audacia batallaron.
La ciudad arrasada yo contemplo
Con santa admiracion, porque alcanzaron
Sus hijos honra y prez en los altares
De Anáhuac, destruyendo sus hogares.

"No desmayemos, pues: de la venganza
A la suprema voz obedezcamos:
Den los pechos aliento á la esperanza
Y nuestro vírgen suelo defendamos.
Si merced á la mísera asechanza
El español nos vence, perezcamos,
Pero despues que nuestra audacia fiera
Haya arrasado la ciudad entera.

"Yo palmo á palmo defender el suelo
Del Anahuác sabré; con fe lo digo:
Juro seguir la guerra con anhelo
Sin contar ni medir al enemigo.
Consagraré mi afan y mi desvelo
En adquirir el triunfo; y si conmigo
Ha de caer la azteca monarquía,
Antes perecerá la vida mia.

"¡Sús! á luchar, caudillos esforzados;
¡Sin descanso ni tregua, á la pelea!
A defender la patria denodados,
Hijos de Anáhuac, que la lucha sea.
Pronto á la lid corred entusiasmados
Para que el invasor de nuevo vea,
Que el águila de Anáhuac no se humilla
A los fieros leones de Castilla!"

Dijo, y llenando su robusto acento
De la sala los ámbitos, derrama
En todos el patriótico ardimiento
Que á su valiente corazon inflama.
Tal como á veces, al poder del viento,
Crece del fuego asoladora llama,
Así á la voz de **Cuauhtemoc** violenta
El patriotismo en los demas aumenta.

Y así como el incendio se propaga
Con rapidez terrible, produciendo
Por donde quiera que su fuerza amaga
Aterrador y poderoso estruendo;
Así en el pueblo, á quien la gloria embriaga
De su heróico monarca, va cundiendo
El entusiasmo; y al sentir consigo
Tal confianza, exclama: "¡Al enemigo!"

"¡Al enemigo! ¡Al enemigo!" gritan
Las masas populares agitadas,
Y al palacio imperial se precipitan
Del patriótico ardor arrebatadas.
Todos al bravo **Cuauhtemoc** excitan
A retar á las fuerzas avanzadas
Del audaz español, para arrojarlo
De Texcoco ó allí desbaratarlo.

Dispone **Cuauhtemoc** osadamente
Sus guerreras legiones, y atrevido
Rumbo al Norte camina diligente
Y sorprende al contrario aborrecido.
En la márgen del lago está la gente
De Cortés, y esforzado y decidido,
Sobre ella **Cuauhtemoc** presto se arroja
Y de allí al enemigo desaloja.

Como al rasgar el rayo resonante
El seno de las nubes, se desata
La tormenta que ruge amenazante
Y cuanto encuentra su poder maltrata;
Así llega tremenda y anhelante
La hueste mexicana, y desbarata
En el campo enemigo á las secciones,
Que se alejan en todas direcciones.

El pueblo lidiador bello aparece
Al defender sus fueros ultrajados;
Y del jóven monarca resplandece
La heroicidad, que cunde en sus soldados.
Crece el valor, el entusiasmo crece
En los pechos, de afan arrebatados,
Y todos los guerreros á porfía
Combaten con intrépida osadía.

Aquí las piedras los honderos lanzan
Llevando por doquier terrible muerte;
Allá las flechas rápidas alcanzan
A quien huyendo busca mejor suerte.
Los más al enemigo se abalanzan,
Y destrozando la coraza fuerte
Al golpe de la clava poderosa,
Le dan muerte violenta y espantosa.

A las dispersas filas persiguiendo,
Se arroja el pueblo airado y valeroso
Que en su marcha veloz va repitiendo
De la victoria el canto glorioso.
Al poder de los dardos, pereciendo
Los hombres van del enemigo odioso,
Y aquellos que sucumben, suspendidos
Son en lanzas y en triunfo conducidos.

Despues de la victoria, acelerado
Vuelve á Tenochtitlan con sus legiones
El bravo **Cuauhtemoc** que es proclamado
Invicto por sus fieros campeones.
Recorre la ciudad entusiasmado
El pueblo en diferentes direcciones,
Elevando sus cantos á la altura
Con los que el triunfo espléndido asegura.

FIN DEL CANTO QUINTO.

CANTO SEXTO.

Los pueblos aliados de Cuauhtemoc se preparan á la defensa.—Disposiciones de Hernan Cortés para aislar á los mexicanos.—Manda á Gonzalo de Sandoval que recorra el rumbo Sur.—Expedicion de Sandoval.—Su llegada al fuerte de Yacapixtla.—Heróica defensa de los tlahuicas en ese punto.—Regresa Sandoval á Texcoco.—Los tlahuicas marchan sobre Chalco.—Sale Cortés á su defensa.—Campaña de Cortés contra los tlahuicas.—Su regreso al Valle.—Dirígese á Xochimilco, á cuya entrada es batido por los mexicanos.—Se refugia en Xochimilco.—Es atacado formidablemente por Cuauhtemoc, y se retira en derrota.

El genio de la guerra soberano
Protege á **Cuauhtemoc,** que osadamente
A defender el reino mexicano
Tiene dispuesta la aguerrida gente.
El pueblo, en su rencor al castellano,
La lid acepta con ardor vehemente,
Que nunca los leales corazones
Temen de la fortuna las traiciones.

Tiene el rey **Cuauhtemoc** por aliados
Muchos pueblos aún, que en la montaña
Y en el valle, valientes y esforzados,
Al español harán cruda campaña.
En la extension de Anáhuac los soldados,
A quienes de vencer la fe acompaña,
Dispónense á luchar con osadía
Contra la castellana tiranía.

Por el lado del Sur varias ciudades
A **Cuauhtemoc** le rinden obediencia,
Y de Cortés temiendo las crueldades,
Al combate se aprestan con violencia.
De la selva en las vastas soledades,
Del abrupto peñon en la eminencia,
En todas partes el clamor se escucha
Que convoca á los pueblos á la lucha.

Desde el punto de Xóloc,[33] que se eleva
De la extensa ciudad en los confines,
Hasta el de Huaxtepec,[34] que fama lleva
Por sus bellos y mágicos jardines,
Anáhuac, en la época de prueba,
Dispuestos ve á los bravos paladines
Para medir sus armas altaneros
Con los aborrecidos extranjeros.

Del duro pedernal agudas flechas
Con rapidez y anhelo se construyen;
Ramas de pino, esbeltas y derechas,
A las robustas lanzas sustituyen.
Las diversas naciones, satisfechas
De que la union y el celo constituyen
El poder de los pueblos, con aliento
De combatir demuestran el intento.

Por su parte Cortés, que se propone
Cercar á **Cuauhtemoc** en sus cuarteles,
El movimiento militar dispone
Al mando audaz de capitanes fieles.
Al bravo Sandoval al frente pone
De numerosa tropa, de crueles
Instintos, mas de intrépida osadía,
Y á la region del Sur la hueste envia.

Gonzalo Sandoval, obedeciendo
Ciègamente la órden, adelanta
Con su ejército fuerte, que tremendo
Los pueblos todos á su paso espanta.
Numerosos obstáculos venciendo,
Logra poner en Huaxtepec la planta,
Despues de enrojecer sierras y prados
Con sangre de sus míseros soldados.

Allende Huaxtepec, hácia el Sudeste,
Escarpado peñon tiene en la cima
Altiva fortaleza, en que la hueste
De los tlahuicas su defensa estima.
Ora por ser su situacion agreste,
Ora tambien por el rigor del clima,
Están los defensores al abrigo
De que obtenga victoria el enemigo.

Yacapixtla[35] se llama el baluarte
Que á la entrada del Sur, cual centinela,
Alzando de la patria el estandarte,
Por defender el territorio vela.
El bravo Sandoval hácia esa parte
Marcha, y los pueblos á su paso asuela:
Quiere con el terror y la pavura
Domeñar de las tribus la bravura.

Como cortada á pico, la montaña
En que se encuentra el fuerte, inaccesible
Es en su derredor, y la campaña
Quizás á Sandoval será imposible.
El aliento patriótico acompaña
A los que guardan el peñon temible,
Que la agresion del español provoca
Como al mar agitado altiva roca.

Del empinado cerro por la falda
Corre un arroyo manso y cristalino,
Que se pierde en los campos de esmeralda
Al seguir apacible su destino.
Cual foso natural, cubre la espalda
Del fuerte aquel arroyo; y el camino
Que desde Huaxtepec al cerro guia,
Lo corta infranqueable serranía.

¿Cómo llegar á la elevada cumbre
En que asentada está la fortaleza?
¿Cómo vencer aquella muchedumbre
Tan llena de valor y de entereza?
Anima á Sandoval la certidumbre
De alcanzar la victoria; y con presteza,
Recorriendo difíciles senderos,
Llega al pié del peñon con sus guerreros.

Por la naturaleza defendido
En la cúspide el fuerte se levanta,
Y por guerreros diestros guarnecido,
Su sola vista al corazon espanta.
La muerte encontrará quien atrevido
Quiera poner la temeraria planta
En las sinuosidades y aspereza
Del peñon en que está la fortaleza.

Sandoval con sus tropas circunvala
El enemigo punto; y con anhelo
Los senderos más fáciles señala
Para el ataque en el quebrado suelo.
De los gigantes el valor iguala,
Cuando intentaron escalar el cielo,
El audaz español que con bravura
Al asalto del cerro se aventura.

Da el clarin la señal, y decididos
Contra el peñon se lanzan los guerreros,
Y por unos los otros sostenidos,
Subiendo van los ásperos senderos.
Por los rayos del sol al ser heridos
Brillan de aquellos hombres los aceros,
Que por su vivo resplandor parecen
Espejos que á intervalos resplandecen.

Los piés fijando en la quebrada roca
Y asiéndose á la vez de la maleza,
Gonzalo Sandoval, con ansia loca,
Llegar quiere á la altiva fortaleza.
Del apóstol Santiago el nombre invoca,
Que en los suyos enciende la braveza,
Y á la guerrera voz de ¡Cierra España!
Se arroja la legion á la montaña.

Ágiles los soldados van subiendo
Al resonar las bélicas palabras,
El suelo inaccesible trasponiendo,
Tal como trepan las salvajes cabras.
Con firmeza y presura van poniendo
Los recios piés en las pequeñas abras:
Los arcabuces listos en la diestra,
O embrazando el escudo la siniestra.

De súbito resuena poderoso
Del peñon en la cúspide el ruido
Que indica que el contrario valeroso
Se encuentra á la defensa apercibido.
A corto espacio baja presuroso,
Cual por mano titánica impelido,
Un fragmento de roca formidable
Que la muerte conduce inexorable.

La roca, dando tumbos, adelanta
Hácia un espeso grupo de guerreros,
Y con su choque rápido quebranta
La resistente red de los aceros.
Unos desfijan la insegura planta
De la roca, y cayendo van ligeros;
Otros, cediendo al golpe rudo y fuerte,
Víctimas son de inesperada muerte.

Entónces se alza en la gigante altura
El grito de venganza, que resuena
Como señal de triunfo y de ventura,
Y que imponente los espacios llena.
De su poder la tribu está segura;
Alentando la fe, lidia serena;
Los corazones laten con anhelo,
Porque en defensa están del patrio suelo.

Pero la gente castellana avanza
Escalando el terreno inaccesible,
Y su inaudita, rápida pujanza
Acaso rechazar será imposible.
Sobre ella el fuerte con arrojo lanza
Una lluvia de piedras, que terrible
Ofende á los intrépidos soldados
Que ruedan al abismo acelerados.

Gonzalo Sandoval no se amedrenta;
Él en persona á sus guerreros guia,
Y con su ejemplo en los demas aumenta
Más que el valor, la heróica bizarría.
La guarnicion del fuerte, con violenta
Temeridad rechaza la porfía
Del caudillo español: los arcos toma,
Y con las flechas al contrario doma.

Como á veces las aves, gorjeando,
Del arbusto se lanzan presurosas,
Y raudas el vacío atravesando
Chocan en las montañas escabrosas;
De los arcos así parten silbando
Innumerables flechas poderosas,
Y van á resbalar en los aceros
Que sirven de coraza á los guerreros.

Y siguen ascendiendo osadamente
De Sandoval las tropas atrevidas,
Derramando en la rápida pendiente
La sangre de sus múltiples heridas.
Maltrecho el capitan, sigue valiente
Delante de sus tropas aguerridas;
Traspone al fin la inaccesible roca
Y al enemigo con ardor provoca.

Entónces se corona la muralla
De la indomable heróica fortaleza
De guerreros que aceptan la batalla,
Y luchan cuerpo á cuerpo con fiereza.
Pero de pronto, fragoroso estalla
El fuego de arcabuz; y con viveza,
Al ver á los sitiados sorprendidos,
Los cercan los contrarios decididos.

Veloz, como del hombre el pensamiento,
Del punto Sandoval se posesiona,
Y obediente á su audaz atrevimiento
El gran poder de su señor pregona.
Despues, con breve y varonil acento,
A los tlahuicas dice que perdona
De la defensa el temerario ultraje,
Si á su bandera rinden homenaje.

En tal momento, yérguese atrevido
El jefe principal de la guerrera
Tribu, y al español aborrecido
Le dice así con arrogancia fiera:
"Ni humillado, ni débil, ni vencido
Saludará jamás á tu bandera
El pueblo que las armas en mis manos
Puso para domar á los tiranos.

"Nunca mi cuello doblaré ante el yugo
Que nos quiere imponer el extranjero;
Ni mi existencia entregaré al verdugo
Al exhalar mi aliento postrimero.
Si á los divinos dioses daros plugo
El efímero triunfo que altanero
Pregonais, lo debeis á la asechanza
Y no de vuestro brazo á la pujanza.

"Si conservar el fuerte no he logrado,
No se me culpe á mí sino al destino:
Luché con el arrojo del soldado,
Y envuelto fuí por raudo torbellino.
Despues de combatir desesperado
Debo seguir el único camino
Que resta á aquel que con osado pecho
Defiende de sus dioses el derecho.

"Los tlahuicas no ceden la victoria
Al enemigo numeroso y fuerte,
Ni del contrario la mentida gloria
En débiles vasallos los convierte.
Al mundo dejan eternal memoria
Buscando con afan honrosa muerte,
Primero que aceptar de los tiranos
El perdon que se otorga á los villanos."

Dijo, y á una señal de su mirada
La tribu entera con valor se arroja
De la peña gigante y escarpada
Que con sus aguas el arroyo moja.
A poco la corriente acelerada
Aparece teñida en sangre roja,
Sangre de un pueblo denodado y fuerte
Que ántes que esclavitud se da la muerte.

Regresa Sandoval con sus legiones
A Texcoco, creyendo que domaran
Sus crueldades aquellas poblaciones
Que al amor de la patria despertaran.
Pero tras él ligeros escuadrones
Que los jefes tlahuicas levantaran,
De la sierra atraviesan la espesura
Y en el valle penetran con bravura.

Sobre Chalco se arrojan de repente
Reforzados por tropas mexicanas,
Y combatiendo con ardor vehemente,
Ocupan las alturas comarcanas.
Igual es esa lucha sorprendente
Entre las razas que naciendo hermanas,
Tienen los mismos usos y experiencia
Y las rige la misma inteligencia.

Empéñase el combate rudo y fiero
Entre las poblaciones contendientes,
Que con arrojo firme y duradero
Confirman su renombre de valientes.
Los tlahuicas disparan con certero
Entusiasmo las flechas prepotentes,
Que van á atravesar los corazones
De los de Chalco bravos campeones.

Al formidable, atronador empuje
De las tropas tlahuica y mexicana
La poblacion estremecida cruje,
Y quizás la defensa será vana.
La sitiadora grey altiva ruje
Ostentando su fuerza sobrehumana,
Y terrible, imponente, poderosa,
Al asalto dirígese anhelosa.

Hernan Cortés entónces se apresura
A proteger los puntos aliados,
Y rápido atraviesa la llanura
Al frente de guerreros esforzados.
Llega despues del monte á la espesura,
Y ganando los puntos disputados,
A las ciudades se dirige luego,
Entrándolas su tropa á sangre y fuego.

Por donde quier que el invasor avanza
Todo es desolacion, todo exterminio;
Aquí ejecuta criminal matanza,
Por todas partes lleva el latrocinio.
Los pueblos, á la voz de la venganza,
Pretenden sacudir tan vil dominio,
Y, de rencor sus pechos animados,
Se arrojan á la lid acelerados.

Con ardor los tlahuicas se defienden
Del quebrado terreno en la aspereza,
Y disputar al español pretenden
El paso con denuedo y entereza.
Constantemente al enemigo ofenden
Resguardados del sitio en la maleza,
Y diezman de Cortés á los guerreros,
De la sierra en los ásperos senderos.

Entre lluvia de dardos, que la muerte
Y la desolacion llevan consigo,
Avanza de Cortés la legion fuerte,
Sin alcanzar ni ver al enemigo.
Cada mata en baluarte se convierte,
Que á los tlahuicas da seguro abrigo,
Haciendo así imposible la campaña
Al invasor ejército de España.

Despues de rocorrer el Mediodía,
Arrasando los pueblos y ciudades,
Vuelven los castellanos con porfía
Al Valle, ejecutando sus crueldades.
Del Ajusco la augusta serranía
Cruzan, y por las vastas soledades
A Xochimilco se encaminan luego
Y el punto atacan con arrojo ciego.

El bravo **Cuauhtemoc** sale en defensa
Del sitio por Cortés amenazado;
Del lago cruza la llanura extensa
Con el pueblo, que acude entusiasmado.
Por tierra manda poderosa ofensa
Al mismo tiempo al invasor odiado,
Que se halla de enemigos en el centro
Y no puede esquivar el fuerte encuentro.

Como á ocasiones formidable muje
En los vastos espacios la tormenta,
Y á medida que avanza, fiera ruje
En sus entrañas tempestad violenta;
De suerte igual en su terrible empuje
El pueblo mexicano su ira aumenta
Al acercarse al enemigo osado
Que su rencor profundo ha provocado.

Y así como al chocar precipitadas
Dos nubes en la altura, con estruendo
El agua arrojan de que están preñadas,
Su fuerza y su poder disminuyendo;
Así de su valor arrebatadas
Las contrarias legiones, con horrendo
Fragor, al encontrarse de repente,
El choque las desmembra mutuamente.

En vano de Cortés los escuadrones
Se lanzan á las huestes mexicanas;
La fuerza superior de los bridones
Rechazan al poder de las macanas.
En breve del Anáhuac las legiones
Vencerán á las tropas castellanas,
Y el sol alumbrará nueva victoria
Que aumentará de **Cuauhtemoc** la gloria.

Las piedras y las flechas disparadas
Por las fuerzas del lago, van cayendo
En las contrarias filas, que acosadas
A la vez por la tierra, están cediendo.
De las traidoras tropas aliadas
De Cortés, sin cesar van pereciendo
Centenares de hombres, que la muerte
En parapetos hórridos convierte.

De guerra el alarido pavoroso
Continuamente los espacios llena,
Y del clarin el eco belicoso
Cual lamento tristísimo resuena.
De **Cuauhtemoc** el pecho valeroso
Palpita con afan; heróico ordena
Un nuevo ataque á su esforzada gente,
Y de los suyos se coloca al frente.

La mexicana multitud avanza,
Como si un hombre fuera, al enemigo,
Y su temible, varonil pujanza
Conduce al español mortal castigo.
Para escapar del pueblo á la venganza,
No encuentra el invasor seguro abrigo;
Por todas partes hállase cercado,
Y tiene que lidiar desesperado.

Del peligro Cortés se posesiona
Y el fiero ataque con valor aguarda,
Que la serenidad nunca abandona
A quien para morir no se acobarda.
Fuerte seccion guerrera á su persona
En los combates sin cesar resguarda,
Y defendido está su cuerpo entero
Por armadura de templado acero.

Ginete en un corcel, que acostumbrado
Está á los lances crudos de la guerra,
Dispónese á luchar con el osado
Cerco enemigo que á su gente encierra.
El fuego de cañon ha resonado
Haciendo estremecer la dura tierra,
Pero contesta el pueblo á su estallido
Redoblando de guerra el alarido.

Renuévase la lucha con denuedo
Entre los dos ejércitos, que ansiosos,
Sin conocer vacilacion ni miedo,
En el campo se retan animosos.
Es del Héctor troyano fiel remedo
Cuauhtemoc, cuyos hechos valerosos
En medio del combate sanguinario,
Admiran al ejército adversario.

Esgrimiendo su diestra formidable
La pesada macana, da con ella,
Recorriendo las filas implacable,
La muerte á los guerreros que atropella.
Ceden á su poder incontrastable,
Que entre todos magnífico descuella,
Aun los fuertes caballos, que abatidos,
Caen cual si fueran por el rayo heridos.

La marcha siguen del caudillo regio
Centenares de jefes que á porfía
Igualar quieren su valor egregio
Combatiendo con rara bizarría.
Como á poder de extraño sortilegio
Invulnerables son en su osadía
Estos guerreros que su dios convierte
En espantables genios de la muerte.

Mezclándose en las filas del contrario,
A singular combate lo provocan,
Y doquier, con arrojo extraordinario,
Exterminan sus armas lo que tocan.
Las clavas, con empuje temerario
Continuamente en las corazas chocan,
Formándose en el campo una corriente
Horrorosa de sangre pestilente.

En vano **Cuauhtemoc** con ansia grita:
"¡Asegurad con vida á los vencidos!"
La multitud, á la que el odio excita,
"¡Muerte!" clama con fieros alaridos.
De entre las masas súbito se agita
Un grupo de guerreros, que atrevidos
Sobre Cortés se arrojan al mirarle
Y con vida pretenden sujetarle.

Sin cesar acosado en la pelea
Sucumbió del caudillo la montura;
Pero la férrea espada centellea
Al blandirla su diestra con bravura.
Él solo por librarse forcejea
Con el grupo valiente que procura
Hacerlo en el combate prisionero,
Y en tal peligro se defiende fiero.

Pero logran los héroes mexicanos
Asegurar por fin á su enemigo,
Y sus voces de triunfo alzando ufanos
Van á partir llevándolo consigo.
"¡Al capitan!" los fieles castellanos
Claman entónces, y al potente abrigo
De las corazas, en defensa corren
De su jefe, á quien rápidos socorren.

Entablan con ardor los contendientes
Una lucha terrible: de ambos lados
Están los adalides más valientes
Y sostienen la lid desordenados.
Logran al fin las castellanas gentes
Salvar al capitan, y acelerados
Los de Cortés asaltan con bravura
La ciudad, y se adueñan de la altura.

De **Cuauhtemoc** no cede el ardimiento
Al perder Xochimilco: alza serena
La frente con augusto movimiento
Y sus legiones bélicas ordena.
Recrece el mexicano atrevimiento;
El rencor á las almas envenena,
Y por lidiar las masas valerosas
Entre sí se revuelven presurosas.

Pronto de Xochimilco las entradas,
Ora cruzando el lago trasparente,
Ora por los senderos y calzadas,
Alcanzará la multitud valiente.
Hállanse las techumbres coronadas
Dentro de la ciudad, de armada gente,
Dispuesta á rechazar con fiero brío
El asalto terrible del gentío.

Con su potente voz la artillería
Hace de pronto retemblar la tierra;
Lanzan los arcabuces muerte impía
Que á las legiones de Anahuác no aterra.
Los espacios llenando con porfía,
Como señal de inexorable guerra,
Alza la muchedumbre su alarido
Que por los ecos es repercutido.

Pero los españoles se defienden
En la ciudad con ejemplar bravura;
Y los puntos más débiles atienden,
Que arrebatarles **Cuauhtemoc** procura.
En donde quiera rápidos sorprenden
Al que á llegar osado se aventura
A los puntos por ellos resguardados,
Y la muerte le dan desapiadados.

Llega la noche: la ciudad despierta
Está para atajar con fuerte aliento
La enemiga agresion; no desconcierta
A Hernan Cortés del pueblo el ardimiento.
Los centinelas el clamor de ¡alerta!
Constantemente dan, y en movimiento
Se hallan los capitanes atrevidos,
Que recorren los puntos defendidos.

Y trascurre la noche silènciosa
Sin que la altiva hueste mexicana
Ataque la ciudad, en que medrosa
Se guarece la fuerza castellana.
La aurora va á nacer esplendorosa;
El Oriente se tiñe de oro y grana;
Brota despues la luz, y en tal momento
Se anima el mexicano campamento.

El bravo **Cuauhtemoc** con la bocina
A sus soldados ordenó el combate,
Y la legion guerrera se encamina
A Xochimilco con soberbio embate.
La metralla terrible y asesina
A la valiente multitud no abate;
Erguida y sin temor la hueste avanza,
En **Cuauhtemoc** cifrando su esperanza.

Las ligeras piraguas se deslizan
En el cristal del apacible lago,
Y las aguas de súbito se rizan
De los débiles remos al halago.
Las fuerzas tripulantes organizan
Con prontitud el poderoso amago;
Atacándolo así por agua y tierra,
El mexicano al español aterra.

Ejecutan las tropas el asalto
A la ciudad con ardoroso brío:
No hay quien débil, cediendo al sobresalto,
En el peligro retroceda impío.
El español, de municiones falto,
Intenta defenderse del gentío
Con espadas y lanzas solamente
Y tendrá que ceder irresistente.

Hernan Cortés abandonar procura
El asaltado punto, en que perdido
Se encuentra con su tropa, y aventura
La salida por sitio conocido.
Marchando hácia el Poniente, se apresura
A rebasar el cerco tan temido;
Y arrostrando la muerte en su carrera,
La invasora legion huye ligera.

Pero por **Cuauhtemoc** son acosados
En su derrota vil los fugitivos,
Y muchos por las masas alcanzados,
Del pueblo en el poder quedan cautivos.
Para ser á su dios sacrificados
En los teocallis, los conservan vivos;
Y á la ciudad la mexicana gente
Conduce en triunfo á **Cuauhtemoc** valiente.

FIN DEL CANTO SEXTO.

CANTO SÉTIMO.

Aliento de los pueblos de Anáhuac para rechazar á los invasores. —Disposiciones de Cuauhtemoc en defensa de la ciudad.—Táctica de Hernan Cortés para el asedio.—Los capitanes españoles cercan la gran Tenochtitlan.—Entusiasmo de los mexicanos por la guerra.—Combate en el lago de Texcoco.—Destruccion de la flota mexicana.—Atacan los españoles la ciudad por el lado Sur.—Vigorosa defensa del templo de Huitznáhuac.—Son atraidos al gran teocalli los invasores, que atacados por el pueblo emprenden la fuga desordenadamente.—Los mexicanos celebran la victoria.

Cuando del pueblo los valientes pechos
Al amor de la patria se estremecen,
Logran dar cima á los heróicos hechos
Que en la eternal historia resplandecen.
Al defender osadas sus derechos,
Más grandes las naciones aparecen,
Y á los pósteros dejan su memoria
Envuelta en los destellos de la gloria.

Cuando el guerrero audaz y temerario
Clava en extraño suelo su bandera,
Para aterrorizar al adversario
Lleva la destruccion por donde quiera.
No debido al esfuerzo extraordinario
Adquiere la victoria lisonjera;
Siempre sólo merced al exterminio
Logra ejercer su asolador dominio.

Los pueblos valerosos que defienden
Del extranjero amago sus hogares,
De la inmortalidad la antorcha encienden
De la querida patria en los altares.
Si á libertarse del amago atienden,
Y cediendo por fin á los azares
De guerra sin cuartel quedan vencidos,
Son siempre por la historia enaltecidos.

Del indomable Anáhuac las naciones
Por defender sus fueros ultrajados
Trabajan con afan; los corazones,
De guerra al grito, laten agitados.
El triunfo que diversas ocasiones
Alcanzar han sabido los soldados
De la patria, la fe de nuevo aumenta,
Que en las huestes propágase violenta.

Prepara **Cuauhtemoc** infatigable
Al cerco la ciudad; en ella encierra
De sus tropas el grueso formidable
Que al invasor disputarán la tierra.
Por todas partes crece inmensurable
El entusiasmo que la voz de guerra
Despierta en los valientes mexicanos
Que por seguir la lid están ufanos.

En nombre de la patria se convoca
A todo el que empuñar las armas pueda;
Y al llamamiento que el rencor provoca,
No hay quien cobarde al desaliento ceda.
Niños y ancianos van con ansia loca
A demandar al rey que les conceda
Un puesto para dar al enemigo
En los combates ejemplar castigo.

En el hogar tranquilo las mujeres
Dan el postrer adios á sus esposos,
Y cual si en pos salieran de placeres,
Les preparan los trajes más vistosos.
"Marchad, les dicen ellas, caros séres
Y volved á nosotras victoriosos,
O hallad en el combate muerte honrada
Defendiendo á la patria amenazada."

Antes de que cercada el enemigo
Tenga del todo la ciudad, ordena
El rey que parta á protector abrigo
La gente que á las lides es ajena.
Hace saber entónces que á castigo
De muerte á los soldados se condena,
Si inobedientes salvan la muralla
Para empeñar sin órden la batalla.

Previsor el monarca, deposita
En diferentes puntos los pertrechos
Que para sostenerse necesita
Dentro de aquellos límites estrechos.
En bélicas funciones ejercita
A sus soldados, cuyos nobles pechos,
Que al invasor terrible no perdonan,
Entrar con él en lid sólo ambicionan.

Así la gran Tenochtitlan dispuesta
A recibir al español se halla;
Así, esforzado, **Cuauhtemoc** apresta
Su valerosa gente á la batalla.
Fuerte defensa á los soldados presta
Dentro de la ciudad la firme valla
Que en derredor alzaron, y á su abrigo
Hostilizar podrán al enemigo.

Tambien de Hernan Cortés los escuadrones
Se encuentran al ataque apercibidos;
Del Valle en diferentes poblaciones
Están para la guerra repartidos.
No sin lucha terrible las legiones
Del invasor, ganar los defendidos
Puntos lograron con arrojo ciego
Estableciendo el sitio desde luego.

Tiene en Tlacopan Pedro de Alvarado
Fuerte seccion de gente valerosa;
Está de Coyoacan posesionado
Olid con otra hueste numerosa.
Gonzalo Sandoval, acompañado
De una legion crecida y animosa,
A Itztapalápan decidido llega
Y á fuego y sangre la ciudad entrega.

Cortés al fuerte Xóloc se encamina
Atravesando el espacioso lago
En varios bergantines, y extermina
El punto, de sus armas al estrago.
Sembrando inèxorable la ruina
Extiende el invasor su fiero amago,
Y tala sin piedad las poblaciones
Ya que domar no puede á las naciones.

Contempla **Cuauhtemoc** el movimiento
Del enemigo; mírase cercado,
Y sin perder su heróico atrevimiento,
Se apresta á defenderse denodado.
Empero el popular asentimiento
Anhelando obtener, apresurado
A nueva junta á sus guerreros llama
Y con acento concentrado exclama:

"En torno nuestro el invasor extiende
Su numeroso ejército, que encierra
Como la ajorca al brazo de que pende,
En un círculo estrecho nuestra tierra.
El enemigo esclavizar pretende
A nuestra patria, que el pendon de guerra
En su santa defensa levantara
Cuando á su suelo el invasor llegara.

"Solos para luchar hemos quedado;
En vano es pretender nueva alianza;
Del enemigo el cerco ha vulnerado
Esa rica y legítima esperanza.
No quiero que mi pecho, aconsejado
Por la terrible voz de la venganza,
Determine de Anáhuac el destino,
De la guerra lanzándose al camino.

"El Malinche la paz tiene propuesta,
De nuestras vidas dando garantía;
Y aunque la he rechazado en mi respuesta,
Forzoso es que os lo diga la voz mia.
Tal vez la guerra nos será funesta;
Significa la paz la tiranía:
Entre esos males elegid ahora;
O paz servil, ó guerra asoladora."

Dijo, y la vista en torno dirigiendo
Aguarda la respuesta: en tal instante
De entre el concurso rápido saliendo
Un jóven de su rey llega delante.
Lleva la diestra al corazon, haciendo
Sumisa reverencia; alza el semblante
Despues que el manto del monarca besa,
Y con viril acento así se expresa:

"Quizás mi voz no siendo autorizada,
Carecerá esta vez de valimiento;
Pero el peligro de la patria amada
Justifica mi audaz atrevimiento.
En esta junta noble y elevada,
A las filas del pueblo represcnto:
Simple soldado soy; pero aseguro
Que es limpio como el sol mi nombre oscuro.

"Simple soldado soy; pero he sabido
Vencer en recia lid al castellano,
Cuya invasion audaz han resistido
Las falanges del pueblo mexicano.
Nombrado por las masas he venido
A asegurar de nuevo al soberano,
Que á la ciudad el porvenir no arredra
En tanto quede piedra sobre piedra.

"¡No hay que aceptar la paz! Antes la vida
Que el honor al tirano entregarémos;
Es baldon la existencia envilecida,
Y nunca como tal la aceptarémos.
Trae consigo la paz mortal herida;
Pereciendo en la lid, alcanzarémos
De la inmortalidad justo renombre
Que en la futura edad al mundo asombre.

"¡Guerra! gritemos, pues, entusiasmados;
¡Guerra! ¡guerra! los ecos repercutan;
¡Guerra! y más ¡guerra! clamen los soldados
Miéntras hechos heróicos ejecutan.
¡Guerra! al morir exclamen esforzados
Los que á la patria, al sucumbir, enlutan,
Y de Anáhuac conmuévase la tierra
Al resonar doquier la voz de ¡guerra!"

Dijo, y vibrando su sonoro acento
Cual las notas severas y marciales
De la guerrera trompa, el ardimiento
Crece en el corazon de los leales.
Prestan á **Cuauhtemoc** el juramento
De rechazar la paz los generales;
Y el rigor aceptando de la suerte,
Dispónense á luchar hasta la muerte.

Semejante á una isla, á la defensa
Tenochtitlan se encuentra preparada;
Por todas partes la laguna extensa
Cerrada tiene al invasor la entrada.
En su recinto muchedumbre inmensa
De guerreros espera entusiasmada
Que se acerque el ejército enemigo
Para darle en la lid mortal castigo.

Recorriendo la líquida llanura
Del lago multitud de embarcaciones,
Sin anclas ni timon ni arboladura,
Contienen mexicanos escuadrones.
La fuerza de los remos apresura
De tal suerte su marcha, que á ocasiones
Cual flechas se deslizan en las aguas
Las esbeltas y rápidas piraguas.

En las menudas ondas aparecen
Las compactas secciones de guerreros;
Las blandas brisas estivales mecen
Sus tocados de plumas altaneros.
Sus arreos de guerra resplandecen
Heridos por el sol; y cuando fieros
El arco extienden con segura mano,
Los sublima su porte soberano.

De súbito aparece en lontananza,
Cual si del lago azul surgido hubiera,
La escuadra de Cortés que altiva avanza
A la ciudad, que sin temor la espera.
La flota de piraguas se abalanza
Sobre los bergantines, de manera
Que en breve alcanzarán las férreas proas
De los barcos las ágiles canoas.

Como flexible y colosal serpiente
Cuyo cuerpo se agita, y ondulando
Avanza aterradora é imponente
Sus variados colores ostentando;
De suerte iguál el lago trasparente
Van las piraguas rápidas surcando,
Y al ondular presentan á lo léjos
De diversos matices los reflejos.

Tambien los bergantines se apresuran
A dar caza á la flota mexicana,
Y, bogando con ímpetu, procuran
Desbaratar la línea más cercana.
Los guerreros aztecas se aventuran
En lucha desigual y sobrehumana,
Lanzándose á los barcos artillados
Y apresarlos pretenden esforzados.

Las piraguas, en raudo movimiento,
A la escuadra española al fin rodean
En el centro del lago, y con violento
Ardor los mexicanos clamorean.
Despues, con el bizarro atrevimiento
Que de continuo al combatir emplean,
Intentan asaltar al enemigo
En su flotante poderoso abrigo.

Entónces ¡oh terror! cada velera
Embarcacion contraria se convierte
En fortaleza, que vomita fiera
Por todos lados exterminio y muerte.
Pronto de las piraguas la barrera
Queda despedazada al rudo y fuerte
Estrago de las armas españolas
Que las envuelven en las breves olas.

Pero aun así, la gente mexicana
En arrollar al invasor insiste;
Sigue á nado á la flota castellana
Que á la agresion con su poder resiste.
Quién blandiendo terrible la macana
El duro casco de la nave embiste;
Quién de un cordel llegando á apoderarse
Logra en el bergantin precipitarse.

Y en la terrible lucha que sustentan
En medio de las aguas los guerreros,
Como invencibles genios representan
El poder que los hace más severos.
Por todas partes el peligro aumentan,
Y sin salir del agua, van ligeros
Para ofender las reforzadas quillas
Que convertir intentan en astillas.

Los hombres se revuelven agitados
En medio de la líquida llanura,
Y de odio y de rencor arrebatados,
El combate prosiguen con bravura.
Sin descanso ni tregua entusiasmados,
Mandan al español muerte segura
En las certeras flechas que le lanzan
Cuando á las naves con ardor avanzan.

Sostiénese terrible el enemigo;
Truena el cañon y silba la metralla,
Llevando muerte y destruccion consigo
En tan horrenda y desigual batalla.
De las seguras naves al abrigo
El fuego de arcabuz tambien estalla,
Hasta que al fin el homicida estrago
En rojo torna el trasparente lago.

Vénse despues surcar aceleradas
El lago aquellas naves arrogantes,
En tanto que en las olas agitadas
Sobrenadan los miembros palpitantes.
En restos de piraguas destrozadas
La salvacion procuran anhelantes
Los que fueron, luchando decididos,
Desbaratados, pero no vencidos.

Tenochtitlan, en tanto, se dispone
A rechazar al invasor que avanza;
Y, sin temor, en sus guerreros pone
El noble **Cuauhtemoc** su confianza.
Del enemigo la crueldad no impone
A los pechos sedientos de venganza
El pánico terror que inspiraria
A quienes no tuvieran su osadía.

Están los mexicanos escuadrones
Dispuestos al combate; por doquiera
Las indomables bélicas legiones
Defienden la ciudad con ansia fiera.
Palpitan con afan los corazones
Cuyo ánimo en el riesgo no se altera;
Y de odio y de rencor arrebatado,
La lucha aguarda el pueblo entusiasmado.

Cortés, del fuerte Xóloc con su gente
Sobre Tenochtitlan marcha atrevido;
La calzada atraviesa diligente
Que el mexicano Rey no ha defendido.
Contra el asalto, **Cuauhtemoc** valiente
En la ciudad se encuentra prevenido;
Manda que se abandone el primer foso
Para que avance el enemigo odioso.

De Cortés adelantan los guerreros;
Rebasan la primera cortadura,
Y listos en la diestra los aceros,
A la ciudad avanzan con bravura.
Van á la descubierta en los ligeros
Corceles, con durísima armadura,
Los bravos capitanes, que á porfía
Demuestran entereza y osadía.

Tenochtitlan se agita en tal instante;
Resuenan los sagrados instrumentos;
Se alza de guerra el grito resonante,
Y tiembla la ciudad en sus cimientos.
El mexicano ejército, anhelante
Y cediendo á sus bélicos intentos,
Contra las huestes de Cortés se lanza
Sediento de rencor y de venganza.

"¡Victoria ó muerte!" claman los soldados
Cerrando el paso al invasor odioso,
Y con afan los hombres agitados
La orilla cubren del segundo foso.
Sobre ellos adelantan esforzados
Los hombres de Cortés, que valeroso
Marcha de su legion á la cabeza
Dando muestras de arrojo y entereza.

Del ancho foso en la interior orilla
Están los mexicanos impacientes;
El entusiasmo en las miradas brilla
De luz bañando las altivas frentes.
Cuauhtemoc, que las huestes acaudilla
De los guerreros de Anahuác valientes,
Recorre la ciudad con ansia fiera
Sembrando el patrio amor por donde quiera.

Y se da la señal de la batalla;
Dispáranse los dardos silbadores,
Y mézclanse al fragor de la metralla
Los gritos de venganza atronadores.
De los preñados bronces pronto estalla
El fuego que les da á los invasores
En la guerra ventaja tan terrible,
Que á su ejército torna en invencible.

Sobre las aceradas armaduras
Que visten los soldados extranjeros,
Resuena el golpe de las piedras duras
Que con ardor les lanzan los honderos.
Recorriendo del lago las llanuras
Llegan los bergantines altaneros,
Y pronto cada nave se convierte
En instrumento de espantosa muerte.

En corto espacio el fuego sostenido
Envuelve en humo denso la calzada,
Y la zanja que el pueblo ha defendido
Es por el adversario arrebatada.
Hernan Cortés dirígese atrevido
A la ciudad, en marcha acelerada,
Protegiendo á sus bravos escuadrones
El fuego destructor de los cañones.

De **Cuauhtemoc** las huestes valerosas
No se intimidan al terrible estrago;
Por todas partes llegan animosas
Llevando al invasor constante amago.
Del español las armas poderosas
Podrán vencer en el combate aciago;
Pero los mexicanos á porfía
Ejemplo son de heróica bizarría.

Y la columna á la ciudad avanza
Las horrísonas armas disparando,
Y al rudo empuje de la aguda lanza
Va las contrarias filas separando.
Cuauhtemoc no abandona la esperanza
De obtener la victoria, y alentando
La indomable altivez de sus guerreros,
Resiste á los audaces extranjeros.

Más que zanja, segura fortaleza
Halla en el nuevo foso el enemigo;
De innúmeros soldados la entereza
Lo guarda de las casas al abrigo.
Las piedras, disparadas con destreza,
Llevan al invasor fuerte castigo,
Sin que logre el poder de sus cañones
Desbaratar de Anáhuac las legiones.

Sólo logra morir quien se aventura
A pretender salvar el ancho foso,
Pues contiene su arrojo y su bravura
De las piedras el golpe poderoso.
En breve la espaciosa cortadura
Se convierte en un antro pavoroso,
Que al ir tantos cadáveres tragando
Va su seno fatídico llenando.

Avanza una seccion de ballesteros
Que sobre el ancho foso un puente arroja,
Y con sus tiros fuertes y certeros
Del muro al enemigo desaloja.
Se lanzan atrevidos los guerreros
Del español, con la armadura roja
De la sangre que manan, y animosos
Retan á los contrarios valerosos.

Del templo de *Huitznáhuac*,[36] que cercano
Está de la atacada cortadura,
Se posesiona el pueblo mexicano,
Y al español resiste con bravura.
A defender el punto el soberano
Cuauhtemoc, con denuedo se apresura,
Y ejemplo dando á su esforzada gente,
En la terrible lucha entra valiente.

Las tropas de Cortés salvan el foso
Y el templo atacan con arrojo y brío;
Pero su empuje rudo y espantoso
Valiente ataja el lidiador gentío.
Truena en breve el cañon, que poderoso
Arroja al pueblo el exterminio impío,
Y el invasor audaz con ansia ciega
Al pié del templo defendido, llega.

Cubriendo están la extensa gradería
Del templo, mexicanos escuadrones
Dispuestos á oponerse á la osadía
Que muestran los iberos pelotones.
Del bravo **Cuauhtemoc** la bizarría
Derrama en los valientes corazones
De sus tropas, la fe y la confianza
Para cobrar legítima venganza.

De Cortés adelantan los guerreros
Para atacar la defendida altura,
Y blandiendo terribles los aceros,
Emprenden el asalto con presura.
Agítanse en las gradas los flecheros,
Del monarca á la voz firme y segura,
Y de rencor sus pechos agitados,
A la lid se disponen denodados.

Trábase formidable la batalla;
Se buscan las legiones contendientes;
El fuego de cañon rompe la valla
De los guerreros de Anahuác valientes.
Rebasando del templo la muralla,
Logran llegar las castellanas gentes
Al pié de la elevada gradería,
Y ocuparla pretenden con porfía.

Pero en la altura, **Cuauhtemoc,** osado
Dirige de Huitznáhuac la defensa,
Y no cede su pecho levantado,
Del enemigo ante la turba inmensa.
Igualándose al último soldado,
Él mismo manda al invasor su ofensa,
Siendo en el arco tan terrible y fuerte
Que cada tiro suyo da la muerte.

A su ejemplo los bravos escuadrones
De vencer no abandonan la esperanza,
Y ardiendo en patrio amor los corazones,
Palpitan á la voz de la venganza.
El invasor, en varias direcciones
Sobre el teocalli con arrojo avanza;
De sus cañones multiplica el fuego,
Y el decisivo ataque emprende luego.

De sangrientos cadáveres cubierta
Del templo está la vasta gradería;
Y el conjunto de víctimas despierta
Más y más en el pueblo la osadía.
La contraria actitud no desconcierta
Al invasor, que en su pujanza fia:
"¡Por España!" Cortés grita con brío
Y acomete su ejército al gentío.

Sufren el choque en las primeras gradas
Los que el asalto intentan atrevidos;
Y á pesar del poder de sus espadas
Son por los mexicanos detenidos.
En luchas personales y esforzadas,
Se ven aquellos hombres confundidos,
A veces en la sangre resbalando
Que está de los cadáveres manando.

Llegan las dos legiones adversarias
En íntimo combate á revolverse,
Y ejecutando acciones temerarias,
Logran á igual altura mantenerse.
Con el hierro que visten las contrarias
Tropas, quizás podrán sobreponerse
Al denuedo terrible y soberano
Con que batalla el pueblo mexicano.

"¡Al gran teocalli!" el soberano grita,
"Dejad al enemigo que adelante;"
Y al templo principal se precipita
Seguido por el pueblo delirante.
A sus hombres Cortés valiente excita,
Y á su potente voz corre anhelante
La legion invasora de su mando,
Rápida los obstáculos salvando.

Como raudo atraviesa el torbellino
Del desierto los campos espaciosos,
Arrollando iracundo en su camino
Los corpulentos árboles añosos;
Así avanza el ejército asesino,
Llenando con afan los anchos fosos
Con trincheras, que encuentra abandonadas
Y destruyen sus picas aceradas.

El gran teocalli suben atrevidos
Siguiendo á Hernan Cortés sus campeones,
Y en la cima del templo, enardecidos
Clavan los castellanos pabellones.
Suenan de pronto roncos alaridos
Que llenan de terror los corazones;
Y altivo llega **Cuauhtemoc** al frente
Del mexicano ejército valiente.

Y la azteca legion, como si fuera
Un proyectil humano, cae unida
Sobre el contrario, á quien el riesgo altera
De la agresion ni vista ni sentida.
En vano el capitan, con voz severa
Manda cargar á su legion temida;
Los hombres ¡ay! la salvacion buscando
Van la escalera rápidos rodando.

En su espantosa fuga los guerreros
Dejan al enemigo los pendones
Que en el templo clavaron altaneros,
Y huyen abandonando los cañones.
Los mexicanos, acosando fieros
A los desordenados escuadrones,
Los persiguen ansiosos de tal suerte,
Que á todo el que vacila dan la muerte.

Aparecen de pronto en los canales
Que cruzan la ciudad, barcas ligeras
Que ocultaron entre ásperos breñales
A varias tribus fuertes y guerreras.
Disparando afilados pedernales,
Ofenden á las gentes extranjeras,
Al pasar en su fuga apresurada
Para ganar de Xóloc la calzada.

En medio del desórden infinito
Que siempre trae consigo la derrota,
Resuena airado de venganza el grito
Que al pueblo vencedor más alborota.
A medida que crece el inaudito
Riesgo, la confusion de nuevo brota
Entre los perseguidos invasores
Que del pánico sienten los horrores.

Logran salir al fin, aunque diezmados,
De la egregia ciudad los fugitivos,
A su suerte dejando abandonados
A los que fueron en la lid cautivos.
De diferentes cuerpos mutilados
Aparecen los miembros repulsivos,
En toda la extension que recorrieron
Los que vencidos rápidos huyeron.

En tal sazon, el pueblo mexicano
Celebra de sus armas la victoria,
Y en triunfo conduciendo al soberano,
Ávido aclama su fulgente gloria.
Del invasor despótico y tirano
No le amedrenta la fatal memoria,
Porque sabrán los valerosos pechos
Defender de la patria los derechos.

Al són del teponaxtli las legiones
Recorren la ciudad, y entusiasmados
Los guerreros arrastran los cañones
Al audaz invasor arrebatados.
Los caudillos agitan los pendones
Que fueron en el templo abandonados,
Y el regocijo público afianza
Del victorioso pueblo la venganza.

FIN DEL CANTO SÉTIMO.

CANTO OCTAVO.

Estado que guarda el Anáhuac por la guerra.—Los invasores atacan la gran Tenochtitlan para destruirla.—Táctica que en su defensa emplean los mexicanos.—Ultima proposicion de paz, rechazada por Cuauhtemoc.—Aniversario de la *Noche Triste*.—Asaltan la ciudad los invasores por diferentes puntos.—Logran llegar al canal de Tlatelolco.—El pueblo cae formidable sobre el enemigo.—Combates personales.—Apresamiento de Cortés.—Es libertado por sus guerreros.—Derrota general de las fuerzas españolas.—Demostraciones de regocijo público.

Brilla de Anáhuac en el limpio cielo
De cóncavo zafiro fabricado,
La luz que alumbra su fecundo suelo
De exuberantes flores esmaltado.
Llegan las aves en garboso vuelo
Al manguero de frutos recargado,
Y con su voz, que es fuente de armonía,
Un himno elevan saludando al dia.

Blandas corren las brisas perfumadas,
En las lomas meciendo los maizales,
Y rizando las aguas azuladas
De los múltiples lagos y canales.
Murmuran al correr precipitadas
Las linfas de los frescos manantiales,
Y en los campos do siguen su derrota,
Dilatado jardin por ellas brota.

Susurran en los bosques de sabinos
Las hojas por Favonio estremecidas;
Altivas yerguen los perennes pinos
Sus cimas por el Bóreas sacudidas.
Remueven de la selva los espinos
Las panteras que pasan atrevidas,
Formando esos rumores la grandeza
Con que eleva su voz Naturaleza.

El colibrí, posándose en las flores,
Libando está su esencia deliciosa;
El zenzontle, cantando sus amores,
Inquieto acude á la enramada umbrosa.
Ostentando bellísimos colores
Revuela la pintada mariposa,
Perseguida por rauda filomena
Sobre la faz de la menuda arena.

Avanza el astro rey vivificando
De Anáhuac el Eden maravilloso,
Y de alma luz la cúspide bañando
Del gigante de nieve esplendoroso.[37]
Despues, hácia Occidente adelantando,
Tiñe los horizontes majestuoso
Con piélagos brillantes de oro y gualda
Que envuelven á las selvas de esmeralda.

Guardando la region del Mediodía
Se alzan de Ajusco los soberbios montes,
Cuya elevada y vírgen serranía
Interrumpe los vastos horizontes.
Vagando en numerosa compañía
Recorren los venados y bisontes
Esos sitios agrestes, cuya altura
El hombre á escudriñar no se aventura.

Al Septentrion elévanse, desnudos
De la vegetacion que en torno impera,
Cual valla natural, cerros agudos
Que forman del Anáhuac la frontera.
Más cerca el Tepeyac los golpes rudos
Pára del Bóreas, que con ansia fiera
Lleva incesantemente sus estragos
A la reina encantada de los lagos.

En su grandeza irguiéndose atrevido,
Fin marcando á las lomas del Poniente,
Chapultepec, de las delicias nido,
Aparece soberbio é imponente.
Allí su parque está de gris vestido,
Allí brota la límpida corriente
Del agua saludable que mitiga
La ardiente sed de la ciudad amiga.

¡Cuán grande es del Anáhuac la hermosura!
¡Con qué fecundidad Naturaleza
Vistió sus campos de eternal verdura
Y dió á sus lindas flores la pureza!
Es el Anáhuac virginal criatura
Que plugo al Hacedor, en su grandeza,
Formar con luz y pájaros y flores
Para que fuera Eden de los amores.

Pero ¡ay! ese encantado paraíso,
Venero de sublime poesía,
Se estremeció en sus centros de improviso
Al horrendo fragor de guerra impía.
Extranjera legion al pueblo quiso
Avasallar con fiera tiranía,
Y al terrible poder de sus cañones,
Arrasó sin piedad las poblaciones.

Con sangre el fértil suelo salpicado,
Perdida tiene ya la exuberancia;
Las flores que la lucha ha marchitado,
Carecen de color y de fragancia.
No cubren ya las mieses el collado
Prometiendo á los hombres la abundancia;
En toda la extension del rico suelo
Se ve dolor, y luto y desconsuelo.

Y no es la destruccion de cruda guerra
Lo que á los pueblos mexicanos daña;
Los hijos valerosos de esa tierra
Son héroes que ambicionan la campaña.
Lo que asoló del valle y de la sierra
Los encantados sitios, fué la extraña
Presencia de los hombres que llegaron
De allende el mar y el territorio hollaron.

Del invasor la planta aborrecida,
No el poder de sus armas estruendosas,
Tornó en mustia la tierra bendecida
Que fué lecho de nardos y de rosas.
No volverán en la estacion florida
A embalsamar las auras misteriosas
Las mosquetas que nacen enlazadas
A los troncos de espesas enramadas.

No volverán acaso los canales
A recorrer los huertos y jardines,
Que abarcando los líquidos cristales,
Llegan de la laguna á los confines.
Confundirse entre zarzas y breñales
Los hicieron los fieros bergantines,
Que de sus armas al terrible estrago
Asolaran tambien el terso lago.

No volverán quizás á los fulgores
Que derraman la luna y las estrellas,
A prometer la fe de sus amores
Temblando ruborosas las doncellas.
No volverán ni siervos ni señores
A acariciar las esperanzas bellas,
De hacer que sientan el primer latido
Sus corazones que de amor son nido.

No volverán..... Pero ¿se debe acaso
Abandonar del triunfo la esperanza?
¿El pueblo se halla, en su desdicha, escaso
De nobles pechos llenos de pujanza?
¿No se alza en la ciudad de Oriente á Ocaso
Con altivez el grito de venganza?
¿No es **Cuauhtemoc** el ínclito caudillo
Que da á la patria esplendoroso brillo?

Mueve á los mexicanos escuadrones
Que alcanzaron el triunfo, sacro aliento,
Y en los arrebatados corazones
Recrece más y más el ardimiento.
Provocan del contrario á las legiones
Para darles en lid nuevo escarmiento:
Así la gran Tenochtitlan altiva
Aguarda la batalla decisiva.

El invasor está posesionado
De los puntos que audaz arrebatara
A los pueblos del Valle, cuando airado
Con sus fuertes legiones los talara.
Cerca de *Petlacalco*[38] está Alvarado
Con su tropa asesina, que con rara
Celeridad los fosos fué cubriendo
Al ir muros y casas destruyendo.

Al pié del alto Tepeyac se halla
Gonzalo Sandoval con sus guerreros,
Para ir á Tlatelolco en la batalla
Que pronto librarán los extranjeros.
Circunda á la ciudad terrible valla
Formada de mortíferos aceros,
Y guardan de los lagos los confines
Los soberbios y fuertes bergantines.

Considera Cortés que es vano intento
Pretender arrojar de sus hogares
A un pueblo que con fe y con ardimiento
Defiende en recia lid sus patrios lares.
Preciso es con audaz atrevimiento
Las casas arrasar y los altares,
Para atacar despues al enemigo
Sin que lo cubra salvador abrigo.

Verificando asaltos diferentes
Asedian la ciudad los invasores,
Que á medida que avanzan impacientes,
Tórnanse más en genios destructores.
Los corazones nobles y valientes
De los de Anáhuac fieles defensores,
Laten en riesgo tal con más denuedo
Sin doblegarse ni al terror ni al miedo.

Desbaratando en su terrible empuje
Todo lo que halla la legion impía,
La tierra misma estremecida cruje
Al trueno de la ronca artillería.
Embravecido el pueblo, fiero ruje,
Y oponiendo á la osada tiranía
El seguro baluarte de sus pechos,
Defiende de la patria los derechos.

No cesa **Cuauhtemoc** en la fatiga
Que la sagrada obligacion le impone;
Su noble pecho la esperanza abriga,
Y en triunfar en la lid su celo pone.
Sin tregua hostilizando á la enemiga
Tropa, tenerla á raya se propone,
Para que falta de vigor y aliento
No lleve á más su criminal intento.

En las nocturnas sombras, los soldados
Del caudillo de Anáhuac valeroso,
Ofenden incansables y esforzados
A los guerreros del contrario odioso.
Los de Cortés resisten denodados
El amago incesante y poderoso
De la arrojada multitud que ansía
Domar del adversario la porfía.

Construyen invisibles estacadas
En el fondo del lago, y atrayendo
A las naves, por tropas tripuladas,
Las atacan con ímpetu tremendo.
Las fuerzas españolas, acosadas,
Sin poder maniobrar, van pereciendo,
Quedando, por lo rudo del embate,
Dos bergantines fuera de combate.

El dios Huitzilopochtli es trasladado
De Tlatelolco al templo majestuoso,
Y queda su recinto custodiado
Por escuadron altivo y numeroso.
Desde ese punto **Cuauhtemoc** osado
La defensa dirige valeroso,
Que es Tlatelolco el último baluarte
Que abriga de la patria al estandarte.

Nuevos asaltos atrevido intenta
Cortés con su legion infatigable,
Que al proseguir su marcha turbulenta
Arrasa la ciudad inexorable.
Un monton de ruinas representa
La gran Tenochtitlan, que al formidable
Choque de los audaces invasores
En cardos trueca sus preciadas flores.

Por el voraz incendio consumidos
Los víveres que el Rey guardar hiciera,
Se ven los defensores reducidos
A situacion desesperada y fiera.
A perecer los hombres decididos
Están en derredor de su bandera,
Sin que llegue su heróica bizarría
A ceder al rigor del hambre impía.

Y van los adalides mexicanos,
Sin tener de las casas el abrigo,
Con los desnudos pechos soberanos
A retar en su línea al enemigo.
En incesante lid los castellanos
Van pereciendo al vengador castigo
De las tropas de Anáhuac, que terribles
En tal lucha parecen invencibles.

El estandarte mexicano ondea,
La arrogancia de su águila ostentando,
Y el pueblo al contemplarlo victorea,
De vencer la esperanza alimentando.
Sostiénese terrible la pelea,
La ciudad más y más aniquilando;
Pero de sus ruinas se levanta
La voz que llama á la defensa santa.

Y de cada fragmento abandonado,
Que del pueblo pregona la grandeza,
Dispuesto á combatir surge un soldado
Lleno de patrio amor y fortaleza.
Quién, blandiendo la clava denodado,
Vence del castellano la fiereza;
Quién, lanzando las flechas, se convierte
Para el contrario en implacable muerte.

Tambien los españoles atrevidos
Se arrojan sobre el pueblo valeroso,
Y por sus armaduras protegidos,
Sostienen el combate fatigoso.
No existen vencedores ni vencidos;
De la victoria el astro esplendoroso
No brilla aún en el hermoso cielo
Que de bóveda sirve al rico suelo.

De nuevo Hernan Cortés la paz propone
Al indomable heróico soberano,
Que resistencia tan terrible opone
Al bélico poder del castellano.
El noble **Cuauhtemoc,** que es en quien pone
Su confianza el pueblo mexicano,
Contesta así con desdeñoso acento
Del enemigo al vil atrevimiento:

"En nuestros bravos corazones arde
El patriótico amor inextinguible,
Y no fué vano ni ostentoso alarde
Aceptar esta lid cruda y terrible.
Nunca el Anáhuac cederá cobarde
Su tierra al extranjero aborrecible,
Que no logra al poder de sus cañones
Vencerá sus indómitas legiones.

"Vuelve y di á tu señor, que miéntras tanto
Quede un hombre con vida en esta tierra,
Os mandará la muerte y el espanto
A la sagrada voz de ¡patria y guerra!
El entusiasmo varonil y santo
Que en nuestras almas férvidas se encierra,
Hará que conquistemos la victoria
Cubriendo á la nacion de eterna gloria.

"Dí á tu señor que los aztecas fieros,
Ántes que indigna paz, quieren la muerte;
Que acabarán cual cumple á los guerreros
Si los destina á perecer la suerte.
Que serán impotentes los aceros
Del enemigo numeroso y fuerte,
Miéntras le quede á mi robusta mano
Un dardo vengador para el tirano."

Así se expresa **Cuauhtemoc** valiente,
Que en el pueblo derrama la esperanza,
Y á su sonora voz se alza potente
El formidable grito de venganza.
Aparece más puro y refulgente
El sol de la victoria en lontananza,
Para alumbrar con esplendor divino
Al pueblo de los triunfos el camino.

Trece veces nació la blanca luna
Del bello Anáhuac en el limpio cielo,
Desde que dió á sus armas la fortuna
El triunfo que se canta con anhelo.
Trece veces brillando una por una
Alumbró ensangrentado el fértil suelo,
Porque el furor de la homicida guerra
Roja mantiene sin cesar la tierra.

Aún la memoria de la Noche Triste
Conserva fresca el pueblo mexicano;
Del bravo Cuitlahuác el nombre existe
Como timbre de gloria soberano.
El recuerdo fatal tambien asiste
Al orgulloso jefe castellano,
Que el decisivo ataque ha prevenido
En fecha igual á en la que fué vencido.

Todo dispuesto á la invasion se halla:
Cortés de Xóloc parte con su gente;
Alvarado comienza la batalla
En Petlacalco, que ocupó valiente.
Dispara Sandoval recia metralla,
Del Tepeyac marchando diligente;
Y á la sazon las naves en el lago
Llevan tambien su poderoso amago.

De **Cuauhtemoc** los bravos campeones
Preparan con valor la resistencia;
De arrogantes flecheros las secciones
Cubren de los teocallis la eminencia.
Sin temor al poder de los cañones,
Y vencer anhelando en su impaciencia,
Alzan de guerra el grito formidable
Que es anuncio de muerte inexorable.

Al asalto dirígense atrevidas
Del español las huestes animosas,
Y las varias columnas decididas
A la ciudad avanzan silenciosas.
Van en su lenta marcha precedidas
Por chusmas de traidores numerosas,
Gente que para entrar en la batalla
Resguarda al invasor como muralla.

Llega Cortés, que su legion preside,
Al templo principal, ya abandonado;
La retaguardia cubre, y subdivide
En tres grupos su ejército esforzado.
Ningun peligro adelantar le impide
Hasta el canal del Norte, y apoyado
En la mortal y ruda artillería,
Al pueblo mexicano desafia.

Sostiene con denuedo la batalla
El pueblo entusiasmado y valeroso,
Peró el fiero poder de la metralla
Logra arrancarle el defendido foso.
Libre por fin de la enemiga valla
Adelanta Cortés, y presuroso
Incendia y tala y sin piedad destruye
Cuanto su marcha en la ciudad obstruye.

Arrollando á las huestes mexicanas
Que sin cesar encuentra en su camino,
Va Cortés con las tropas castellanas
Avanzando cual raudo torbellino.
¿Qué son en esa lucha las macanas
Contra el fuego terrible y asesino
De las armas que hicieron superiores
En la lid á los fieros invasores?

El gran canal de Tlatelolco alcanza,
Y á cruzarlo dispónese valiente,
Cuando el grito de guerra y de venganza
Los espacios inunda omnipotente.
Como señal terrible de matanza
El teohuéhuetl resuena de repente.
Mezclándose del pueblo el alarido
A su tonante asolador sonido.

El caracol de **Cuauhtemoc** resuena
La region de los vientos asordando,
Y el bélico clamor de aliento llena
Al pueblo, que es sublime batallando.
El soberano, con la faz serena,
Aunque de odio su pecho rebosando,
Forma con sus guerreros fuerte valla
Para librar valiente la batalla.

Bello aparece el adalid osado
Con la régia corona en la cabeza;
En sus hombros el manto colocado
Mostrando su poder y su grandeza.
Está de ricas plumas adornado,
Y completan su garbo y gentileza
El carcax á la espalda bien provisto
Y en la siniestra mano el arco listo.

Siguiendo las calzadas diferentes
Que á la ciudad conducen, van marchando
A Tlatelolco, altivos é insolentes,
Los que de la invasion forman el bando.
Sandoval y Alvarado están, valientes,
Con las bravas legiones de su mando,
Combatiendo terribles y animosos
Y con los muros allanando fosos.

Del teohuéhuetl el eco inexorable
Que á la soberbia tempestad imita,
Llenando los espacios implacable
Al pueblo lidiador de nuevo irrita.
Cual suele la avalancha formidable
Que de abrupto peñon se precipita
Ensancharse al rodar, de igual manera
Crece el pueblo en su rápida carrera.

Y así como destruye lo que toca
La avalancha que sigue hasta el abismo,
Así el pueblo, con ansia fiera y loca,
Quebranta á la legion del despotismo.
La mexicana grey, á quien provoca
Para lidiar la voz del patriotismo,
A la batalla desigual se lanza
En pos, más que de gloria, de venganza.

Siembra el pavor el tétrico instrumento
En las audaces filas extranjeras,
Que perdiendo el valor y atrevimiento,
Del sitio del combate huyen ligeras.
En vano Hernan Cortés el ardimiento
Pretende que renazca en las guerreras
Legiones con el toque belicoso
Del clarin que resuena poderoso.

Confusa, atropellándose la gente
Para salvarse del peligro horrendo,
Junta se precipita sobre el puente,
Que al peso cede con terrible estruendo.
Entónces ¡ay! los hombres raudamente
En el canal revueltos van cayendo,
Y por sus propias armas amagados
Perecen entre angustias los soldados.

Acuden sin cesar los defensores
A la batalla en masa confundidos,
Y con gritos de guerra atronadores
Retan á sus contrarios sorprendidos.
Cercados por doquier los invasores
Tendrán que sucumbir, y decididos
Los jefes á entregar cara su vida,
Se aprestan á la lucha tan temida.

Gonzalo Sandoval lidia esforzado
Contra diez enemigos altaneros,
Y con su férreo escudo resguardado
Pára los golpes rudos y certeros.
Su escuadron, en tal riesgo, apresurado
A socorrerlo acude, y los aceros
Blandiendo á la sazon con osadía,
La batalla renuevan á porfía.

Al frente de la tropa mexicana
Que al atrevido Sandoval acosa,
Un azteca de fuerza sobrehumana
Dirige la refriega valerosa.
Su diestra mano esgrime la macana,
Que al dar en el acero poderosa,
Rompe la vestidura del contrario
Que resiste su golpe temerario.

Deshecha por los golpes la celada
Del yelmo que á Gonzalo defendiera,
Aparece su faz ensangrentada,
Aunque llena de arrojo y altanera.
Al formidable impulso de su espada,
Que como el rayo da muerte ligera,
Sin cesar van cayendo los soldados
Que á tal jefe agredieron esforzados.

Alvarado tambien en la pelea,
Afrontando el peligro, se defiende
Con valor; atrevido forcejea
Con un contrario atleta que le ofende.
En su mirada la ira centellea
Cuando animoso en su redor la tiende,
Y oponiendo á los riesgos su energía,
Vencer al fin su corazon confia.

El bravo atleta, Tzilacátl se llama:
Es su veste la piel de una pantera;
El rencor de sus ojos se derrama
Al ver del enemigo la bandera.
Al distinguir al español, exclama
Con ronca voz á la que el odio altera:
"¡Tonatiuh! ¡Tonatiuh!" y osadamente
Del feroz Alvarado llega al frente.

Blande el Hijo del Sol la férrea espada
Y altivo espera al enemigo fuerte,
Que con la tosca mano desarmada
Puede dar á Alvarado pronta muerte.
Como la tigre, viéndose acosada,
Se arroja á su enemigo, de igual suerte
El valeroso Alcides mexicano
Con rapidez se arroja al castellano.

Entáblase una lucha valerosa
Entre los dos soberbios campeones:
El español, con fuerza prodigiosa
Rechaza sin cesar las agresiones.
En esa lid terrible y espantosa,
Que semeja un combate de leones,
El hierro cruje haciéndose pedazos
Sólo al poder de los hercúleos brazos.

La tenaz agresion no desconcierta
Ni debilita al español valiente,
Que á dominar á su enemigo acierta
Asiéndolo con mano prepotente.
Más fiera en Tzilacátl la ansia despierta
De vencer á Alvarado, y de repente,
Prorumpiendo en horrísono alarido,
La libertad recobra decidido.

Aprovecha Alvarado el breve instante
De tregua que lograra, y con presura
Marcha con el acero hácia el gigante,
Que nueva lucha comenzar procura.
El castellano, altivo y arrogante,
Provoca del azteca la bravura,
Y éste levanta el brazo poderoso
Obediente á su instinto rencoroso.

De nuevo Tzilacátl se precipita
Sobre el aborrecido caballero,
Pero éste el golpe formidable evita
Y hiere al mexicano con su acero.
Entónces Alvarado, á quien excita
A combatir el ansia de guerrero,
En busca va de su dispersa gente
Y en la espantosa lid entra valiente.

En las cercanas calles los soldados
Sostienen con ardor recia batalla;
Pero por todas partes acosados
Salvar no pueden la invencible valla.
A su jefe distinguen, y agitados
Cobran nuevo valor miéntras estalla
En sus valientes pechos la vehemencia.
Del feroz Alvarado á la presencia.

Con la espada mandobles repartiendo
Para romper la valla irresistible,
El español, la multitud hendiendo,
A los suyos acércase terrible.
Despues, á sus soldados dirigiendo
Con su ejemplo, que raya en lo imposible,
Intenta ejecutar la retirada,
De Petlacalco entrando á la calzada.

De **Cuauhtemoc** el caracol guerrero
Resuena sin cesar; el soberano
Recorriendo los puntos va ligero
Para animar al pueblo mexicano.
Tambien en el combate carnicero
La muerte manda su certera mano,
Al arrojar la flecha poderosa
Para ofender á la invasion odiosa.

Y por doquiera el pueblo entusiasmado
Combate al enemigo con porfía;
No deja de luchar ningun soldado
Con temerario arrojo y osadía.
Los inocentes niños, al sagrado
Ejemplo de tan alta bizarría,
De guijarros proveen á los honderos
Y las flechas les dan á los arqueros.

Las mujeres tambien desde la altura
Ayudan de la patria á la defensa,
Mandando al invasor muerte segura
Con su incesante, varonil ofensa.
Por todas partes sin igual bravura
Agita al pueblo en la ciudad extensa,
Y en todo sér entusiasmado late
Un corazon sediento de combate.

Cortés en la inaccion no permanece
Miéntras dura batalla tan sangrienta;
El teohuéhuetl escucha, y se estremece
Al ronco són que aturde y amedrenta.
En el riesgo su mente resplandece,
Y á la brillante luz se le presenta
El sitio más temible y peligroso,
Y acude á él valiente y presuroso.

El inminente riesgo comprendiendo
Cortés, á su caballo aguijonea,
Y reveses y tajos repartiendo,
Entra con fiero ardor en la pelea.
El pueblo, á Hernan Cortés reconociendo,
Con febril regocijo clamorea,
Y expresando en sus gritos la venganza,
Al jefe aborrecido se abalanza.

Con vigoroso puño un mexicano
Arrebata la brida al caballero,
Miéntras descarga su siniestra mano
Un golpe en la coraza del guerrero.
Lánzase á tierra el fiero castellano,
Que listo tiene el matador acero,
Y con pujante y animoso brío
Él solo ataca al lidiador gentío.

Conmovedora y admirable escena
Ejecuta el intrépido soldado:
Tranquilo el corazon, la faz serena,
Se defiende valiente y esforzado.
"¡El Malinche!" "¡El Malinche!" tal resuena
La voz del pueblo que combate airado,
Y hallándose en la lucha unido y fuerte,
Prorumpe en gritos de implacable muerte.

Pero el peligro al capitan no aterra,
Como á la encina el aquilon no abate,
Y de cada mandoble arroja en tierra
A un enemigo fuera de combate.
Se abre de pronto el cerco que lo encierra,
Y con violento aterrador embate
Seis mexicanos llegan al guerrero
Y le acometen con impulso fiero.

Del español no cede la bravura
Al verse acometido de esa suerte;
Esquivar la agresion listo procura,
Y á dos de sus contrarios da la muerte.
Con rapidez entónces asegura
Su diestra armada, destructora y fuerte,
Otro de los valientes mexicanos
Que le doma al impulso de sus manos.

A su ejemplo los otros se abalanzan
Al caudillo español, y con presteza
En sus robustos brazos le afianzan
Quebrantando su osada fortaleza.
Cuando vencido á contemplarlo alcanzan,
A trasladarlo van con ligereza
Del dios Huitzilopochtli al edificio,
Para entregarlo al cruento sacrificio.

Y todos en tropel, entusiasmados
Se dirigen en rápida carrera
Al templo, y con sus gritos esforzados
Expresan el placer que les altera.
En tal sazon, acuden los soldados
De la hueste enemiga y extranjera,
Para salvar al jefe valeroso
De ese peligro rudo y espantoso.

Lanza en ristre un ginete se adelanta
Por entre el pueblo que camina unido,
Y veloz atraviesa la garganta
De quien al capitan conserva asido.
Al mismo tiempo otro español levanta
Con firmeza el acero tan temido,
Y corta con un tajo las dos manos
De otro de los robustos mexicanos.

Libre Cortés de aquel irresistible
Poder que le retuvo prisionero,
A nueva lid prepárase terrible
Empuñando su diestra el fuerte acero.
Sus hombres, con presteza indescriptible,
Salvarlo intentan del peligro fiero,
Y cuando en breve á protegerlo alcanzan,
Con él á Xóloc rápidos se lanzan.

El mexicano pueblo entusiasmado
Al caudillo de Anáhuac enaltece;
En andas **Cuauhtemoc** es colocado
Y regio culto la ciudad le ofrece.
Al celebrar el triunfo conquistado
En los valientes pechos la ira crece,
Y por doquier la multitud unida
A los cautivos quítales la vida.

En astas las cabezas colocando
De los aborrecidos prisioneros,
Van por calles y plazas paseando
Los de Tenochtitlan bravos guerreros.
Algunos, á la línea penetrando
De Alvarado, prorumpen altaneros:
"¡Malinche!" "¡Sandoval!" y al par que gritan,
El sangriento despojo en alto agitan.

Y se acercan tambien á los cuarteles
De Hernan Cortés, y con tenaz porfía
Las cabezas mostrando, alzan crueles
Multiplicados gritos de alegría.
De los jefes llevando los corceles
Que arrebató del pueblo la osadía,
Para aterrorizar á los soldados,
"¡Tonatiuh!" "¡Sandoval!" claman airados.

El regocijo público se aumenta
Alzándose los cantos de victoria
En toda la ciudad, que altiva ostenta
Su heroicidad legítima y notoria.
La nacion, orgullosa representa
A **Cuauhtemoc** cual genio de la gloria,
Que en Anáhuac adquiere por su brillo
El renombre de indómito caudillo.

FIN DEL CANTO OCTAVO.



CANTO NOVENO.

La gran Tenochtitlan en poder de los invasores.—Tristeza y duelo de la ciudad destruida.—Imposibilidad de continuar la defensa.—Condicion á que reducirán á los pueblos los conquistadores.—Resuelve el resto del ejército llevar á Cuauhtemoc á las montañas para continuar la guerra.—Párte el Emperador por el lago.—Lo persigue y alcanza un bergantin de la escuadra de Sandoval.—Prision de Cuauhtemoc.—Es presentado á Hernan Cortés.—Ofrecimientos de éste.—La sed de riquezas insolenta á los soldados españoles.—Resultados de esa codicia.—Se da tormento á Cuauhtemoc.—Grandeza de este héroe.—Su muerte.—Inmortalidad de su memoria.

¡Tenochtitlan! ¡Tenochtitlan! Tu suelo,
Ensangrentado por injusta guerra,
Guarda por donde quiera el desconsuelo,
Por todas partes el dolor encierra.
De tu águila caudal el raudo vuelo,
Que recorrió tu dilatada tierra,
Detuvo en lid audaz y asoladora
La legion extranjera é invasora.

De los Hijos del Sol la cruda saña
Desbarató las bélicas secciones
Que para sostener esa campaña
Formaron los aztecas campeones.
No á la opresion tiránica de España
Cedieron del Anáhuac las naciones;
Sus hijos ¡ay! la patria defendieron
Y por ella con honra sucumbieron.

Sucumbieron valientes y esforzados
Sin inclinar la frente ante el verdugo;
Que los pechos que laten levantados,
La muerte anhelan maldiciendo el yugo.
Si en guerra desigual, que aniquilados
Fueran los pueblos á los dioses plugo,
No trocaron en pánico ni en miedo
De las altivas huestes el denuedo.

Yace la gran Tenochtitlan, señora
De los reinos de Anáhuac florecientes,
Desnuda de la gracia seductora
Que celebraran las extrañas gentes.
Ya el bien en su regazo no atesora;
Turbias están sus límpidas corrientes,
Y no agitan las brisas perfumadas
Las hojas de sus secas enramadas.

Mustios están los cármenes desiertos
Donde ántes la ventura residia;
No existen ya los encantados huertos
Que fueron manantiales de ambrosía.
No resuenan los plácidos conciertos
De las alondras saludando al dia:
En todo su poder Naturaleza
Mostrando está el dolor y la tristeza.

Cayeron ya los elevados muros
Que el pueblo en su defensa levantara;
No son los fosos ya sitios seguros
En los que muerte el español hallara.
Como á poder de ensalmos y conjuros,
Que la invasion á la ciudad llevara,
Los edificios fueron derribados
Y los templos y hogares saqueados.

No es ya la gran Tenochtitlan modelo
De ciudades, cual fué por su hermosura:
Manchado está doquier su fértil suelo
Con sangre y llanto lleno de amargura.
Nubla el azul de su envidiado cielo,
Corrompiendo la atmósfera tan pura,
El hálito fatal y aborrecible
De la legion que la invadió terrible.

Cadáveres y miembros mutilados
Cubriendo están las calles y calzadas;
Hállanse en los hogares profanados
Las armas de combate destrozadas.
De los templos los dioses venerados
No se encuentran del pueblo á las miradas:
Todo es dolor y luto y desconsuelo
En el que fué privilegiado suelo.

No llena la region del infinito
El són de los sagrados atabales,
Ni se alza aterrador de guerra el grito
Que de venganza y muerte dió señales.
De las barcas el ímpetu inaudito
El pueblo no prepara en los jarales;
Ya la legion tirana é invasora
Es de la gran Tenochtitlan señora.

Cayó Tenochtitlan ¡oh suerte impía!
Pero cayó cual cáe por la tormenta
El roble secular que desafia
Firme el poder de tempestad violenta.
No llegó á doblegar su bizarría
En la lid que aceptó ruda y sangrienta:
La gran ciudad, valiente y sin desmayo,
Fué herida como el roble por el rayo.

Por el rayo terrible que lanzaban
Del español las armas estruendosas,
En tanto que las flechas resbalaban
En su veste de escamas poderosas.
Fué herida por la fuerza que llevaban
Del invasor las filas procelosas,
Que al rápido correr de los bridones
Diezmaban del Anáhuac las legiones.

Pereció la ciudad enaltecida
Al tirano rigor de la extranjera
Gente, que desalmada y atrevida
Llevó la destruccion por donde quiera.
Pereció la ciudad: cuerpos sin vida
Y puestos en monton, es la barrera
Ultima que los fieles mexicanos
Supieron oponer á los tiranos.

Y pereció Tenochtitlan cediendo
Más que al poder contrario, á la asechanza;
Pero al caer sus muros con estruendo,
Resuena aún el grito de venganza.
Sus defensores, en combate horrendo
Víctimas son de criminal matanza,
Sin rescatar sus pechos esforzados
De la patria los fueros ultrajados.

Sostener la defensa es imposible:
No existen ya los bravos defensores
Que en el combate con afan terrible
Domaron á los rudos invasores.
El baluarte que hiciera inaccesible
El pueblo en sus legítimos rencores,
Debilitado en su redor se halla
Al bárbaro poder de la metralla.

Los pertrechos de guerra se agotaron
De la ciudad heróica en la defensa;
La sed y el hambre al pueblo aniquilaron
Con su espantable aterradora ofensa.
Los dioses que benignos ampararon
La poblacion, con potestad inmensa,
De los teocallis arrancados fueron,
Y los Hijos del Sol los destruyeron.

¿Cómo seguir la lucha sacrosanta
Cuando no existen armas ni guerreros,
Miéntras audaz el invasor quebranta
Los muros al poder de los aceros?
¿Cómo atajar la turba que adelanta
Unida por canales y senderos,
Si la legion de Anáhuac, brava y fuerte,
En la incesante lid halló la muerte?

¿El caracol de **Cuauhtemoc** osado
A quién convocará para la guerra?
¿Quién al són del teohuéhuetl esforzado
Vendrá en defensa de la pátria tierra?
¿Qué flechas ó qué piedras denodado
Mandará al invasor, á quien aterra,
El mexicano Rey, que por su brillo
Es del Anáhuac inmortal caudillo?

¡Sólo resta morir! El patrio suelo
Mancillado será; bandera extraña
Clavarán los contrarios con anhelo
En la ciudad, el valle y la montaña.
El águila imperial tenderá el vuelo
Para escapar de la extranjera saña,
Y los pueblos que hoy son libres y bravos
Tornaránse en medrosos y en esclavos.

Y la noble ciudad de Moctezuma,
De ilustracion espléndido recinto,
No guardará de su grandeza suma
Más que un recuerdo vago é indistinto.
Al rico traje de sedosa pluma,
Que pronto en la ciudad quedará extinto,
Sustituirán del español severo
La tosca tela y el pesado acero.

De los regios alcázares el oro
Hartará la codicia castellana;
Y de los sacros dioses en desdoro
Se alzará por doquier la cruz cristiana.
A todas horas el clarin sonoro
Recordará la cruda é inhumana
Guerra en que sucumbieron cien naciones
Por la traicion de innobles corazones.

Errantes andarán en la espesura
De los vírgenes bosques dilatados
Los mexicanos que con fe segura
Huyan de los lugares conquistados.
¡Quién sabe! acaso llenos de bravura
Puedan, á nueva lucha convocados,
De la conquista sacudir el yugo
Y hartarse con la sangre del verdugo.

¡Tal vez se pierda en el remoto Ocaso
Para volver más puro por Oriente,
El sol de la esperanza, y llegue acaso
A aparecer más limpio y refulgente!
Tal piensa en Tlatelolco el resto escaso
Del defensor ejército valiente,
Que conducir á **Cuauhtemoc** desea
Al sitio en que renueve la pelea.

Los esquifes meciéndose ligeros
En las aguas del lago cristalino,
Esperan á los ínclitos guerreros
Que de la patria tienen el destino.
Tripulan las piraguas los flecheros
De la guardia imperial, que en el camino
Defenderán al noble soberano
Del ataque tenaz del castellano.

Y nuevo Eneas el gentil mancebo,
Cargando sus penates y afligido,
Para dar á su raza asilo nuevo,
En brazos del azar marcha atrevido.
Su luz esplendorosa vierte Febo
Cuando el monarca parte decidido,
Mostrando así á la luz del claro dia,
Que en su valor inquebrantable fia.

Está el Norte del lago resguardado
Por Sandoval con tres de las veleras
Embarcaciones, y por ese lado
Las piraguas dirígense ligeras.
Distingue el movimiento acelerado
De las barcas que pasan altaneras,
Y ordena á Holguin que con su nave avance
Y dé á la flota mexicana alcance.

Cnal flecha por el arco disparada,
La embarcacion de Holguin las aguas híende
Hasta llegar á la pequeña armada
Que de tal agresion no se defiende.
En la barca imperial, que adelantada
De todas las demas, al riesgo atiende,
Resuena así la voz del soberano
Dirigiéndose al jefe castellano:

"¡Soy el Emperador! Contén tu arrojo,
No quiero luchar más; tu prisionero
Me declaro sin miedo ni sonrojo,
Porque la muerte á la abyeccion prefiero.
Sólo exijo de tí que sin enojo
A la reina trateis, y así lo espero:
Soy tuyo; á tu señor la nueva envia
Y al sitio en que se encuentra pronto guia."

Así habló **Cuauhtemoc** fiero y valiente;
Y al ver que Holguin á su escuadron ordena
Que se apodere de su armada gente,
Repone con la voz firme y serena:
"No temas, capitan: á mí obediente
Toda esa tropa seguirá sin pena
De su rey el destino infortunado
Ya que encontrar la muerte no ha logrado."

Holguin entónces á Cortés envia
De la prision la nueva, y sin recelo
Porque en el noble **Cuauhtemoc** confia,
A la ciudad avanza con anhelo.
Formando numerosa compañía,
Y sintiendo terrible desconsuelo,
Van detrás del monarca valeroso
Los restos de su ejército animoso.

De la ínclita ciudad en las ruinas
Gran fiesta el invasor se proporciona;
Al toque de las bélicas bocinas
El triunfo de sus armas ya pregona.
Disponen los soldados con cortinas
La tienda de Cortés, que á la persona
Del ilustre monarca prisionero
Va á recibir con fausto verdadero.

Bajo rico dosel, y rodeado
De los más distinguidos capitanes
De su hueste, el guerrero afortunado
Va presto el logro á ver de sus afanes.
La traidora Malíntzin está al lado
De Cortés, cuyos rudos ademanes
Demuestran su inquietud al ver que tarda
El regio prisionero á quien aguarda.

Viste el jefe español tosca armadura
Aderezada con gentil esmero:
En el siniestro lado se asegura
En el tahalí su espada de guerrero.
De la banda que ajusta su cintura
Cuelga un puñal riquísimo de acero,
Y, descubierta la tostada frente,
Mostrando está su altivo continente.

Suena luego el clarin: rumor cercano
Del prisionero anuncia la llegada;
Enderézase el jefe castellano
Y en derredor dirige la mirada.
Sandoval, conduciendo al soberano
De México, penetra en la morada
De Hernan Cortés, que su poder ostenta,
Y el cautivo monarca le presenta.

Ciñendo con orgullo la corona
De sus mayores, rápido adelanta
Cuauhtemoc á Cortés, en su persona
Mostrando que el dolor no le quebranta.
Su arrojo en trance tal no le abandona;
El suelo pisa con segura planta;
Así, altivo, soberbio y levantado,
De su audaz enemigo llega al lado.

Envuelve en su mirada centellante
A Hernan Cortés, que admira su entereza,
Y clavándola luego en el semblante
De su contrario, yergue la cabeza.
Acércasele más; toca anhelante
El puñal acerado, y con tristeza,
Pero obediente al patrio sentimiento,
Así le dice con seguro acento:

"¿Qué aguardas, poderoso castellano,
Que en mi pecho no clavas este acero?......
Reside en mí el imperio mexicano
Y soy embarazoso prisionero......
Perezca yo por tu enemiga mano,
Ya que no pude hallar como guerrero
La muerte al defender con osadía
El caro suelo de la patria mia."[89]

Dijo, y como rodara silenciosa
En su mejilla lágrima ferviente,
Enjúgala con mano presurosa
Alzando más la coronada frente.
Bella escena en que brilla esplendorosa
La heroicidad de **Cuauhtemoc** valiente,
Que sabe conservar honrada y pura
Del azteca monarca la figura!

¡Cuánta sublimidad! ¡Cuánta grandeza
Abarca el sér del regio prisionero,
Que manteniendo limpia su nobleza,
La muerte pide al enemigo artero!
Igualan su valor y fortaleza
Las dotes del bizarro caballero
Que "sin miedo y sin tacha" apellidaran
Los que sus grandes hechos presenciaran.

Tiende Cortés á **Cuauhtemoc** la mano
En muestra de amistad: justo homenaje
Rendido á la altivez del soberano
Que no llega rindiendo vasallaje.
Con dulzura despues el castellano,
Para no hacer á **Cuauhtemoc** ultraje,
Estas palabras dice lentamente
Que de respeto son signo patente:

"No eres ¡oh rey! el prisionero mio:
Del más grande monarca de la tierra
Tu destino depende; yo lo fio,
Y mi palabra la verdad encierra.
Podrás de tu grandeza el poderío
Recobrar, si apartado de la guerra
Logras de su amistad el don augusto,
Que es mi señor tan noble como justo.

"Sus mandatos espero, y miéntras tanto
Respetado serás; en mí confia;
Te cubrirá de mi poder el manto
Y á tu servicio doy la gente mia.
Dando tregua tu espíritu al quebranto,
Recobra la quietud y la alegría,
Que aquí entre las costumbres castellanas
De ménos no echarás las mexicanas."[40]

Dijo, y llamando á Sandoval, le ordena
Retire luego al imperial cautivo,
Que sin mostrar debilidad ni pena,
Sale como llegó, fiero y altivo.
Nunca al peso de bárbara cadena
Se doblega el leon, que al incentivo
De libertad, rugiendo poderoso,
Sabe romper el hierro vergonzoso.

Y pasaron los dias, y constantes
En su codicia vil los castellanos,
Buscaban ambiciosos y anhelantes
Los soñados tesoros mexicanos.
Más severos mostraban los semblantes
Al ver que sus intentos eran vanos,
Porque la sed del oro producia
En ellos más horrible tiranía.

Preséntanse á Cortés insolentados
Los que obedientes su pendon siguieron;
Ya no son los guerreros esforzados
Que á la voz de su jefe combatieron.
Hoy por el ansia de oro arrebatados,
A la avaricia débiles cedieron,
Y reclamando el oro prometido,
Asedían ¡ay! al capitan querido.

Hernan Cortés, cediendo temeroso
De su gente á la mísera exigencia,
Pide al Rey mexicano el valioso
Tesoro que del cetro fué la herencia.
Creyendo el español que cauteloso
A entregarlo se niega, le sentencia,
Desprovisto de humano sentimiento,
A sufrir los horrores del tormento.

En oscuro salon desaliñado
Y de apariencia repugnante y fea,
El bárbaro tormento es preparado
Segun el jefe principal desea.
El lúgubre recinto está alumbrado
Por luz escasa de rojiza tea,
Y dos hombres de aspecto rudo y fiero
Alimentan las ascuas de un brasero.

Dos hombres más el líquido disponen
Con que se debe ungir al soberano
Para darle el tormento, y cerca ponen
La sacra imágen de su Dios cristiano.
De tal suerte el terror al pueblo imponen
Los guerreros del jefe castellano;
Así arrancar la confesion pretenden
A aquel cuya grandeza no comprenden.

Conducen al monarca en compañía
Del que rey de Tlacopan se llamara,
Y que de **Cuauhtemoc** pertenecia
A la estirpe honorífica y preclara.
Gran reunion española precedia
A las víctimas régias, que con rara
Serenidad caminan al tormento
Sin expresar terror ni desaliento.

A **Cuauhtemoc** pregunta el que á su cargo
Tiene las arcas del real tesoro
Dónde está el de su reino, y con amargo
Acento dice el príncipe: "Lo ignoro."
Manda entónces cumplir su vil encargo
Cortés á los verdugos, con desdoro
De la culta nacion que representa,
Y del linaje humano para afrenta.

A los reyes se acercan decididos
Los verdugos serviles y asquerosos,
Y profanan infames y atrevidos
Los cuerpos de los héroes valerosos.
Con cordeles los atan, y extendidos
Encima de los bancos oprobiosos,
Les ungen con aceite piés y manos
Y el fuego les acercan inhumanos.

Valiente **Cuauhtemoc,** está impasible
El dolor del tormento soportando,
Aunque su piel, en combustion horrible,
Se va rápidamente desgarrando.
Soportar el martirio no es posible
Al señor de Tlacopan, que olvidando
Su calidad de rey y de guerrero,
Un ¡ay! su pecho exhala lastimero.

"¡Hombre de escaso corazon, alienta!"
Le dice **Cuauhtemoc** con voz segura;
"El dolor con los ayes se acrecienta
"Y es más fuerte si el ánimo no dura.
"¿Crees que un lecho de rosas representa
"Este infamante banco por ventura?
"¿Te imaginas que es baño ó es deleite
"El que yo siento abrasador aceite?"[1]

Quedan á este lenguaje avergonzados
Cortés y sus secuaces; y al momento,
De valor tan espléndido admirados,
Mandan que cese el bárbaro tormento.
La historia, empero, guardará manchados
Por ese infame y vil atrevimiento
Que es imposible disculpar, los nombres
De tan inícuos y ambiciosos hombres.

Inícuos, sí, porque guardar prometen
Respeto y proteccion al prisionero,
Y despues como fieras le acometen
Hartando en él su instinto carnicero.
Ambiciosos y viles, que someten
A tal degradacion al rey guerrero
Por la sed insaciable de riqueza,
Fruto de la maldad y la impureza.

Así inaugura su fatal dominio
El que de ilustracion faro se nombra;
Que los dioses entrega al exterminio
Y con sus restos la ciudad alfombra.
A la razon preside el latrocinio;
La piedad, de lo injusto no se asombra;
A lo grande y lo noble se escarnece
Y la virtud degradacion merece.

¿Y esta es la luz brillante que derrama
Con la heróica conquista el Viejo Mundo?
¿De civilizacion la pura llama
Viene quizás del báratro profundo?
¿Es la cultura la que así se infama
Y se revuelca en lodazal inmundo,
Hollando de los hombres los derechos
Y mancillando los valientes pechos?

¡Atrás! ¡atrás!..... La vergonzosa hoguera
No vale el mexicano sacrificio......
Se arranca en el teocalli con certera
Mano la vida en rápido suplicio.
¿Quemar las vivas carnes con grosera
Satisfaccion, obedeciendo al vicio,
No acusa más error, más ignorancia,
Produciendo á la vez más repugnancia?

¡Egregio **Cuauhtemoc!** Del heroismo
A la mansion sublime has penetrado;
Simboliza de hoy más el patriotismo
Tu nombre, para México sagrado.
Tu valor, humillando el despotismo,
Eterno monumento ha levantado
A la nacion que su honra te entregara
Para que más espléndida brillara.

Pero forzoso es perecer. La suerte
Contra el Rey mexicano se conjura,
Y por ser valeroso, noble y fuerte,
Rápido marcha á perdicion segura.
Temeroso Cortés, á horrenda muerte
A **Cuauhtemoc** condena;[42] y su figura
Al desprenderse de la patria amada
Se envuelve más en gloria inmaculada.

Porque su genio grande y poderoso
Dirigió en el combate á las legiones,
Y siempre bravo, fuerte y animoso
Rechazó las contrarias agresiones.
Él con su acento altivo y valeroso
Hizo mover de Anáhuac las naciones,
Que palmo á palmo en tan terrible guerra
Supieron defender la pátria tierra.

A su valiente ejemplo los soldados
Que de Tenochtitlan defensa fueron,
Del amor á la patria arrebatados,
En titánica lucha combatieron.
A su potente voz entusiasmados
Los pueblos á las armas acudieron,
Para mostrar, lidiando decididos,
Que no nacieron siervos corrompidos.

Testimonio del genio soberano
De los hijos de Anáhuac, que la historia
Guarda en fe de que el pueblo mexicano
Logró cubrirse de guerrera gloria.
Si en lucha con Cortés batalló en vano;
Si le negó el destino la victoria,
El renombre que obtuvo de valiente
La fama llevará de gente en gente.

FIN DEL POEMA.

NOTAS.

1 Comienza la accion del poema en este punto de la historia, porque siendo el objeto del autor cantar la grandeza del héroe que da su nombre á este trabajo, natural es que principie la obra en los momentos en que los mexicanos se resolvieron á combatir á los españoles, que en són de amistad y concordia, se alojaron en la capital del imperio. Los acontecimientos anteriores, tales como la defensa de Tlaxcala y la matanza de los cholultecas, aunque muy dignos de ser cantados, no pueden entrar en el presente poema, porque son ajenos al héroe principal, con quien ni remotamente pueden relacionarse.

2 Residencia principal de los antiguos soberanos de México, situada al Norte de la gran Tenochtitlan, de la que estaba separada por un canal. En ella celebraban consejo las grandes dignidades del reino, y es célebre en la historia por haber sido el último punto de defensa de los mexicanos en la guerra de conquista.

3 Nombre con que designaban á Hernan Cortés los mexicanos. Esta palabra es corrupcion de la del castellano *Marina*, de la cual tratarémos en la nota correspondiente.

4 Dios de la guerra de los mexicanos: el más importante y reverenciado de todos.

5 Zempoala ó Cempuállan, lugar situado en la costa del Golfo de México, y ocupado por las tropas que al mando de Pánfilo de Narvaez envió de Cuba el Gobernador Velázquez para apresar á Hernan Cortés. Al hablar por vez primera de este lugar, no ha querido el autor darle la pronunciacion castellana debida, para no separarse de la que generalmente se le da en el país.

6 Moctezuma, Rey de México cuando Hernan Cortés emprendió la guerra de conquista. Cortés, aprovechándose del carácter irresoluto de este monarca, lo hizo prisionero en su propio palacio, haciéndolo trasladar al cuartel de los españoles, en compañía de una parte de su familia y otras personas de la nobleza. El respeto sin límites que el pueblo tenia á su Rey, contribuyó á que el jefe castellano realizara su intento.

7 Así llamaban los mexicanos á Pedro de Alvarado, á causa de su color rubio.

8 La fiesta *Tóxcatl*, solemnísima para los mexicanos, y cuyo principal objeto era pedir agua á la divinidad: duraba nueve dias y terminaba con sacrificios humanos.

9 Templo en que los mexicanos rendian culto á sus dioses. El principal, que es al que se hace referencia, estaba dedicado á Huitzilopochtli; era de construccion soberbia; lo sustentaba una gran plataforma, á la que se ascendia por algunas gradas, y sobre ésta se elevaba arrogante una pirámide de cuatro pisos, truncada. La base, que era cuadrada, tenia cerca de cuatrocientos piés de extension. El todo del monumento formaba un gran macizo de piedra perfectamente estucado, estriado y bruñido, que ofrecia un aspecto maravilloso. Cada uno de los pisos tenia aproximadamente seis varas de altura; así es que el todo era de unas treinta varas. La escalera, de ciento veinte escalones, estaba hecha de cantería labrada, y ocupaba una gran parte del frente del edificio, que daba al Sur: seguia sin interrupcion ni descansos, desde la planta baja hasta la mayor altura, y tenia un antepecho en cada extremo y otro en el centro, que la dividia en dos porciones. Habia otra escalera semejante en la parte posterior del edificio. Coronando la altura del teocalli se elevaban, al fondo de la mesa superior, dos capillas, que tenian descubierto el frente, y cerrados los tres lados restantes. Una de esas capillas, la del costado Oriente, era el santuario de Huitzilopochtli, y la otra la del dios *Tlaloc*. El resto de la meseta, enteramente despejado, formaba un gran atrio.

10 Tambor. Como lo indica su nombre, era un cilindro hueco; estaba hecho de madera, y cubria su parte superior una piel curtida y restirada, que se tocaba con los dedos.

11 Instrumento guerrero, compuesto de un cilindro hueco de madera muy dura; la parte inferior estaba descubierta, y la

superior tenia, á lo largo, dos aberturas paralelas cruzadas por otra á lo ancho en la mitad del instrumento, formando dos aletas que al ser tocadas, producian sonoras vibraciones. Tocábase con varillas ó baquetas que tenian en las extremidades bolas de hule, y cada aleta producia sonidos agudos y monótonos que se extendian á grandes distancias.

12 Hijo del Sol: así llamaban á Alvarado por antonomasia.

13 Tambora. Este instrumento, semejante al huéhuetl, pero de mayor tamaño, producia un sonido ronco que aterrorizaba á los que lo oian. Se tocaba por el sumo sacerdote y sólo en los casos de grande alarma. El poderoso é imponente sonido de este instrumento, era la señal que se daba al pueblo para que combatiera hasta vencer ó morir. Los mismos españoles, valerosos como eran y satisfechos de su superioridad, no podian librarse del pánico que sembraba el atronador instrumento, cuyo toque lanzaba sobre ellos á las masas como desbordado torrente que lleva consigo destruccion y espanto.

14 Generalísimo del ejército mexicano y uno de los nobles más distinguidos que en union del Emperador Moctezuma llevó Cortés á sus cuarteles, para impedir que el pueblo se levantara en su contra. Cuitláhuac, pues tal es la pronunciacion del nombre de aquel jefe, que por razon de la mejor prosodia en el verso, nos hemos visto obligados á alterar; Cuitláhuac, decimos, gozaba de tal prestigio entre sus conciudadanos, por su heróico valor y demas dotes militares, que su sola presencia derramaba el entusiasmo en las masas.

15 Espada de los mexicanos. Era de piedra dura, ancha y

pesada: tenia en la punta unas pequeñas aspas afiladas, en las que consistia su principal ofensa.

16 Tacuba. Esta calzada era una de las principales que tenia la ciudad, por donde se comunicaba con el reino de Tlacópan. Es la misma que existe en la actualidad, con la diferencia de que desde la que es hoy calle de San Andrés hasta Tacuba, era verdadera calzada, y desde Petlacalco (hoy San Hipólito) el lago de Texcoco, que en aquella época se extendia hasta Popotla, estaba cruzado por ella. El cuartel de los españoles se hallaba en la que ahora es esquina de la calle de Tacuba y primera de Santo Domingo, así es que el movimiento de retirada de Hernan Cortés tenia que ser, como en efecto fué, en línea recta, hácia el Poniente.

17 La señal de alarma dada en el gran teocalli, por medio del teohuéhuetl, conmovió de tal suerte á los mexicanos, que realmente acudieron en masa á la calzada para exterminar á los españoles. Ya hemos explicado el efecto que producia en el ánimo de los combatientes el formidable sonido del instrumento sagrado; ya hemos dicho tambien el temor que se apoderaba de los extranjeros al oir el ruido imponente del teohuéhuetl, que á semejanza del trueno acompañaba al ray[illegible]

18 Ya dijimos en la nota 3 que esta palabra es corrupcion de la del castellano *Marina*. Doña Marina, que es á quien en el presente caso nos referimos, era una jóven que los naturales de Tabasco regalaron á Cortés cuando llegó á la costa, con cuyo presente trataron de atraerse la voluntad del jefe español. Bautizada desde luego, recibió el nombre de Marina, por haber

sido recibida en el mar; y no pudiendo los mexicanos pronunciar la *r*, desconocida en su lengua, la llamaban Malina; agregando á esta palabra el reverencial *tzin*, resultó *Malíntzin*, nombre que tambien se dió á Hernan Cortés, por ser á quien siempre acompañaba Doña Marina. Los españoles acabaron de corromper la palabra, como la generalidad del mexicano, pronunciando *Malinche.* Doña Marina era una mujer hermosa, de talento natural, que en poco tiempo aprendió lo bastante el castellano para servir de intérprete á los españoles, con lo que contribuyó, no ménos que con sus consejos, á que Cortés llevara á cabo la conquista. Se asegura que el jefe español la hizo su querida, casándola despues con uno de sus oficiales.

19 Caracol de gran tamaño; especie de bocina blanca de hueso. Era tal su estrepitoso sonido, que infundia terror á cuantos lo escuchaban.

20 Tambor grande, que se tocaba en las solemnes ceremonias.

21 Sonajas que producian un ruido molesto y desapacible.

22 Cuernos de venado hechos sierra. Raspábanse estos instrumentos, formando ruidos sordos y penetrantes.

23 El humo de ocote que todos conocemos.

24 *Jícara de las águilas:* piedra redonda y labrada, con una pileta en el centro y una canal, por la que escurria la sangre de los sacrificados.

25 *Grano de Dios.* Peste de las viruelas, traida al Continente por un negro soldado de Narvaez. Esta terrible epidemia, desconocida de los mexicanos, se desarrolló considerablemente en el valle de Anáhuac, causando estragos en sus pobladores.

26 En la ceremonia de la consagracion, el monarca que iba á ser coronado se presentaba sin las insignias reales, las que le ponian despues que prestaba el juramento.

27 Sustancia sagrada con que el gran sacerdote ungia al monarca en el acto de la consagracion.

28 Tela construida con la fibra del maguey.

29 *Cactlis.* Sandalias.

30 Escudo ó rodela.

31 Jefe de un partido que en favor de los españoles se formó en Texcoco y entregó la ciudad á Hernan Cortés.

32 Era Texcoco, por su cultura, la Atenas del Anáhuac. Poseia palacios, con parques y jardines. Sus archivos, formados principalmente por el más sabio de sus reyes, Netzahualcoyotl, consistian en riquísimas colecciones de jeroglíficos.

33 Fortaleza situada al Sur de la ciudad, en la union de las calzadas de Itztapalápan y Coyoacan.

34 Hermosa ciudad, dependiente del reino de Quauhnáhuac (Cuernavaca).

35 Poderosa fortaleza del reino de Quauhnáhuac, asentada en la cima de un cerro, poco distante de Huaxtepec.

36 Teocalli inmediato al canal Sur de la ciudad, en direccion de la calzada de Itztapalápan.

37 Volcan del Popocatepetl.

38 Punto al Poniente, en que terminaba la tierra firme de la isla que constituia la gran Tenochtitlan. (Véase la nota 16.)

39 Hemos seguido en este interesante episodio el relato de D. Antonio de Solís, en su "Historia de la Conquista de México," porque siendo ese autor uno de los más parciales en favor de Cortés, da más realce su crónica á la grandeza del héroe mexicano. Debemos exponer que casi son textuales las palabras que ponemos en boca de Cuauhtemoc.

40 La respuesta de Hernan Cortés á Cuauhtemoc, está tomada igualmente de la Historia escrita por Solís. Nadie ignora cómo cumplió el capitan español su ofrecimiento, que debió haber sido tanto más sagrado, cuanto que fué hecho á un prisionero de guerra y en nombre de su soberano.

41 Dos versiones existen acerca de las palabras pronunciadas por Cuauhtemoc en el tormento: la del lecho de rosas y la del baño ó deleite. Nosotros ponemos las dos, porque debemos respetar tanto la tradicion como la historia.

42 En marcha Cortés para las Hibueras, llevaba prisioneros á los reyes de México y Tacuba; y encontrándose en un punto llamado Isancanac, jurisdiccion de Acala, los mandó ahorcar en un árbol, so pretexto de que intentaban una sublevacion contra los españoles. Ese suplicio fué tanto más injusto, cuanto que Cuauhtemoc no llegó á confesar tener participio en la conspiracion. Bernal Diaz del Castillo, Robertson, y en general los demas historiadores de la conquista, censuran la conducta de Cortés; solamente á Solís estaba reservado defenderlo, diciendo que fué un acontecimiento sobre el cual no se puede formar juicio acertado. Téngase en cuenta que la ejecucion se verificó á principios de 1525, tres años y medio despues de haber sido ocupada la gran Tenochtitlan por el ejército conquistador.





